

EL COJO ILUSTRADO

AÑO X

15 DE ABRIL DE 1901

Nº 224

PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUAL.....B. 4
UN NUMERO SUELTO.....B. 2

DIRECTOR:

J. M. HERRERA IRIGOYEN

EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

EDICION QUINCENAL

DIRECCION: J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.

Este 4 — Número 14

CARACAS — VENEZUELA

NO SE DEVUELVEN ORIGINALES

RECUERDO DE INFANCIA

Señora mía:

A las demandas de las hijas de Eva, creo que el partido más sabio y sano sea responder siempre que nó. Esta vez, tratándose de retornar á la infancia, no quiero parecer villano.

De mi infancia no tengo memorias, ni bellas, ni buenas, ni curiosas.

Mi más antiguo recuerdo me pone súbitamente. ¡ay de mí! en relación con un ser del otro sexo, como se diría en lenguaje de cierto uso que, según los manzonianos, debiera ser la lengua del buen gusto.

Me encuentro en un lugar ni bello ni feo— quizá un jardincillo cerca de la casa donde nací,— en un día ni de primavera, ni de invierno, ni de estío, ni de otoño. Me parece que todo, cielo y tierra, arriba, abajo, al derredor, fuese húmedo, gris, estrecho, indeterminado, penoso.

Yo, con una niña de mi edad,—ignoro qué ha-

ya sido de ella,—enrollábamos, teniéndola de las dos puntas, una cuerda; y me parece que así decíamos ó creíamos hacer la serpiente.

des admiraciones y exclamaciones de nosotros, dos criaturas nuevas, sobre aquella antigua criatura.

Las exclamaciones fueron al parecer un poco ruidosas, porque un señor grave, con gran barba negra y con un libro en la mano, se presentó en la entrada á reprimirnos, mejor dicho, á reprimirme. No era mi padre: era, lo supe mucho tiempo después, un marido putativo de una mujer de otro, alojada por casualidad allí cerca.

Yo, blandiendo la cuerda, como si fuese un flagelo, salí á su encuentro gritándole: ¡fuera, fuera, feo!

De entonces en adelante, he respondido siempre así á toda autoridad que haya venido á amonestarme, con un libro en la mano y un sobrentendido en el cuerpo, en nombre de la moral.

Pero esta historia, para niños, no es verdaderamente moral.

¿Qué queréis que yo haga, Señora? Es historia. Y yo he obedecido.

GIOSUE CARDUCCI



Artista francesa: Madame Weber, en Les Jacobites

De repente descubrimos entre los pies una bella bôdda; es el nombre, en el dialecto de la Versilia, de algo semejante á la rana. Gran-



DE «ÍDOLOS ROTOS»

POR
MANUEL DÍAZ RODRÍGUEZ

I



IL emociones, á cual más intensa, le traían vibrando desde el alba: unas tristes, otras alegres, luchaban todas entre sí, pero sin alcanzar ninguna el predominio.

De aquí cierta confusión, cierta perplejidad risueña; estado semejante al del éxtasis, ó mejor al estado de alma de quien empieza á despertarse y duerme todavía, cuya conciencia en parte responde á los reclamos de la vida real, en parte se recoge, obstinada y feliz, bajo las últimas caricias de un sueño.

Alberto Soria volvía á la patria después de cinco años de ausencia. Cuando vió la tierra muy cerca, todas las memorias de su niñez y juventud, hasta aquel instante confundidas con muchas cosas exóticas, recobraron su primitiva frescura; y desde la cubierta del buque se dió á reconocer, al través de esas memorias, la costa y los grises peñascos de la playa, las colinas áridas medio sumergidas en el mar, los verdes cocotales y las casas del puerto, agazapadas las unas al pie del monte que sigue la curva costanera, desparpamadas las otras por la misma falda del monte, cuesta arriba. A medida que se acercaba á la tierra y más claramente distinguía los objetos unos de otros, con más vigor el pasado revivía en su alma. Casas, árboles, peñascos y algunos lugares muy conocidos de él evocaban en su

espíritu un enjambre de recuerdos. Ya en tierra, después de haber caído en brazos del hermano que le esperaba en el muelle, siguió viendo hombres y cosas á través de los recuerdos, con sus ojos de cinco años atrás, no habituados al llanto, á la sombra, ni al dolor, sino hechos á la sonrisa, á la franca alegría de vivir, á las formas vestidas de belleza y á la belleza vestida de luces. De pronto se halló pensando en los últimos años de su vida como en un sueño, cuya vaga y esplendorosa fantasmagoría estaba á punto de apagarse.

Ya el cambio de aspecto de ciertas cosas le recordaba su larga ausencia, ya la intacta fisonomía antigua de otras cosas representábele con tanta viveza el pasado, que le parecía no haber vivido jamás ausente de la tierra.

Así, en esa ambigüedad oscilante de vigilia y de sueño estaba todavía, horas después de haber saltado á tierra, en un vagón del tren que le llevaba á la capital. Sentado contra un ventanillo del vagón, á la derecha, se asomaba de tiempo en tiempo á ver el paisaje, y se complacía en admirar sus pormenores, cuando antes esos mismos pormenores no le llamaban la atención, ó le causaban hastio de verlos con frecuencia. Si quitaba los ojos del paisaje, los ponía en el hermano sentado junto á él, y entonces los dos hermanos se consideraban mutuamente con una mezcla de curiosidad y ternura. Desde que se abrazaron en el muelle, á cada instante se miraban y sonreían, sin que ninguno de los dos hubiera acertado á decir por qué sonreían. Era tal vez la sorpresa de encontrarse cambiados, al menos por de fuera, lo que llamaba á sus labios la sonrisa, pues para entrambos el tiempo había volado, y ninguno de los dos estaba apercebido á encontrar mudanzas en

el otro. Para Alberto, en especial, era muy grande la sorpresa. A su partida, el hermano, cinco años menor que él, era apenas un adolescente: el cuerpo desmoriado, el rostro sin asomos de barba y de expresión melancólica y mustia. Su madre, enferma cuando lo dió á la vida, murió meses después, y en esta circunstancia veían todos el porqué de su aire pálido y marchito. Ahora aparecía transformado de un todo: de chico melancólico y frágil se había cambiado en mozo gallardo y fuerte. No conservaba de su antigua expresión enfermiza sino una como sombra de cansancio alrededor de los ojos. Aparte ese tenue rastro de su antigua endebles, toda su persona, vestida con elegancia y hasta con un poco de amaneramiento, respiraba la satisfacción de quien está bien hallado con el mundo y empapa el sér, alma y cuerpo, en todas las fuentes de la vida.

Si no con igual sorpresa, Pedro observaba al hermano con mayor curiosidad, como si esperase descubrir en éste algo maravilloso traído de muy lejos. Y los dos hermanos hablaban de muchas cosas, pero sin orden ni coherencia, cayendo de vez en cuando en silencios profundos. La misma abundancia de lo que deseaban decirse, repartiendo al infinito su atención, sellaba sus labios. Además de eso los preocupaba, haciéndoles enmudecer, el temor de rozarse con un punto sensible, sobre el cual ninguno de los dos quería decir nada, esperando cada uno que empezase el otro.

El tren había dejado la costa y subía simulando amplias ondulaciones de ser-

piente por los flancos de la sierra. Lejos, á la derecha, se divisaban los últimos cocales, la playa y su orla de espumas, el mar y el distante horizonte marino cerrado por espesos cortinajes de nieblas. Enfrente y á la izquierda no se veían sino cumbres, laderas y hondonadas. A una vuelta del camino desaparecieron el mar, la playa y los cocoteros, para minutos más tarde reaparecer, y continuar así, apareciendo y desapareciendo, según el capricho de la ondulosa vía férrea. A medida que el tren se internaba en la serranía, más imponente y monótono era el paisaje. A un lado la cuesta pedregosa del cerro; al otro lado el barranco, en ciertos lugares profundísimo; por todas partes rocas negruzcas y tierra árida, color de ocre, de tonos amarillos y rosados, á trechos cubierta de raros manchones de verdura. Algunas quiebras, merced á ocultos hilos de agua, provenientes de la cumbre, lucían una vegetación lozana y rica; pero todas las demás, no humedecidas nunca, ó sólo muy de tarde en tarde por el agua del cielo, criaban maleza ardida del sol, rastrera y pobre. Por la orilla del barranco se sucedían los cactus de grandes pencas espinosas, en el extremo de algunas de las cuales resaltaba el higo rojo y áspero, semejando viva púrpura cuajada en los labios de una herida, ó inmenso rubí obscuro, casi negro. Y á lo lejos, muy cerca de las cimas, de cuando en cuando aparecían, fuertes y nobles habitantes de la altura, los araguaneyes en flor, interrumpiendo con sus regios mantos de estrellas de oro la uniformidad gris de los breñales.

Soria contemplaba el paisaje, recogiendo sus líneas salientes y sus colores más vivos con ojos expertos, habituados á percibir en todas partes y en todas partes recoger los rasgos dispersos é infinitos de la multiforme belleza. Pero su atención la distrajo Pedro, quien primeramente titubeando, luego en tono resuelto, dijo como siguiendo una conversación interrumpida:

—Pues «el viejo», como ya te he dicho, está malo, muy malo. Los médicos no le conceden mucho tiempo de vida. Según ellos afirman, difícilmente resistirá á un nuevo acceso. El último acceso le dió hace unos quince días, y no he visto nada más espantoso. Desde entonces en casa vivimos en perpetua zozobra, temiendo cada día lo que puede traer el día venidero. Afortunadamente Rosa es toda firmeza y valor, y equivale á muchas enfermeras juntas. Cualquiera otra se habría rendido al cansancio, pues tarea de sobra tiene con su marido y papá.

—¿Su marido? ¿Y Uribe también está enfermo?

—Siempre. Ya de esto, ya de aquello, siempre se queja de algo. Y aunque tiene aspecto descalabrado y enfermizo, y vive consultando á los médicos, hasta ahora no sé á punto fijo qué enfermedad es la suya.

—Por el alma del recién llegado pasó como un relámpago de alegría perversa. Era su venganza. Se vengaba de la tristeza abrumadora y sin motivo, de su dolor sutil é indefinible, suerte de celos malos prendidos en su alma como un germen de amarguras cuando recibió en Europa la noticia del proyectado matrimonio de Rosa Amelia. Esta, á propósi-

to de su casamiento, le escribió unas cuantas líneas, las cuales, á pesar de su tono cariñoso, no bastaron á sofocar en el ánimo de Alberto Soria el grito de un extraño despecho. Alberto se creyó ofendido en su amor á la hermana, como traidoramente despojado de un bien precioso, y desde esa época, sin él mismo saberlo, tuvo celos del intruso, y guardó á la hermana un resentimiento vivo.

Pero inmediatamente después de haberse alegrado se avergonzó de su alegría, y sobre todo se avergonzó de no haberse entristecido mucho al conocer el estado lastimoso del padre. Su semi-indiferencia le repugnó, y turbado, como el reo capaz de comprender su falta, quiso distraerse volviendo los ojos al adusto panorama de la sierra.

Por el fondo del barranco y por la escueta ladera del monte empezaron á correr sombras de nubes, y finas gotas de agua cayeron, mojando la cara de Alberto Soria asomado al ventanillo. Hacia atrás, hacia el mar ya invisible, el paisaje seguía inundado de luz; y en ese espectáculo de lluvia y sol á un tiempo Alberto vió la imagen fiel de su alma, comparable en aquel segundo á un rostro enigmático y misterioso que de un lado sonriera y del lado opuesto llorase.

La lluvia cesó, y deshecho el nublado, reinó de nuevo en toda la extensión del paisaje la claridad fastuosa del sol, apenas interrumpida por la breve noche de los túneles. Alberto Soria observaba de nuevo las cuestas, la gualda túnica de los araguaneyes florecidos, las colinas color de ocre, bajas, casi desnudas, en algunos puntos revestidas de mogotes escualidos, tales como dispersos mechones de cabellos lacios en una calva incompleta. Ya se distraía siguiendo sobre las piedras del monte un grupo de raíces trepadoras, enlazadas como serpientes; ya se regocijaba á la vista de un peñasco en forma de cono, de vértice coronado por un solo árbol abierto sobre el peñasco á la manera de gracioso parasol de China. Y de todas estas cosas y de los matices de estas cosas se exhalaba para el viajero, como una esencia, como un espíritu, un ideal de belleza fuerte y salvaje.

Por segunda vez la atención de Alberto fue distraída hacia lo interior del coche: pero entonces no fue la voz de su hermano, sino la voz de una mujer la que rompió su éxtasis contemplativo. En el mismo vagón, enfrente de Soria, conversaban dos pasajeros: un hombre como de treinta y ocho años, alto, seco, de ojos grandes, brincones, y frente prolongada por una calvicie prematura, y una mujer bastante joven, rubia, de labios rojos, frescos, sensuales, lujosamente vestida, y sentada entre una multitud de cachivaches: abanicos, abrigos y cajas de cartón de varios estilos y dimensiones. En el hombre, Alberto reconoció un vago de buena familia, un elegante de profesión, antiguo héroe de salones y clubs, y en la mujer á una vendedora de caricias, antaño muy á la moda en la capital, por cuyos paseos y calles arrastraba, como nuncios de su impudor, trajes llamativos y escandalosos. El veterano de salones y clubs hablaba lenta y reposadamente como persona de pro, en tanto que su interlocutora lo hacía con bruscos aspavientos descompasados. De su conversación nada llegaba á los demás viajeros, apagadas como eran las voces por el rui-

do del tren en marcha. Pero el tren se detuvo en una estación, y entonces Alberto oyó á la mujer decir de modo claro y distinto:

—¿Y qué me dices de Mario Burgos? Me han asegurado que tiene amores con Teresa Farias. Como Teresa Farias antes de casarse con Julio Esquivel fue novia de Mario....

Y la mujer acabó, ahogando un refrán grosero en una carcajada cínica y ruidosa. El héroe de salones y clubs murmuró algo con voz imperceptible, y vió después á los demás viajeros, como temeroso y avergonzado de que hubiesen oído las palabras de su compañera de viaje.

Alberto, al oírlas, volvió los ojos, como asombrados é interrogadores al rostro del hermano, el cual se limitó á responder con una sonrisa de significación incierta. Aunque no era amigo de ninguna de ellas, Alberto conocía á las personas cuyos nombres acababa de escuchar, y tal vez por eso le impresionaron hondamente las palabras malévolas de la errante vendedora de caricias. Después de llenarle de asombro mezclado con un poco de indignación, esas palabras desviaron el rumbo de sus pensamientos. Desviaron sus pensamientos hacia el país lejano, hacia la distante ciudad europea de donde él venía.

Abstraído en la rememoración de cosas lejanas, para él desaparecieron las cosas al través de las cuales iba el tren, puesto en marcha de nuevo; no vió cómo el paisaje cambiaba poco á poco, sucediendo á las altas cumbres colinas humildes, y á los enormes despeñaderos quiebras nada profundas. Por último, á la derecha de la vía surgió una hilera de sauces, de follaje amarillento y pobre, y á poco se divisaron á lo lejos, como avanzada de la ciudad, ya muy próxima, algunas casas caprichosamente esparcidas. Como tantos viajeros que, al llegar al término, se complacen en recordar su punto de partida, Alberto evocaba con lucidez maravillosa la ciudad europea abandonada por él quizás para siempre. Los recuerdos de los últimos días vividos en esta ciudad fueron pasando por su memoria deslumbrada; pero uno solo de esos recuerdos triunfó al cabo de la esplendidez y la fuerza de los otros. En los largos mediodías y en las tristes noches de á bordo, en alta mar, le había perseguido sin tregua. Y ahora, cuando tal vez iba á extinguirse completamente, se lo representaba doloroso y bello como nunca. Era el recuerdo de un adiós todo besos y lágrimas. Era la visión de un cuerpo de mujer, lleno de temblores, enlazado á su cuerpo; la visión de un rostro de mujer inclinado sobre su rostro; la visión de unos ojos rebosantes de lágrimas, inclinados sobre sus ojos, húmedos de llorar; la visión de unos labios tendidos hacia sus labios en demanda del último beso: la visión radiante de una hermosa cabellera rubia, llamada de sol cuajada en finísimas hebras aureas, caída, durante los espasmos del dolor, en cascadas de trenzas y lluvia de rizos alrededor de dos frentes, hasta vestir de suave seda y perfume las mejillas de dos rostros, hasta ocultar á la vez dos cabezas, cubriéndolas y amparándolas con toda su magia de luz y de oro, como una tienda real, perfumada y rica, protectora del amor de dos novios augustos.

II

Alberto Soria recordaba siempre con disgusto los días de incertidumbre y dolor que siguieron al término de sus estudios filosóficos. Necesitaba en esos días elegir carrera, según los descos de su padre; y ante lo difícil de acertar en su elección mantúvose un buen espacio de tiempo irresoluto. Adivinaba, merced á su inteligencia clarísima, lo decisivo y grave del momento. Otros de su misma edad, compañeros suyos en los bancos de la escuela, tranquilos é indiferentes por incapaces de reflexión, descurridos del porvenir, se disponían á tomar, al menor impulso extraño, por el atajo más próximo, así como tropel de sufridos corderos obedientes á la voz y al cayado de un pastor ignorante. Víctimas de un sistema de enseñanza, todo rapidez, con el que se pretende madurar cerebros y pulir inteligencias, como se mueven máquinas por fuerza de electricidad ó vapor, en casi todos, precozmente amanerados, era ya imposible un desarrollo natural, harmónico y sereno. Condenados á la fatiga prematura, en ellos el germen primordial, producto de la herencia y el medio, germen en cuyo regazo van las aptitudes y energías de cada individuo, había muerto ya bajo un farrago de influencias contradictorias, ó en balde trataba de crecer, permitiéndose de cuando en cuando alguna protesta efímera. Unos, los más, escuchaban y seguían resignados un consejo cualquiera; otros, los menos, y de estos pocos era Alberto, caían en confusión y duda, sin atinar, casi ninguno de ellos, la carrera mejor avenida con sus gustos é inclinaciones.

En el seno de la familia Soria se discutían con frecuencia las probabilidades de éxito feliz de cada profesión en particular, pero nadie tomaba en cuenta las aficiones mismas de Alberto. Su padre estaba por la medicina ó las matemáticas; su tía materna, la tía Dolores, estaba sólo por las matemáticas y hacia ascos á la medicina, como á un oficio por demás plebeyo. Entretanto Alberto, el único interesado, no mostraba amor decidido por ninguno de esos estudios y profesiones. Sentíase más bien atraído hacia el estudio del derecho, en parte por ser la ciencia del derecho la preferida de su tío paterno, el político de la familia, llamado Alberto como él y á quien él adoraba, en parte porque en la profesión misma del abogado algo le seducía. No le seducía el estudio mismo del derecho ni el de sus fuentes históricas. Lo seducía la faz menos científica y más brillante de la profesión de abogado, idealizada por la figura del abogado triunfador en causas célebres.

Nada le parecía tan glorioso como encadenar á los adversarios, leyes y jueces, con la cadena de oro de la palabra bella y el gesto noble y persuasivo. Este parecer iba en su alma ligado á la emoción más profunda y turbadora de su adolescencia: emoción experimentada cuando fué á un teatro por la primera vez de su vida, y pudo ver desarrollarse en la escena, majestuoso y deslumbrador, un drama perfecto. Los periodos armoniosos y correctamente declamados, el ademán sobrio y feliz de algunos actores, los gritos dolorosos de los personajes tomados de la vida real, el centelleo de las luces y las joyas, y los aplausos de la multitud

le turbaron hasta dar á su fantasía la exaltación de una embriaguez violenta. Aquella noche le fue imposible dormir, los oídos llenos con las palpitaciones de todas sus arterias, los ojos abiertos en la sombra y empeñados todavía en representarse los episodios más notables del drama, pensando unas veces en los actores como en entes casi divinos, considerando otras veces al autor oculto de aquella urdimbre de verdad y poesía, desarrollada en la escena, como una cima insuperable de grandeza y de gloria. Mil sentimientos nebulosos despertó esa emoción en su alma cerrada aún de adolescente. Pero Alberto no supo leer ni siquiera adivinar en su emoción el secreto de su destino. Y por mucho tiempo después, al recordar su tumultuoso estado de alma de aquella noche, lo atribuía á veleidumbre pasajera de su temperamento impresionable.

Deseando, por una parte, acabar con sus vacilaciones infinitas; queriendo, por otra parte, huir de las estériles disputas provocadas por esas mismas vacilaciones en el seno de su familia, decidió en uno de esos arranques peculiares de los caracteres incompletos, débiles ó enfermos, abrazar la profesión del ingeniero. Sin darse cuenta exacta de lo que había pasado por él, se encontró irremediablemente engolfado en el estudio monótono y frío de las matemáticas. No faltó quien le infundiese esperanzas y aliento: muchas voces optimistas le hablaron de un porvenir muy próximo, lleno de cosecha abundante reservada á la ingeniería. En efecto, por el país en calma pasaba un soplo regenerador cargado de bendiciones y promesas. Nadie guardaba miedo al espantajo de la guerra civil, como si ésta no pudiese volver de nuevo á transformar campiñas prósperas en desiertos, y ciudades florecientes y ricas en asilos de mendicidad y montones de escombros. Muchos se creían en el principio de una larga era de bienandanzas, y esperaban, como fruto de orden y paz, el nacimiento de nuevas industrias y nuevas riquezas, á cuya formación y adelanto contribuiría, más que ningún otro, el ingeniero con sus luces.

A pesar de todo, en el curso del primer año, su esfuerzo de voluntad se rompió más de una vez, y á cada ruptura vivió momentos de dolor y días pálidos llenos de tristeza. Su manera rigurosa de concebir el deber, ayudada luego por la costumbre, venía á ser el solo aguijón de sus bríos. Trabajaba sin entusiasmo ni amor, no considerando sus estudios como destinados á embellecer y fecundar su vida, sino como simple tarea indispensable y enojosa, al fin de la cual emprendería otra diferente. Sin embargo, estudiaba con tenacidad heroica, dejando pasar la juventud grave y rígida, como una virgen privada de risas, cantos y besos. Sin ligerezas amables ni calaveradas ingenuas, su vida se deslizaba como austera vida de monje en la estrechez de los claustros. Sus labios, resueltos á conservarse puros, rechazaban el bebedizo de los amores fáciles. Y fuera de dos ó tres amigos con los cuales, de tarde en tarde, gozaba de grato esparcimiento, nada le distraía de su empeño en terminar pronto y bien sus estudios.

La tensión de su voluntad la sostenía el señuelo de una promesa. Su padre le había ofrecido enviarle á Europa á coronar su carrera científica, ganando en los

grandes centros del viejo mundo mayor suma de ciencia, y preparándose, por el solo hecho de cruzar el océano, un éxito más feliz, como creía y aseguraba cándidamente el viejo Soria.

Por fin llegaron los últimos exámenes, y con ellos aproximóse el momento de la partida. Soria, pasados los exámenes, experimentó un bienestar infinito, como quien se ve libre de una obsesión ó de una gran pesadumbre. Su voluntad, como después de largo encogimiento, se despe rezaba fuerte y gozosa. Y sentíase tan ágil, desembarazado y lleno de confianza, como si se hallara en el verdadero instante oportuno para dar un objeto á su vida. Su diligencia anterior se le aparecía como simple deseo de llegar pronto al descanso, y su austeridad como trata de refinado para mejor saborear todas las delicias y blanduras. Durante muchos meses, desde antes de emprender viaje hasta después de su llegada á París, la primera ciudad en la cual había de fijarse á completar sus estudios, vivió en el más profundo reposo. Desaparecida la tensión de su voluntad, la alegría de vivir, que hasta entonces había pasado cerca de él como un torrente mudo, empezó á conquistarle. El torrente murmuraba, cantaba, convidándole en sus cantos y murmurios á beber de la onda tersa y fugitiva. Y sus labios, llenos de juventud, se inclinaron sobre la onda como una flor sediendo.

Mientras la vida se le insinuaba, amable y risueña, en su alma despertó, á favor del reposo y del medio parisiense, un germen dormido. Y del germen brotó, derramándose como savia invisible por todo el sér incontaminado de Alberto, una fuerza nueva que cada vez más afinaba sus ojos, afinaba su piel, afinaba sus nervios y le hacía buscar, casi á pesar suyo, en los seres y las cosas, la gracia y la armonía. Aquella su emoción turbadora, experimentada de niño cuando fué por la primera vez á un teatro, se renovó más clara y á menudo, revelándose al fin como un instinto, como un sentimiento irresistible, nacido con él, indispensable para él, sentimiento vivo y delicado de la Belleza armoniosa.

Conocía de antes algunos de sus compatriotas residentes en París y dedicados al estudio: médicos en su mayor parte, raros ingenieros y unos pocos artistas. Entre sus compatriotas no cultivó y sostuvo amistad verdadera sino con Emazábel, médico, é Iglesias, artista, pintor y escultor á la vez, condenado á sucumbir dos años más tarde en plena esperanza de triunfos. Iglesias y un joven argentino amigo de Iglesias, llamado Calles, pintor y discípulo de Laurens, fueron los camaradas predilectos de Soria. Con ellos visitó los sitios más frecuentados de los artistas, los talleres-escuelas, los grandes museos y las exposiciones ocasionales de escultura y pintura.

Semejantes excursiones, en los primeros tiempos las hizo, ó creyó hacerlas, con igual placer con que hacía excursiones á los alrededores de París ó visitaba las casas de curiosidades, regalo y diversión de la ociosa gente bulevardera. Pero poco á poco se marcó su predilección por las excursiones artísticas, y en estas creció de un modo casi palpable el caudal de sus ideas y gustos estéticos. El grano de oro de su amor al arte, primero apenas perceptible como diminuta chispa de



CUADRO DE MAX LEVIS

luz, muy ligero alcanzó las proporciones de filón rico y profundo. Soria saboreó pronto una alegría nueva, la alegría de conocer, con sólo echar una ojeada sobre un mármol ó una pintura, los primores y excelencias de la obra, y se ejercitaba en adivinar, así la escuela á que pertenecía la obra como también el nombre del artífice cuyas manos movieron el pincel ó encerraron en la piedra de la estatua la llama de la vida.

Cuando quiso reanudar la interrumpida labor de sus estudios de matemáticas, advirtió y pudo medir en toda su magnitud el cambio asombroso realizado en él por el hecho de vivir en una atmósfera de arte. Conoció tristezas é incertidumbres análogas á las que había probado en los penosos principios de su carrera. Y en ese estado de alma consideró como una fortuna los obstáculos que se opusieron á su admisión en la Escuela Central. Todo extranjero se tropezaba con esos obstáculos, y para vencerlos debía dirigirse al ministro de Instrucción Pública francés y reclamar la intercesión del representante diplomático de su país en Francia. Pero Soria en vez de combatir las dificultades y vencerlas, más bien las exageró, asiéndose de ellas como de un áncora, valiéndose de ellas como de un pretexto, para no turbar su vida cómoda y feliz de curioso de arte.

Al cabo de un año apenas había oído en la Sorbona las conferencias de un profesor de álgebra; y si estaba muy atento á las explicaciones del profesor, al dejar el anfiteatro las echaba en olvido, para no recordar sino las obras recién admiradas en museos y talleres: cuadros hermosos y nobles esculturas.

Sin embargo, bajo su calma en apariencia dichosa, nacía de cuando en cuando un vago remordimiento: ya se representaba con tristeza lo inútil del esfuerzo continuo de sus largos años de estudio; ya pensaba en lo que su padre, confiado y bondadoso, estaba esperando tal vez del hijo ausente.

En la compañía de Iglesias y Calles, y por su género de existencia, hubo de conocer á muchos artistas, entre ellos á uno que sobre él ejerció una influencia indiscutible. Se llamaba José Magriñat. Era uno de esos hombres de talento no muy grande, pero de voluntad prodigiosa, que van dejando por donde pasan una impresión de fuerza y de salud, con la cual dominan y subyugan. Pintor, joven como de unos treinta años, nacido en Cuba de padres españoles, estrecho de frente, cejijunto, y bastante seco de carnes, desdeñaba muchas cosas: desdeñaba el oro, desdeñaba la mujer, desdeñaba las letras, desdeñaba la política. En él no cabían sino dos ideas, dos pasiones, dos fanatismos: la independencia de su país y la gloria de su arte. Su amistad fue para Soria como un baño de energía, y en Soria completó la obra de mucho antes iniciada por el medio. A poco de conocerse, ya eran verdaderos amigos. Y como José Magriñat se hallaba en vísperas de realizar uno de sus mejores sueños de artista, el viaje de Italia, cuando llegó el momento de partir, nada le fue tan fácil como llevarse de compañero á su nuevo amigo Alberto Soria.

Seis meses duró el viaje, la peregrinación artística de ciudad en ciudad, como de santuario en santuario; seis meses

llenos de luz, vividos en la sagrada comunión de un mismo ideal de belleza. A la curiosidad noble de los dos romeros no se escondió un solo punto en donde hubiese florecido una escuela de arte, ni la menor aldea en donde un alma de artista hubiese dejado alguna de sus vibraciones más puras palpitando eternamente en el fresco ó en la tela, en el bajorrelieve ó en la estatua. Pero sobre todo, Florencia los turbó, los mareó con el océano de esplendores de sus infinitas obras maestras, con sus mármoles y bronceos alzados entre caricias de sol bajo los pórticos, en las plazas públicas, en las *loggias* anchurosas y claras, con sus mayólicas suspendidas de los frontones de edificios vetustos, como sonrisas de ángeles extraviadas en un rostro severo, con sus palacios llenos de majestad, cuya gracia y armonía se funde en una atmósfera alegre y sutil, en un cielo azul, delicado y vibrante.

Florencia despertó las últimas rebeldías del alma de Soria y determinó el cambio de éste. El punto de partida de su transformación fue un pensamiento sacrilego acariciado algunas veces por él bajo la cúpula de la Sagrestía Nuova entre los ricos mausoleos de los Médicis, mientras admiraba como en éxtasis la célebre Noche de Mignel Angel. Ante aquellas figuras no acabadas, tales como un tesoro apenas presentido de formas bellas y líneas poderosas, dióse una vez á pensar si nadie podría desentrañar la idea y completar la obra inconclusa del maestro incomparable. Después de relampaguear en su alma, ese pensamiento no se extinguió de improviso como el relámpago. Lo asaltó varias veces, lo persiguió, lo dominó, lo poseyó, como una imagen de voluptuosidad á un débil cerebro de eremita.

Años más tarde, al recordar esas reflexiones que le sugerían las obras no acabadas del maestro, las consideraba, avergonzándose de ellas un poco, sacrilegio y locura. Sacrilegio y locura le parecía tocar, siquiera con la imaginación, aquellas formas. «Mejor están así, pensaba. Mejor están así, en su crepúsculo doloroso; quizás más bellas, seguramente más puras. Semejantes á flores entreabiertas, viviendo en parte la vida gloriosa de la obra acabada, en parte escondidas aún en el misterio impenetrable del trozo de mármol sin pulir, parece como si esas creaciones del mayor de los artistas hubiesen tenido, por un momento, conciencia de su perfección futura, y en el supremo orgullo de su belleza, se hubieran quedado en los umbrales de la vida, temerosas de ser profanadas, y desdeñosas de mezclarse con la fealdad inquieta y vana de los hombres.»

..

A su vuelta á París, Alberto Soria tenía ya formado un propósito muy firme, para cuya realización contaba con Iglesias y un artista notable, maestro de Iglesias.

Y en cuanto pudo se dió al trabajo, velando su vida, ocultando sus proyectos á la curiosidad impertinente y maligna. Sólo Iglesias y Magriñat estaban en el secreto, y muy bien lo guardaban. Soria tenía un miedo, rayano en pavor, al ridículo, y si alguien llegaba á enterarse de sus planes, y éstos fracasaran por una razón cualquiera, la menor sonrisa iró-

nica sorprendida en unos labios hubiera sido para él como un tósigo de muerte. Además, él hallaba un soberbio placer de orgulloso en rodear de misterio su vida. Su trabajo, oculto á los ojos de las gentes, le atraía con especial encanto. Y precisamente ese misterio de su vida no se lo perdonaban los otros. No halló clemencia ni perdón ante la malévola curiosidad burlada de algunos de sus compatriotas desocupados, propaladores de malas noticias y amigos de chismes y calumnias. Comprendiendo cómo le era hostil esa curiosidad, Soria huía de ella. Pero cuando no la podía evitar, porque lo atacaba de frente, él respondía á sus ataques de modo seco y breve, ó, si estaba de humor, con evasivas burlonas. Uno de esos importunos, deseosos de conocer lo más íntimo de la vida ajena, conversaba una tarde con Soria, y conducía la conversación lo más diestra y disimuladamente posible, á fin de sorprender las ocultas ocupaciones de su conterráneo. De repente, variando de táctica, decidió irse á fondo.

—¿Y cómo está esa Escuela Central?

—¿La Escuela Central? No sé. Supongo que estará bien... Como siempre.

—¡Ah! ¿Pero usted no sigue los cursos de la Escuela Central?

—No, señor.

—¿Asistirá á la Escuela de Puentes y Calzadas?

—Tampoco.

—¿Pero usted, si no me engaño, es ingeniero?

—Sí, señor.

—¡Ah! ¿Estudiará alguna otra cosa?...

—Sí: estudio *humanidades*.

Y Soria, al hablar así, sonrió maliciosamente. El otro, interpretando á su modo la sonrisa de Soria, se permitió sonreír más maliciosamente aún y al mismo tiempo agregó:

—«Sobre todo la humanidad femenina». Y mientras decía esto miraba de soslayo, con bastante socarronería, á la rubia Julieta sentada cerca de Soria, para alejarse después con expresión de triunfo, muy convencido y orgulloso de haber dado en el blanco. «¡Si él estaba seguro! Bien se lo había dicho poco antes á Emazábel, aquel estudiante de medicina serio y trabajador que tenía debilidad por Alberto Soria. Tan evidente era el caso, que Emazábel se limitó á recurrir á bobas frases de escéptico, para excusar la conducta de su amigo.» Y una por una evocó las palabras de su conversación con Emazábel y el ademán de éste, unas veces vivo, otras lento y resignado, como ademán de trabajador sin esperanzas ni fe. Bajo los árboles del boulevard, del lado afuera de un café, conversaban, en tanto que la luz de un día de primavera agonizaba en el cielo con lentitudes voluptuosas. Y cerca de ellos, bajo los árboles del boulevard y por las calles vecinas, empezaban á correr los perfumes, el rumor y los innumerables apetitos desbocados de las claras noches de París en fiesta. Hablaban de sí mismos, de sus propios trabajos y proyectos, y de los trabajos y proyectos de los otros, amigos ó camaradas, nacidos en el mismo pedazo de tierra humilde y oscuro de más allá del océano, casi todos llegados á París con el ansia candorosa de recoger, cual más, cual menos, ideas, luz y energías, que más tarde irían á sembrar como

simiente de bendición en el suelo de la patria.

—Cuanto á ese pobre muchacho de Soria, me parece perdido, perdido sin remedio...

—¿Por qué?

—¿Me preguntas por qué? Soria tiene más de dos años aquí, sin ocuparse en nada. En nada, en nada se ocupa. Es decir, no se ocupa sino en venir al café, en vagar sin objeto, en visitar museos, en hacerse de relaciones vagas en el fondo de todos los cuchitriles de clientela dudosa de Montparnasse y Montmartre. Y todo eso en la compañía de Julieta, de esa rubia para quien debe ser como grano de anís una escasa pensión de estudiante. Nunca le he visto sin ella. ¿No crees perdido al que cae en las garras del monstruo? El monstruo es la mujer. Ella es la perdición de muchos de los nuestros, y va á ser la de Soria. ¡Cuántos pobres tontos de por allá, recién llegados aquí, no sucumben al eterno hechizo amoroso y van á la mujer como iban los jóvenes de Atenas á la boca del Minotauro! Soria me parece uno de esos. Sin temor de errar, podría yo decir que esa mujer le ha arruinado ya, física, intelectual y moralmente. Muchas deudas le habrá hecho contraer á estas horas. Julieta, sin duda ninguna, es el tipo acabado de la parisiense de hoy, producto de una gran civilización enferma y podrida. Fina, delgada, nerviosa, parece que un sorbo de rocío y un rayo de sol pudieran satisfacerla, y sin embargo nada la satisface. Es fácil adivinar, con ver su boca, una infinita curiosidad perversa. Perfidia están diciéndolo sus ojos claros, azules, punteados de oro, que deben de brillar en la sombra como ojos de felino. Y tiene el cuello redondo y firme de la dominadora y la insaciable.

—Creo que exageras. Soria no me parece perdido, como dices, perdido sin remedio. Me hace la impresión de un hombre algo tímido, vacilante, no muy seguro de sus fuerzas, que no ha encontrado aún su verdadera vía, pero que al fin la encontrará, guiado hacia ella por su inteligencia muy clara.

—Puede ser... pero entre tanto malgasta su juventud, y con su juventud el ahorro, la sangre y el sudor de quien sabe cuántas generaciones. Además... que Soria esté buscando aún su verdadera vía, no deja de ser una simple hipótesis piadosa. Para mí, es una nueva víctima agregada á las innumerables víctimas de París y de la improvisación paterfamilias. Lo he dicho muchas veces: yo, padre de familia, necesitaría confiar mucho, mucho, en la lucidez de criterio y en la bondad y firmeza de índole de un hijo mío, para dejarle venir á llevar la vida libre y halagadora de este París, que es lo infinito de la seducción sobre lo infinito del desastre. ¡Cuántos padres, creyendo hacer un bien, no hacen á cada paso un mal enorme!

—El mal es el mismo para todos—replicó Emazábel.—Para todos, téngase buena ó mala índole, intención firme ó flaca, juicio claro ó turbio. El mal es el mismo para quien se entrega á la vida ociosa, plenamente, en cuerpo y alma, como para quien trabaja y lucha y vive de lucha y de trabajo. ¡Y cuidado si para este último es mayor ese mal!

—No comprendo lo que quieres decir, pero entre el que lucha y trabaja, como

tú, cumpliendo como bueno consigo mismo y con los otros, y el que sólo se ocupa en divertirse y gozar, hay bastante diferencia.

—Hoy por hoy, sí: existe una diferencia. Mas para el mal á que yo me refiero, en el porvenir, esa diferencia no existe. De vuelta á la patria, unos y otros, así los que hoy viven en la ociosidad como los que vivimos en el trabajo, iremos á dar tal vez en una misma encrucijada oscura.

Y Emazábel, renunciando á más explicaciones, cortó el diálogo inútil con su ademán triste y solemne de trabajador sin entusiasmos ni fe, cansado de aquel largo día de junio que todavía agonizaba en el aire, sobre la claridad naciente de la luz eléctrica recién aparecida en lo alto de los fanales públicos, intensa y blanca, muy blanca, en figura de albos copos de nieve esplendorosa.

..

Mientras provocaba las murmuraciones malévolas de los otros, exhibiéndose en todas partes como perfecto holgazán, y siempre en compañía de Julieta, Soria trabajaba con ahínco y ardor de fanático. Al principio, bajo la vigilancia del maestro y amigo de Iglesias; más tarde, libremente, al aire los brazos y revestido de blusa en el taller de Iglesias, se adiestraba en imprimir las líneas y las formas del modelo desnudo en el barro á un tiempo esquivo y dócil.

Conocimientos, en su ocasión adquiridos, de anatomía plástica y dibujo, le facilitaron, reduciéndolas un poco, sus enojosas tareas de principiante. Y el exceso de trabajo no le daba, como en el curso de sus estudios de ingeniero, la sensación del vacío, la sensación del desierto desolado y monótono, que le ponía de humor áspero y triste. Al contrario, hallaba en la fatiga como un desmayo delicioso, y á veces verdadero júbilo. A este fin contribuía Julieta, sirviéndole de auxiliar inteligente aunque humilde. Desde los comienzos de sus amores, ella había sido para él toda abnegación y ternura. Los menores escrúpulos y caprichos del amante los respetaba ella, de modo que nadie hubiera podido, por causa de ella, conocer la vida ni adivinar los proyectos de Soria. Removiendo, ejercitando y afinando la sensibilidad más recóndita y oscura del amante, contribuía, sin ella saberlo, á despertar en el amante la fuerza creadora del artista.

Sintiéndose iniciado por el Amor en los misterios de la Belleza, en sus amores buscó y halló Alberto el germen de su primera obra de arte. La concepción original de su obra pasó á través de muchas metamorfosis amables antes de hacerse definitiva. Su primera idea fue la de representar, en una ó más figuras bellas, el ideal confusamente delineado de un amor futuro, libre y feliz, nacido lejos de toda sospecha, superior á toda liviandad y pequeñez, exento de mancha. De esa idea pasó á otra, que le pareció análoga, si no idéntica en el fondo: la de representar el amor antiguo, sano y alegre. Y así fue, imaginando, y cavilando, hasta que del bloque informe de sus imaginaciones confusas brotó la riente figura del *Fauno robador de Ninfas*. Y el *Fauno robador de Ninfas*, admitido al ser presentado en el concurso anual de escultura, triunfó

de sus concurrentes, de sus muchos rivales de mármol y bronce.

La noticia de haber obtenido Soria una medalla cayó como una bomba entre sus compatriotas estudiantes, causándoles indecible sorpresa.

—¡Soria escultor! ¡Y sobre escultor, premiado!

—¡Quién lo hubiera dicho!

—¿Pero á qué horas trabajaba? ¡Si yo le creía la pereza en persona!

Tales y otras muchas exclamaciones de sorpresa fueron el bautismo de gloria del novel estatuario. Luego, notables críticos de arte exaltaron en la prensa de París, con el talento del nuevo artista, el mérito de su obra, milagro de juventud y fuerza. Entonces, muchas manos aplaudieron, y muchos labios murmuraron palabras de lisonja. La abigarrada multitud parisiense desfiló delante del *Fauno robador de Ninfas*. Cada uno, hombre ó mujer, conocedor ó ignorante, dejó con sus aplausos, algo de su alma sobre las ternas carnes de mármol de aquellas dos figuras, predilectas de la gloria: el Fauno, en cuya actitud y expresión cantaba la vida de toda una selva llena de palpitaciones de savia y de renuevos robustos, y la Ninfa, por cuyas formas de rara candidez y belleza se veía pasar el temblor pudoroso de la castidad vencida. Más tarde, los periódicos del país de Alberto reproducían, exagerándolos un tanto, los elogios de sus colegas franceses, y con el homenaje de la prensa patria llegaron á las manos de Soria muchas felicitaciones, muchos aplausos de parientes y amigos olvidados, y aun de personas desconocidas.

Sin embargo, el aplauso mejor, el que debía coronar el triunfo del artista, ese no llegó al alma de Soria, sino destilando amargura. La carta que recibió entonces de su padre, esperada con ansiedad muy viva, rebotaba en cariñosas palabras y ternezas. Pero Alberto creyó leer entre líneas algo que era á la vez protesta y súplica, y vislumbró á través de la prosa amable el gesto de un reproche. Eso lo mantuvo desconsolado y melancólico por algunos días, hasta que el tumulto de la vida parisiense y la continua sugestión poderosa del ambiente artístico lo devolvieron al trabajo y al arte.

En medio á grandiosos proyectos de nuevas esculturas lo sorprendió el aviso de la enfermedad súbita del padre, y ante el angustioso llamamiento de los hermanos apercibiéndose á la partida. Sin gran tristeza dejó tras de sí una obra no acabada, muchas esperanzas, muchos sueños de artista y el amor y los labios de Julieta. Le seducía la idea de volver á la patria. Y al pensar en la patria, no pensaba en realidad sino en la imagen que de ella se había formado durante su austera vida estudiantil, imagen hermosa y engrandecida más tarde por los recuerdos y la ausencia.

Al despertar, el día siguiente de su llegada, en la casa paterna, recordó de nuevo los últimos años de su vida como se recuerda un sueño largo. Su ilusión, en ese instante, fue completa. El sol, penetrando á través de las rendijas de puertas y ventanas, caía sobre los objetos familiares colocados en los mismos sitios y de igual modo que cinco años atrás. Ya vestido, Soria abrió la puerta que comunicaba su alcoba con la salita en donde antes él y Pedro recibían á sus compañe-

ros de estudio. Una ola de frescura y fragancia fué á su encuentro, como dándole los buenos días. En el centro de la sala, sobre una mesa redonda, había una cesta de cristal, llena de rosas frescas. Y

como el caminante que, abrumado de fatiga, calor y sed, sumerge los labios en un arroyo frío y transparente, así Alberto hundió su rostro en el manojo de rosas recién cogidas. Los pétalos de las rosas

le hicieron cosquillas en la barba, la nariz y los labios; le mojaron la frente y las mejillas. Y Soria, en un grito de sorpresa infantil, exclamó casi ebrio:
¡Cuántas rosas! ¡Cuántas rosas!

SEÑOR MAXIMILIANO LORES

ML nombre del Director de *La Linterna Mágica* es hoy conocido con aplauso en todo el País, gracias á la labor inteligente y constante del señor Lores.

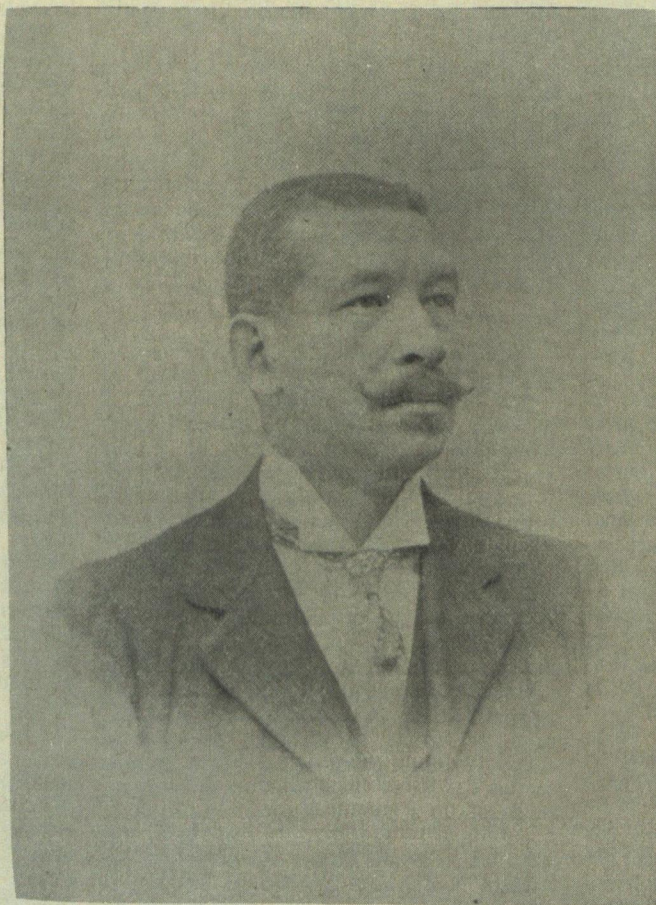
No es de ahora, de estos días de merecida popularidad, la reputación literaria del hábil y discreto diarista: Desde años atrás, en Barquisimeto, Maracaibo y Barcelona, ensayó sus aptitudes para la prensa el señor Lores, y mereció concepto de nota entre los lectores de las publicaciones que tuvo á su cargo.

En Caracas comenzó á recomendarse á la atención pública como cronista de *El Pregonero* y bien pronto,— á conciencia de la buena acogida que se prestaba á su «manera» de información — emprendió la fundación de la actual *Linterna Mágica*, diario de la mañana, ilustrado, noticioso y festivo, el más popular de todos los de su género entre nosotros.

El señor Lores supo, desde los comienzos de su tarea, hacer ameno y solicitado su periódico, y sacarlo en triunfo rápidamente. De manera que lo que no ha mucho tuvo los principios vacilantes y las naturales timideces de un ensayo, es hoy una halagadora empresa, acreditada en la República. Pudiera afirmarse que si no ha fundado, por lo menos ha restablecido el señor Lores, inteligente, resuelta y vigorosamente, el diarismo ilustrado y de información, realizando con su hoja un ideal entre nosotros infructuosamente solicitado antes é irremisiblemente muerto en penosas aunque laudables intenciones: que á tanto alcanza el esfuerzo del talento, puesto al servicio de una voluntad inflexible en un propósito definido, exacto, concebido con precisión, madurado á conciencia y sostenido con firmeza.

Es perdurable el crédito que adquieren los periódicos de la índole de *La Linterna*, por lo mismo que es tan difícil de cumplir el programa á que tienen que ajustarse, por la suma discreción que exige su naturaleza, en continua demanda de rasgos de fina espiritualidad, chispeante intención y

agudo aticismo, linderos de a vulgaridad desabrida y de la ironía desatemplada é inconsulta. No son siempre fáciles los empeños de la sátira amable, ni es tan uniforme el diario *humor*, de público y lectores, para conservar su picante interés á los asuntos de la perpetua trivialidad callejera y descubrir de una mirrada la faz más resaltante de la comedia, sin correr los peligros de hacer demasiado profundas las huellas del disector y extremar hasta las trágicas contorsiones de la amargura ajena y de la propia pasión los rasgos risibles del ridículo. La debilidad humana tiene entre todas sus fisonomías una candorosa é inofensiva, que arranca la sonrisa saludable y salvadora de la sensatez y del buen criterio, sin mezclas de crueldad mezquina y estéril, ni tristezas de humillaciones implacables: ahí los peligros, las dificultades y las pruebas de la exquisita habilidad y tacto que este arte de la censura picarezca y amable pide á las aptitudes de los que transitan su camino, tras el deseo de la pública aceptación y las generales aprobaciones.



Por ese camino va el señor Lores, sin colocar su planta sobre los vacíos que acechan y sobre los bordes deleznable de la vía, ni ahondar demasiado con la mirada en el fondo incierto de la miseria humana, apenas disimulada por tenue y delicadísima epidermis.

La Dirección de *El Cojo Ilustrado* se complace en tributar un aplauso al joven inteligente, laborioso y constante, que consagra su esfuerzo y sus aptitudes al servicio del adelanto patrio, á las actividades honorables del trabajo y aun al alivio de las ajenas congojas, como lo ha demostrado últimamente, fundando la edición dominical de su periódico, para contribuir con el producto líquido de su venta al sostenimiento de los institutos benéficos, como el Lazareto de esta capital y las casas de caridad pública que existen en las poblaciones en donde circula *La Linterna*.

C. ARIAS SANDOVAL



EL COJO ILUSTRADO trae á la galería de periodistas nacionales contemporáneos el retrato del actual Director y Redactor de *La Restauración Liberal*, diario político de la capital.

Las columnas de esta Revista no pueden contener, por su índole absolutamente ajena á todo asunto político interno, apreciaciones concretas acerca de la misión, en la prensa, de Arias Sandoval; y solamente le es permitido, al publicar su retrato, hacer las consideraciones que se desprenden de la ardua labor del periodismo que combate en el, para nosotros, ardiente campo de los intereses públicos.

Por su naturaleza, por su trascendencia, por los constantes reclamos de urgencia que la solicitan, esa tribuna del diarismo político se halla á tan grande altura de espectación pública colocada,

PRIMAVERA TRISTE



de aquel pedazo de tierra—no mayor que un pañuelo, según decían los vecinos,— y del cual sacaban su pan á costa de fatigas.

Vivían como lombrices de tierra, siempre pegados al surco, y la chica, á pesar de su desmedrada figura, trabajaba como un peón.

La apodaban *la Borda*, porque la difunta mujer del tío Tófol, en su afán de tener hijos que alegrasen su esterilidad, la había sacado de la Inclusa. En aquel huertecillo había llegado á los diecisiete años que parecían once, á juzgar por lo enclenque de su cuerpo afeado aún más por la estrechez de unos hombros puntiagudos, que se curvaban hacia fuera, hundiendo el pecho é hinchando la espalda.

Era fea: angustiaba á sus vecinas y compañeras de mercado con su tocesilla continua y molesta; pero todas la querían. ¡Criatura más trabajadora!... Horas antes de amanecer ya temblaba de frío en el huerto cogiendo fresas ó cortando flores: era la primera que entraba en Valencia para ocupar su puesto en el mercado; en las noches que correspondía regar, agarraba valientemente el azadón y, con las faldas remangadas ayudaba al tío Tófol á abrir bocas en los ribazos por donde se derramaba el agua roja de la acequia, que la tierra sedienta y requemada, engullía con un *glu-glu* de satisfacción; y los días que había remesa para Madrid, corría como loca por el huerto saqueando los bancales, trayendo á brazadas los claveles y rosas, que los embaladores iban colocando en cestos.

Todo se necesitaba para vivir con tan poca tierra. Había que estar siempre sobre ella, tratándola como bestia rehacia que necesita del látigo para marchar. Era una parcela de un vasto jardín, en otro tiempo de los frailes, que la desamortización revolucionaria había subdividido. La ciudad ensanchándose, amenazaba tragarse al huerto en su desbordamiento de casas, y el tío Tófol, á pesar de hablar mal de sus terruños, temblaba ante la idea de que la codicia tentase al dueño y los vendiese como solares.

Allí estaba su sangre; sesenta años de trabajo. No había un pedazo de tierra inactiva, y aunque el huerto era pequeño, desde el centro no se veían las tapias, tal era la maraña de árboles y plantas; nispereros y magnolieros, bancales de claveles, bosquecillos de rosales, tupidas enredaderas de pasionarias y jazmines; todo cosas útiles, que daban dinero y eran apreciadas por los tontos de la ciudad.

El viejo, insensible á las bellezas de su huerto, sólo ansiaba la cantidad. Que-

ría segar las flores en gavillas como si fuesen hierba; cargar carros enteros de frutas delicadas, y este anhelo de viejo avaro é insaciable martirizaba á la pobre *Borda*, que apenas descansaba un momento, vencida por la tos, oía amenazas ó recibía como brutal advertencia un terronazo en los hombros.

Las vecinas de los inmediatos huertos protestaban. Estaba matando á la chica; cada vez tosía más. Pero el viejo contestaba siempre lo mismo. Había que trabajar mucho: el amo no atendía razones en San Juan y en Navidad, cuando correspondía entregarle las pagas de arrendamiento. Si la chica tosía era por vicio, pues no la faltaban su libra de pan y su rinconcito en la cazuela de arroz; algunos días hasta comía golosinas, morcilla de cebolla y sangre, por ejemplo: los domingos la dejaba divertirse, enviándola á misa como una señora, y aún no hacía un año que le dio tres pesetas para una falda. Además, era su padre, y el tío Tófol, como todos los labriegos de raza latina, entendía la paternidad cual los antiguos romanos; con derecho de vida y muerte sobre los hijos, sintiendo cariño en lo más hondo de su voluntad, pero demostrándolo con las cejas fruncidas y alguno que otro palo.

La pobre *Borda* no se quejaba. Ella también quería trabajar mucho, para que nunca les quitasen el pedazo de tierra en cuyos senderos aún creía ver el zagalejo remendado de aquella vieja hortelana, á la que llamaba madre cuando sentía la caricia de sus manos callosas.

Allí estaba cuanto quería en el mundo: los árboles que la conocieron de pequeña y las flores que en su pensamiento inocente hacían surgir una vaga idea de maternidad. Eran sus hijas, las únicas muñecas de su infancia, y todas las mañanas experimentaba la misma sorpresa viendo las flores nuevas que surgían de sus capullos, siguiéndolas paso á paso en su crecimiento, desde que tímidas apretaban sus pétalos como si quisieran retroceder y ocultarse, hasta que con repentina audacia estallaban como bombas de colores y perfumes.

El huerto entonaba para ella una sinfonía interminable, en la cual la armonía de los colores confundíase con el rumor de los árboles y el monótono canturreo de aquella acequia fangosa y poblada de renacuajos, que oculta por el follaje sonaba como arroyuelo bucólico.

En las horas de fuerte sol, mientras el viejo descansaba, iba *la Borda* de un lado á otro, admirando las bellezas de su familia, vestida de gala para celebrar la estación. ¡Qué hermosa primavera! Sin duda Dios cambiaba de sitio en las alturas aproximándose á la tierra.

Las azucenas de blanco raso erguíanse con cierto desmayo como las señoritas en traje de baile que la pobre *Borda* había admirado muchas veces en las estampas; las camelias de color carnosos hacían pensar en tibias desnudeces, en grandes señoras indolentemente tendidas, mostrando los misterios de su piel de seda; las violetas coqueteaban ocultándose entre las hojas para denunciarse con su perfume; las margaritas destacaban como botones de oro mate; los claveles cual avalancha revolucionaria de gorros rojos, cubrían los bancales y

que, es de suponer se requiera en su cima la incontrastable serenidad de los que fueron nacidos para presenciar sin prevenciones y dominar sin intemperancias el férvido tumulto de todos los intereses agitados por las pasiones de causa y por la integridad del ideal. Precísase una recia contextura de luchador, una clara y austerísima noción del propósito, un camino netamente trazado hacia los objetivos de la misión, para sostener buenamente esa brega implacable, en la que es deber y es honor que permanezca intacta la intocable Justicia, triunfante el mejor derecho, y palpitantes en cada concepto la ingenuidad, el decoro y la reclusión de la intención.

Por entre fragores adversos, ó bajo clemencias amigas, el periodismo político demanda que en esa verdadera clínica en donde se somete al consejo de los mejores sistemas la salud de la Patria, ésta debe ser el más alto, el preferente y único interés.

Ruidosa lid se empeña en ese campo, hermosa gloria se cautiva y gran nombre se conquista, cuando naturaleza llama por esos caminos de brillante afán, en los que se pelea de frente al embate enemigo, gallardamente, en honesta é hidalga liza. O bien, hace venías el aprecio público, cuando honradamente echa sobre espaldas poderosas, sobre los propios hombros, el lidiador abatido la grave carga de sus razones vulneradas.

Sin duda fue formado Arias Sandoval con la previa advertencia de tan áspero camino, de tan rudo esfuerzo y de tantas responsabilidades, y su espíritu se habrá hallado fuerte para la tarea de concurrir á las tormentas del Ahora, á ser contemplado á la luz del análisis severo por los que esperan oír los dictámenes del bien social y de la excelencia política.

El día de la justicia será dicho si fue cumplido el deber.

asaltaban los senderos; arriba las magnolias balanceaban su blanco cogollo como un incensario de marfil que esparcía incienso más grato que el de las iglesias; y los pensamientos, maliciosos duendes, sacaban por entre el follaje sus gorras de terciopelo morado y guiñando las caritas barbudadas, parecían decir á la chica:

— *Borda, Bordeta....* nos asamos. ¡Por Dios! Un poquito de agua.

Lo decían, sí: oíalo ella, no con los oídos sino con los ojos, y aunque los huesos le dolían de cansada, corría á la acequia á llenar la regadera y bañizaba á aquellos pilluelos que bajo la ducha saludaban agradecidos.

Sus manos temblaban muchas veces al cortar el tallo de las flores. Por su gusto allí se quedarían hasta secarse; pero era preciso ganar dinero llenando los cestos que se enviaban á Madrid.

Envidiaba á las flores viéndolas emprender el viaje. ¡Madrid!... ¿Cómo sería aquéllo? Veía una ciudad fantástica, con suntuosos palacios como los de los cuentos, brillantes salones de porcelana con espejos que reflejaban millares de luces, hermosas señoras que lucían sus flores; y tal era la intensidad de la imagen, que hasta creía haber visto todo aquello en otros tiempos; tal vez antes de nacer.

En aquel Madrid estaba el señorito, el hijo de los amos con el cual había jugado muchas veces siendo niña y de cuya presencia huyó avergonzada el verano anterior, cuando hecho un arrogante mozo visitó el huerto. ¡Pícaros recuerdos! Ruborizábase pensando en las

horas que pasaron siendo niños, sentados en un ribazo, oyendo ella la historia de Cenicienta, la niña despreciada convertida repentinamente en arrogante princesa.



SARAH BERNHARDT, EN L'AIGLON

La eterna quimera de todas las niñas abandonadas venía entonces á tocarle en la frente con sus alas de oro. Veía detenerse un soberbio carruaje en la puerta del huerto, una hermosa señora la llamaba.—*¡Hija mía!... por fin te encuentro*; ni más ni menos que en la leyenda; después los trajes magníficos, un palacio por casa, y al final, como no hay príncipes disponibles á todas horas para casarse, contentábase modestamente con hacer su marido al señorito.

¿Quién sabe?... Y cuando más esperanzas ponía en el porvenir, la realidad

la despertaba en forma de brutal terronazo, mientras el viejo decía con voz aspera.

—Arre que ya es hora.

Y otra vez al trabajo, á dar tormento á la tierra, que se quejaba cubriéndose de flores.

El sol caldeaba el huerto haciendo estallar las cortezas de los árboles; en las tibias madrugadas sudábase al trabajar como si fuese mediodía, y á pesar de esto, *la Borda* cada vez más delgada y tosiendo más.

Parecía que el color y la vida que faltaban en su rostro, se lo arrebataban las flores, á las que besaba con inexplicable tristeza.

Nadie pensó en llamar al médico. ¿Para qué? Los médicos cuestan dinero, y el tío Tófol no creía en ellos. Los animales saben menos que las personas y lo pasan tan ricamente sin médicos ni boticas.

Una mañana en el mercado, las compañeras de *la Borda* cuchicheaban mirándola compasivamente. Su fino oído de enferma lo escuchó todo. Caería

cuando cayesen las hojas.

Estas palabras fueron su obsesión. Morir.... ¡Bueno, se resignaba! por el pobre viejo lo sentía, falta de ayuda. Pero al menos que muriese como su madre, en plena primavera, cuando todo el huerto lanzaba risueño su loca carcajada de colores; no cuando se despuebla la tierra, cuando los árboles parecen escobas y las apagadas flores de invierno se alzan tristes en los bancales.

¡Al caer las hojas!.... Aborrecía los árboles, cuyos ramajes se desnudaban como esqueletos del otoño; huía de ellos

como si su sombra fuese maléfica, y adoraba una palmera que el siglo anterior plantaron los frailes; esbelto gigante, con la cabeza coronada de un surtidor de ondulantes plumas.

Aquellas hojas no caían nunca. Sospechaba que tal vez fuera una tontería, pero su afán por lo maravilloso le hacía sentir esperanzas, y como el que busca la curación al pie de imagen milagrosa, la pobre *Borda* pasaba los ratos de descanso al pie de la palmera, que la protegía con la sombra de sus punzantes ramas.

Allí pasó el verano viendo como el sol que no la calentaba, hacía humear la tierra, cual si de sus entrañas fuese á sacar un volcán; allí la sorprendieron los primeros vientos de otoño, que arrasaban las hojas secas. Cada vez estaba más delgada, más triste, con una finura tal de percepción que oía los sonidos más lejanos. Las mariposas blancas que revoloteaban en torno de su cabeza, pegaban las alas en el sudor frío de su frente, como si quisieran tirar de ella arrastrándola á otros mundos, donde las flores nacen espontáneamente, sin llevarse en sus colores y perfumes algo de la vida de quien las cuida.

Las lluvias de invierno no encontraron ya á la *Borda*. Cayeron sobre el encorvado espinazo del viejo, que estaba como siempre con la azada en las manos y la vista en el surco.

Cumplía su destino con la indiferencia y el valor de un disciplinado soldado de la miseria. Trabajar, trabajar mucho para que no faltase la cazuela de arroz y la paga al amo.

Estaba sólo, la chica había seguido á su madre; lo único que le quedaba era aquella tierra traidora que se chupaba á las personas y acabaría con él, cubierta siempre de flores, perfumada y fecunda, como si sobre ella no hubiese soplado la muerte. Ni siquiera se había secado un rosal para acompañar á la pobre *Borda* en su viaje.

Con sus setenta años tenía que hacer el trabajo de dos; removía la tierra con

más tenacidad que antes, sin levantar la cabeza, insensible á la engañosa belleza que le rodeaba, sabiendo que era el producto de su esclavitud, animado únicamente por el deseo de vender bien la hermosura de la naturaleza, y segando las flores con el mismo entusiasmo que si segara hierba.

V. BLASCO IBAÑEZ.



ADELINA PADOVANI DE FARRÉN, Soprano ligero

¡ ANHELO !

Yo quiero — ¡oh mi buen Dios! — morir en los brazos de mi amada; purgar mis faltas con abundosas lágrimas que de mis ojos broten; mi cabeza reclinada en su seno virginal; sintiendo en mi faz su aliento, y en mis labios la dulce caricia de los suyos; arrullado mi oído con la música de sus frases de amor; cautivo mi cuerpo de vencido en la cárcel de sus brazos.....

Y así — ¡oh mi buen Dios! — tenue, leve, suavemente, véngase la muerte «tan callando», y acabese mi vida como acaban las notas de melancólica balada que á lo lejos percíbese, como se desvanecen en el espacio los indecisos contornos de vagabunda nubecilla, en la naciente oscuridad de un crepúsculo invernal.....

DIEGO-DIEGO.

1901.

¿EN QUÉ PENSARÉ?

¿En qué pensaré cuando me halle á punto de morir, si es que estoy aún en estado de pensar?

¿Pensaré en mi mal aprovechada vida, que pasé como en un sueño, adormecido, sin saber paladear sus frutos? ¡Cómo! ¿Es ya la muerte? ¿Tan pronto? ¡Imposible!

¡Aún no he tenido tiempo de hacer nada! ¡Sólo que ya me disponía á hacer algo!

¿Recordaré mi pasado? ¿Fijaré mi pensamiento en los breves instantes radiosos que tuve en la vida, en las fisonomías é imágenes para mí caras?

O bien ¿volverán á trazarse en mi memoria mis malas acciones é invadirá mi alma la ardorosa angustia de un remordimiento tardío? ¿Pensaré en lo que espera más allá de la tumba y si me espera en efecto cosa alguna?

No.... Parece-me que trataré de no pensar, que me esforzaré por idear alguna pequeña distracción para distraer la atención de las amenazadoras tinieblas que se ennegrecen ante mí.

En mi presencia cierto moribundo no cesaba de condolerse porque no le querían dar avellanas tostadas. Y sólo allá, en lo más recóndito de sus ojos ya sin lustre, mientras tartamudeaba

sus quejas, bregaba y se estremecía un no sé qué, como el ala rota de un pájaro mortalmente herido.

IVAN TURGUENEF.

POEMAS EN PROSA

¿Escribiría estas líneas en tu álbum?... ¡Oh, no! Si me lo hubieras enviado, estamparía en él frases de banal galantería, de esas que, como estirados caballeros en traje de etiqueta, hacen una genuflexión ceremoniosa y se pierden entre la multitud, sincera pero vulgarmente aduladora; y no quedaría ahí huella de los pensamientos que has hecho vibrar en mi cerebro ni de los alientos de mi corazón, que quiere, cuando te veo, romper su cárcel.

Aquí, en cambio, quedará esa huella, aunque incomprendible para ti, que no sabes, que quizás no sabrás nunca que te son dedicadas estas líneas ni que has inspirado esos pensamientos y provocado esos aleteos. Porque ha sido uno de los mejores triunfos de mi voluntad, al estar á tu lado, el hablarte de cosas indiferentes, cuando dentro de mi sér, como dentro de un templo cuyos rosetones han sido cubiertos con tupidos velos, para que no se escape ni un fulgor, ni un perfume de las luces y de los incienso del altar, ni una nota de los himnos del órgano, se celebraba el sagrado oficio del más puro de los amores.

Yo sólo sé que estas líneas hablan de ti, y por eso me son caras; por eso, después de escritas, me parece que esplenden y que cantan y que perfuman, como esplende, canta y perfuma mi corazón cuando te acercas á él.

..

Una mañana.... Estábamos en plena campiña, en medio de una turba bulliciosa y regocijada. Al verte llegar, sencillamente vestida con un traje claro de muselina, te había apenas saludado, alejándome después precipitadamente, temeroso de que mi turbación traicionara mi secreto. Pero de lejos te miraba á veces, cuando nadie podía advertirlo. Un fresno añoso inclinaba hacia ti sus frondosas ramas y sobre el azul del cielo se destacaba tu perfil de diosa griega. Tu cabellera, que reflejaba los rayos del sol, cubría tu cabeza como un casco, y bajo de él la corrección de tus facciones evocaba el recuerdo de Palas; de Palas la virgen armipotente é impoluta, diosa de la sabiduría y de la fuerza. Me sentí creyente, creyente de una religión extinta: de aquella que deificó las fuerzas de la naturaleza y pobló los bosques de hamadriadas y los mares de nereidas; sentí que el credo helénico, á través de los siglos, por sobre la cruz, inundaba mi alma.

Una tarde.... Encima de las montañas que limitan el mar, había el crepúsculo construido y estaba derribando,

entre fulgores de fragua y á martillazos de nubes, un edificio enorme, que parecía: primero un templo, después un circo. Sobre ese telón de fondo te miré, con un traje obscuro de severo corte, que realzaba la esbeltez de tu talle y la frágil delicadeza de tu busto. Una brisa ligerísima acariciaba y hacía volar, formando aureola, las guedejas de tu cabellera. Tu cabeza se levantaba cuando escudriñabas

lidos monjes y el cielo de radiosos ángeles; sentí que el credo católico, á través de los años, por sobre la incredulidad de la orgullosa ciencia, inundaba mi alma.

Porque en mi despertaras el culto de la forma y el de la idea, de la impasible Belleza plástica y de la conmovedora Virtud cristiana.

Por ti quemaría la mirra de mi adoración sobre el ara de Afrodita, ó comulgaria con la hostia santa en el altar del Crucificado.

Condensas para mí todas las creencias, las que matan y las que vivifican, las que hunden en las sombras del pasado y las que elevan el alma en asunción hacia los esplendores del porvenir.

Resumes la historia de mi vida á tal grado, que me parece que tu amor sólo va á llegar hasta el instante de mi muerte, sino que, por misteriosa é inexplicable absorción retrospectiva, aboliendo años transcurridos, destruyendo amores pasados, se ha apoderado del instante de mi nacimiento.

Eres el alfa y la omega de mi carne y de mi espíritu.

..

Pero yo sólo sé que estas líneas hablan de ti, y por eso me son caras; por eso, después de escritas, me parece que esplenden y que cantan y que perfuman, como esplende, canta y perfuma mi corazón que, cuando te acercas á él, aletea para romper su cárcel.

MANUEL PUGA Y ACAL.

1901.



ARTISTA FRANCESA: Señorita Riva, en Les Petites Vestales

el poniente ó se inclinaba cuando profundizabas el océano con la mirada, que era inmensamente dulce ú hondamente tierna. Me pareciste una mártir cristiana arrojada á las fieras: una nube negruzca antojóseme un tigre que se apercibía á hincarte sus garras, y una pincelada luminosa que brillaba sobre el gris acerado del cenit, una paloma que bajaba del cielo para premiar tu martirio. Me sentí creyente, creyente de una religión olvidada; de esa que deifica las virtudes y los sacrificios y pobló los conventos de pá-

EL VENGADOR

Si, señores jurados, aquella mujer, aquella anciana, era mi madre!—me acerqué á su lecho, silenciosamente, en la sombra, y escuché..... escuché..... Dormía!

Su respiración tranquila, igual, semejava las oscilaciones de un péndulo. Apliqué mi mano á su corazón; se estremeció ligeramente y un escalofrío corrió á lo largo de su cuerpo.... Afuera, el viento gemía en ráfagas siniestras y la lluvia

golpeaba á intervalos los cristales de la ventana.

Transcurrió un minuto... un siglo...

De pronto, el recuerdo de la ofensa, de la horrible ofensa, se agolpó á mi cerebro, inundándolo con resplandores rojizos como las olas de un mar de fuego.

Mis manos se crisparon, las llevé á su garganta y apreté... apreté sin compasión... Un salto brusco, una convulsión, un sollozo ahogado en el terrible lazo!... Después... nada... Nervios que se aflojan, una blandura de seda, una laxitud extrema, un desvanecimiento de la vida... Aparté mis manos, caí de rodillas y me puse á llorar!...

¡Cuánto tiempo pasó así! No lo sé. Ya el viento no hacía oír su grito agudo y la luna, como una lágrima de plata, se deslizaba en el manto trasparente de la noche. Un rayo jugueteaba tristemente con la blanca sábana de la muerta.

Me acerqué con curiosidad.

La lucha había dejado leves rastros, la boca contraída dejaba asomar un punto sanguinolento, los párpados cerrados parecían arrullar un sueño místico, un brazo pendía de la cama... ¿Estaba realmente muerta? Me aproximé á ella y puse de nuevo mi mano sobre el cuello; ya la arteria no latía. ¡Sí, aquello era la muerte!

Y una rabia loca, una rabia de muchos años, una fiebre de vida despedazada, hundida, un rencor de largas noches en vela, me invadió con el deseo de apoderarme de aquel cadáver y pisotearlo y despedazarlo... ¡Ah! aquella impura carne fue la que nos manchó á los dos; á él, dormido ya para siempre en un rincón de tierra blanda, y á mí, el de triste juventud marchita que iba arrastrando mi dolor y su deshonra. Y traje á mi memoria la lenta agonía del esposo abandonado, el hogar desierto, las eternas noches, los sollozos punzantes y las blasfemias impías!

Una noche, mi padre, mi pobre padre, enfermo; yo muy niño, la miseria... el delirio... Y al amanecer, él moribundo... yo pidiendo pan... mientras ella tal vez dormía su sueño orgiástico en algún salón dorado y el sol se reía insolentemente de esa infamia.

Otra vez—siempre la noche!—la escena cambia: una taberna, cantos obscenos, hambre lúbrica, harapos canchalescos... Entré allí para embrutecerme y pedí alcohol... Alcohol... Ah! Esto era muy hermoso, muy hermoso! La vida se tornaba diáfana, flotaba en una corriente vaporosa, un gozo inefable cantaba dentro de mí, la sangre bullía en mis venas, corría, saltaba...

Visiones acariciadoras venían á posar sus labios ardientes en los mios, me quemaban con su aliento, trazaban círculos á mi alrededor, danza enloquecedora, incitante, vertiginosa, que atraía y deslumbraba... Y yo reía, reía brutalmente, estúpidamente, mientras mis brazos se tendían y anhelaban estrechar aquellos cuerpos de llamas y fundirme en aquella hoguera... De pronto una mujer pasó!... ¡era ella! ¡mi madre! La boca animada por una sonrisa de deseos, los ojos inflamados, desceñida la ropa... Y me levanté de mi asiento... y, no sé cómo, vi brillar algo en mi mano... y perdí toda conciencia!

Al día siguiente, en mi cuarto de estudiante pobre, agraciado con una beca por



Rosalva Chalfa

el poder público, caridad oficial destinada á hacer pensar y conocer la propia miseria, supe que la noche anterior, en las alas de la embriaguez, había tratado de herir á una miserable criatura que se acercó á mi mesa con el ánsia de un puñado de monedas.

¡Juventud!... ¡Primavera!... ¡Oh funebres compañeros de mi triste vida! ¿Por qué arrancarme del cieno en que me revolcaba y aumentar mi dolor? Encanallarme, no pensar, volver al primitivo origen, tornar al lodo! ¡Mi deprimente, mi buena ignorancia! Y á cada nuevo amanecer, la herida sangraba más, era más honda, más profunda! Sensibilidad depurada con la educación, refinamiento moral que corre al par del desarrollo de la inteligencia! Cuántas veces me complacía en vestirme de mendigo y deslizarme entre una turba de desheredados de la conciencia que pasa indiferente entre sus abyecciones. El lodo que me salpicaba el rostro, el latigazo del cobero para apartarme del arroyo, me volvían á la realidad. ¡Apretaba los puños y lloraba como un niño...

Venia el sueño á atraerme en la alta noche, vencido por la crisis; pero el recuerdo no moría. Bajaba de lo alto la amada cabeza grave, la del moribundo solo, y vertía sus lágrimas sobre mi pecho. Vefalo en su lecho de martirio, delirante y trémulo. Y sus labios como rosas blancas, se entreabrían para pronunciar un nombre. El de ella, el de ella que me lo mataba! Y yo me acercaba en silencio, como me acerqué al lecho de aquella mujer, y ponía mi cabeza al lado de la suya, como queriendo fundir en una nuestras desdichas y en uno nuestros rencores, como creía hacer una de nuestras dos vidas. ¡Y la suya me había abandonado! como nos abandonó ella á nosotros aquella mañana de primavera en que la onda páfida de la savia nueva encendió en las venas las llamas de su organismo!

Y el querido fantasma, de pie, pálido, triste y silencioso, me aguardaba todas las noches, vigilante y pertinaz, al borde de mi cama, y cuando el plateado amanecer trazaba hilos de luz, me enviaba un último beso y se iba envuelto en su amargura eterna y en su tragedia palpitante. Y así muchas noches, y muchos días y mu-

chos años... ¡un siglo! hasta que Dios. Satanás, el cielo ó el infierno—no importa quién—me hicieran descubrir la guarida de aquella mujer... y.... una noche... Ya saben los jurados lo demás....

Y desde entonces, ya la venerada sombra no aparece, no viene de la región del misterio á recordarme su prolongada tragedia.

El que del ensueño brotó, volvió al ensueño; la que materia fue, tornó á la materia. ¡Oh mis noches! mis tristes noches..... ¡Ya no volveréis á enloquecerme!.....

CARLOS DIAZ DUFOO.

Méjico.

NOCTURNO

Cuando estoy en mi lecho, y afuera
Siento pasos de gente que cruza:
¿De quién son esos pasos, me digo,
Cuando suena en la torre la una?

Si es un padre que busca un alivio
Para el hijo postrado en la cuna,
Que despierte, Señor, ese niño
Sonriendo sin fiebre ni angustia;

Si es un hombre que vuelve jugando
De su esposa infeliz la fortuna,
Haz que ablanden su pecho de roca
De sus hijos las lágrimas puras:

Si es la joven que vuelve del baile
Sofocada de danza y mazurka,
Que los aires no hieran su pecho
Y la tos no la arroje á la tumba;

Si es un pobre ó tal vez mi enemigo
En demanda de pan ó de ayuda,
Dile al punto que toque á mi puerta
Y á mi pecho que olvide la injuria;

Si es malvado que en pos de venganza
En la sombra su víctima busca,
Que camine hasta el fin de los siglos
Sin hallar á su víctima nunca;

Pero si es un amante que vuela
De la reja á la cita nocturna,
Ilumina, Señor, esa frente
Con un rayo de amor y de luna.

MANUEL SANCHEZ PESQUERA.

EL FESTIN DE MACBETH

PÁGINA DE SHAKESPEARE

I

Ya brillan las antorchas
en la morada regia;
empieza ya el festín.....

Es la hora en que parece que florecen las sombras;
grazna el cuervo, el murciélago azota las tinieblas
con sus alas, y un viento sopla helado y sutil.

II

Macbeth está sombrío;
lleva el crimen pintado
en la curtiada faz.

El, en noche como ésta, de un rey fue el asesino;
cifóse la corona, y huyeron desbocados,
salvajes, los caballos del monarca Duncán.

III

Hoy su negra conciencia
nada en un mar de sangre;
á otro hombre asesinó!

Y ahogar quiere en la orgía de las ruidosas fiestas,
de Ducán y de Banquo la imagen implacable
y todas las angustias que hay en su corazón.

IV

Ya oprime el labio el borde
de la dorada copa,
ya se aleja el pesar:

Lady Macbeth sonríe; huye la oscura noche;
mas al volverse Macbeth al sitio, en sangre roja
la cabellera, Banquo, un espectro, allí está!

V

¡Oh, rey! no podrás nunca
tu propio pensamiento
arrojar de tí, nó!

De sufrir tienes siempre su peso que te abruma,
porque el remordimiento toma forma de espectro
para azotar conciencias que han ofendido á Dios.

VICENTE ACOSTA.

EL FANTASMA

Le tengo miedo al vacilante paso,
á quedar rezagado en el camino:
¡que aún perfuma los bordes de mi vaso
la juventud, con su licor divino!

Tengo miedo á las manos temblorosas
que ya le han dicho adiós á los placeres,
y que no pueden alfombrar con rosas
el sendero que siguen las mujeres:
manos que cerca de un semblante bello
no lo acarician con febril cariño,
y que no saben enlazarse á un cuello,
ni desatar las cintas de un corpiño.

No quiero presentarme en las veladas
en donde todo es tótrico y anciano;
desde las viejas sillas empolvadas,
hasta las partituras olvidadas
sobre el atril del moribundo piano.....

Es mejor descansar en una fosa,
que sufrir el martirio y la agonía
de ver pasar á una mujer hermosa
y no decirle con afán:—¡ Sé mía!

¡Juventud adorable y generosa,
permanece á mi lado todavía,
en tanto que, detrás de mis persianas,
miro como se pierden á lo lejos
los temblorosos viejos
que salen con su báculo y sus canas,
á calentar su piel, con los reflejos
de las bellas y cálidas mañanas!.....

B. BYRNE.

Febrero, 1901.

LA FRAGIL QUIMERA

(POEMA)

A PEDRO-EMILIO COLL.

Lucy, la novia pálida, sintiendo que moría
Escribió, llena el alma de honda melancolía,
A Franck, el joven músico de rubia cabellera,
A Franck, el prometido, su voluntad postrera:

*

«Como ligero esquife con la vela tendida
Me ausento de las playas sonoras de la vida.
Agoniza el crepúsculo..... La inmensa noche baja!
Coróname de flores, y pónme una mortaja,—
Una mortaja blanca, como el cisne encantado
Que conduce la barca del paladín sagrado.....

Luégo, piadosamente, con tu querida mano
Como en un lecho, extiéndeme encima del piano;
Quiero escuchar al borde sereno de la tumba
Una elegía, un vago lamento de ultra-tumba:

Será de nuestras bodas el himno funerario
Alzando por mi muerte su ritmo solitario.....
Después, coloca, amigo, debajo mi cabeza,—

Para que allá..... me bañen con su onda de tristeza—
Esas divinas músicas, que lindan con el cielo,
Sollozos, armonías, plegarias de consuelo,
Reflejos de lejanos crepúsculos que abruman,
Aquellas *Réveries* tiernísimas de Schumann.....

*

Así era el manuscrito: pequeños caracteres
Y signos misteriosos que escriben las mujeres,
Con el sutil perfume de las rosas marchitas
Evocando un pasado de cosas infinitas.....

*

Franck meditó un momento..... Sobre la blanca hoja
El llanto—ardiente llanto!—corrió de su congaja;
Y contemplando el albo semblante de la muerta,
Delante de la virgen inanimada y yerta,
Creyó mirar un lirio tronchado por el viento
Bañado por un rayo de luna amarillento;
Y sus pupilas—huérfanas del lampo de la vida—
Eran lotos azules en el agua dormida.....

*

Franck vio su postrer sueño rodar á lo insondable
Y se sintió perdido, sin rumbo, miserable.....
El Dolor impasible clavábale su lanza,
Hiriendo, con un golpe, su amor y su esperanza.
La tarde, lentamente, del cielo descendía
Y sobre los cristales su luz palidecía—
Uniéndose la suave tristeza del poniente
A la sombra enfermiza de su alma y de su frente.

*

Horas horribles!..... Horas de abatimiento y llanto!
Fantasmas del suicidio!..... Erynias del espanto!.....
Todo en la sombra gira con vértigo inaudito,
Todo lo arrastra el ala de un huracán maldito.....
¿A dónde van los pétalos errantes de las rosas?
Y las difuntas vírgenes, hacia qué misteriosas
Thulés de Ensueño parten, en rápidos bajeles?
A qué remotas islas, cubiertas de laureles,
Donde las brisas mecen la seda del follaje,
Y el mar alza en las rocas su cántico salvaje?.....

*

Cuando tendió la noche sobre la alcoba oscura
Su manto de silencios, su palio de amargura,
Franck, recordando el último pedido de la muerta,
La levantó en sus brazos y colocó la yerta
Dorada cabecita de Lucy sobre el piano—
Abrió el libro de Schumann con temblorosa mano—
Y derramó en la onda de una vaga elegía
El mundo de sus sueños magníficos de un día.....
¿Fue ilusión? ¿Fue delirio lo que sus ojos vieron?
Los silenciosos labios de Lucy sonrieron—
Y, como las corolas de una glycina abierta,
Dos lágrimas lloraron los ojos de la muerta.....

LEOPOLDO DIAZ.

Ginebra—1900.

«LAWN TENNIS»

Una francesa: quierien lo explicar su carácter, ha escrito lo siguiente: «Nunca me visto para un baile sin saber por quién voy allá.»—Las mujeres americanas por el contrario, parecen vestidas con el objeto de aparecer bellas, porque son mujeres «hermosas y sanas.» como su raza, y en aquel momento ninguna piensa en el *flirting*, absorbidas como están en seguir el juego, en que cada recién llegado se interesa inmediatamente al igual de otros. Aleccionadas por cursos de cultura física, comprenden el atletismo en donde quiera que lo encuentran, con la misma semi-profesional inteligencia que en un asalto de esgrima un espadachín mide con una mirada la agilidad de los combatientes y su juego.

En cierto momento, uno de los jóvenes jugadores que acaba de herir la bola, llama á un asistente para que le limpie la suela de su zapato de caucho, llena de lodo. Durante esa plebeya operación, el joven logra asumir una postura tan gallarda, que oigo á una muchacha exclamar: «¡Oh, cuánto desearía que ganase! ¡Están buen mozo!» Ingenua exclamación en que se revela la profunda admiración de la mujer americana por la belleza física, considerada al modo pagano. Va tan lejos esta admiración, que uno de los más celebrados atletas de los Estados Unidos, reúne en su palco, después de la representación en que ha tomado parte, á las mujeres de la mejor sociedad, y con el torso desnudo, les da una disertación sobre su cuerpo, una conferencia sobre musculatura. La fotografía de ese torso,



UN DISCURSO IMPROVISADO

realmente muscular, como aquel del Museo del Vaticano que las manos del viejo Miguel Angel acariciaban, se vende en todas las tiendas, y más de una de esas bellas espectadoras de *lawn tennis* posee una de ellas en su sala. «Hay gentes que consideran esto indecente,» decía una de las mencionadas damas, mostrándome ese singular documento de su independencia de ideas. «Yo no lo creo,» añadía ella. «Esto es griego; he ahí todo.»

PAUL BOURGET.

EL PERRO MUERTO

Jesús llegó una tarde á las puertas de una Villa é hizo adelantarse á sus discípulos para preparar la cena. El, impelido al bien y la caridad, internóse por las calles hasta la plaza del mercado.

Allí vió en un rincón algunas personas agrupadas que contemplaban un objeto en el suelo, y acercóse para ver qué cosa podía llamarles la atención.

Era un perro muerto, atado al cuello por la cuerda que había servido para arrastrarle por el lodo. Jamás cosa más vil, más repugnante, más impura, se había ofrecido á los ojos de los hombres.

Y todos los que estaban en el grupo junto á la carroña, miraban con asco.

—Esto emponzoña el aire, dijo uno de los presentes, tapándose la nariz.

—Cuánto tiempo aún, dijo otro, este animal putrefacto estorbará la vía.

—Mirad su piel, dijo un tercero, no hay un trozo en ella que pudiera aprovecharse para cortar unas sandalias.

—Y sus orejas, exclamó un cuarto, asquerosas y llenas de sangre.

—Habrá sido ahorcado por ladrón, añadió otro.

Jesús les escuchó, y echando una mirada de compasión sobre el animal inmundo:

—Sus dientes son más blancos y hermosos que las perlas! - dijo.

Entonces, el pueblo admirado, volvióse hacia él, exclamando:

—¿Quién es este? ¿Será Jesús Nazareth? El sólo podía encontrarse alguna cosa de qué condolerse y hasta algo que alabar en un perro muerto!.....

Y cada uno, avergonzado, siguió su camino, inclinando la cabeza delante del Hijo de Dios.

LEÓN TOLSTOI.

LA SERRANA

Á R. Benavides Ponce.

Es tiempo de cosecha. Allá en la falda, detrás del llano escueto, se mecen entre ramas de esmeralda los purpurinos globos del cafeto.

Tu talle cimbrador está rendido al peso de los granos que en rústico canasto han recogido tus perfumadas y radiantes manos.

Cómo soportas la labor tan fuerte, si ya que eres hermosa la vida has de vivir para quererte y tu aroma aspirar como á una rosa!

Triste salario á fuer de tu constancia recibirás acaso, al retornar á la materna estancia, cuando se oculte el sol en el ocaso.

El trocará el afán que te tortura por un amor inmenso, que llegará hasta tí como á la altura llegan las espirales del incienso.

Porque vives en él, como en la onda el celaje de plata, como existen las aves en la fronda y en el cielo las nubes de escarlata.

Las huellas sigue de tu planta leve si vas á la cabaña; eres flor intocada cual la nieve que cuaja eternamente en la montaña.

Cuando el arroyo gemidor vadeas él corre á sus orillas á ver tras un peñón, sin que lo veas, como abrazan las aguas tus rodillas.

Y anhela ser la linfa que resbala ornando las riberas con las espumas que el fragor exhala, porque tus pies en el cristal hundieras. No sabes lo que vale tu hermosura, que en tu modesta vida creciste como flor, sencilla y pura, sin ser por las pasiones combatida.

PAUL SPINOLA.

PALABRAS HÍBRIDAS

EN EL IDIOMA ESPAÑOL RECOPIADAS Y ANOTADAS POR
JESUS MUÑOZ TEBAR

Estudio dedicado á la Academia Venezolana

(Concluye)

DIFUSIÓMETRO.—De difusión y metron.

Aparato para medir la difusión de los gases.

En griego difusión se dice *diachysis*.—*Diachisímetro* sería el vocablo correcto.

DIGLOBICERO.—Del griego *dis*, dos; y del latín *globus*, globo ó bola; y del griego *kerá* cuerno.

Género de coleópteros.

Podría sustituirse con *doblicero*.

DILATÓMETRO.—De dilatación y metron.

Instrumento inventado por Silberman para determinar el grado alcohólico de líquidos espirituosos.

Llámeselo *midealcohol* de Silberman.

DISPÁRAGO.—Del griego *dis*, dos; y del latín *par*, semejante.

Género botánico de compuestas del Sur de África.

Puede transformarse fácilmente en *bispárago*.

DULCÉMELE [D].—Del español, *dulce*; y del griego *melos*, melodía.

Instrumento músico.

El Diccionario de la Real Academia lo hace sinónimo de *salterio* en la 4.^a acepción que da de esta palabra.

Edísmele sería una voz que podría reemplazar á *dulcemele*.

DUOMESINO [D].—Dígase *dosmesino*.

EBULÓMETRO—EBULLÓSCOPO.—Aparato para medir la riqueza alcohólica de un líquido, fundándose en la temperatura de ebullición. Un instrumento de esta clase se llama con más propiedad *enómetro*, de *oinos*, vino. Proponemos *brasímetro* y *brasisco*.

ENDOLINFA.—Nombre dado al líquido que llena las cavidades del laberinto membranoso del oído interno, llamado también *humor de Scarpa*.

En contraposición se llama *perilinfia* el que llena el espacio entre los laberintos membranoso y óseo.

Linfia en griego es *ichor*.

Quizá convendrían las voces *intralinfia* y *extralinfia* para la sustitución de esas híbridas.

ESCAPULALGIA.—Del latín *scapula*, espaldas, y del griego *algos*, dolor.

Dígase *omalgia*.

ESPECTROSCOPÍA [D] ESPECTROSCOPIO [D].—Del español espectro [el solar] y del griego *skopeō*, examino.

La importancia del instrumento óptico á que se ha dado el segundo de estos nombres, y la rama nueva que ha originado en el estudio de la luz, llamada con la primera de estas híbridas, las han generalizado tanto en todos los idiomas cultos, que creemos muy difícil puedan ser reemplazadas.

ESPIRÓFORO—ESPIROMETRÍA—ESPIRÓMETRO.—Del latín *spirare*, respirar, y voces griegas. Dígase *espirífero* en vez de la primera.

Exneumómetro y *exneumetría* serían aceptables para sustituir la segunda y la tercera.

ESTAMINODIO.—Del latín *stamen*, estambre; y del griego *eidos*, forma, aspecto.

Estambre se dice *stémón* en griego; y por consiguiente, debe decirse con propiedad *estemonodio*.

ESTIPITURO.—Del latín *stipes*, estaca y del griego *oira*, cola.

Género de aves.

Estipicauda sería el vocablo propio.

EUSTONIA.—Del griego *eu*, propio, bueno; y de la voz inglesa *stone*, piedra.

Género de moluscos fósiles del terreno jurásico.

Eulito es término equivalente.

EVAPORÓMETRO.—Instrumento inventado

por Piche, que sirve para medir la potencia evaporante del aire, que depende del grado de humedad que tiene, de la temperatura y de la mayor ó menor velocidad de los vientos. Podría llamarse *evaporímetro* de Piche.

EXTRADÓS.—De *extra*, y de la voz francesa *dors*, que significa *dorso*.

Dígase *extradorso*.

FECULÓMETRO.—De *fécula* y *metron*.

Designábase con este nombre varios instrumentos empleados para determinar la riqueza de las féculas.

Fécula en griego es *amylon* con la cual se formaría *amilonómetro*.

Feculímetro sería otra voz apropiada.

FIBRINOGENO.—De *fibrina*, y del griego *genes*, producción.

Cuerpo químico encontrado principalmente en el plasma de la sangre.

Fibrina en griego es *ynódes*; y, por consiguiente, *inodégeno* sería la palabra debidamente formada para nombrar dicho cuerpo.

FIBROÍSTICO.—De *fibra* y de la voz griega *kystis*, vejiga.

Como en español se dice *quiste*, dígase *fibroquístico*.

FIBROCONDRIITIS.—De la voz española *fibra*, de la griega *kondros*, cartilago; y de la griega *itis*, inflamación.

Se designa con esta híbrida la inflamación de los fibrocartilagos.

Si tomáramos la palabra griega *ploste*, por *fibra*, resultaría *plostecondritis* para la formación correcta de esta palabra.

FIBROLITA.—De *fibra* y *lithos*.

Nombre dado á una variedad mineralógica de tilmanita.

Dígase *tilmanita fibrosa*.

FIBROMA.—De *fibra* y de la voz griega *óna* que significa tumor.

Tomando *ploste* por *fibra*, resultaría *plostoma*.

FILISMÍLICO.—Del latín *filix*, helecho; y del griego *osmē*, olor.

Cuerpo químico extraído de la raíz de una clase de helecho.

Helecho en griego es *pteris*; y por consiguiente *terisasmílico* debiera ser la palabra.

FISÓPODOS.—Del latín *fixus*, hendido; y del genitivo griego *podos*, del pie.

En latín pie se dice *pes*, *pedis*. Dígase, pues, *fixipodos*, como lo trae el Diccionario de la Real Academia, que hace este término sinónimo de *bisulco*.

FLUVIÓGRAFO.—Del latín *fluvius*, río; y del griego *grafein*, describir.

Aparato que sirve para registrar automáticamente las variaciones de nivel de un río ó de un canal cualquiera.

Fluciario podría llamarse, derivando esta voz de nuestro adjetivo fluvial.

FOXODUPLEX.—Del griego *fónē*, voz y de *duplex*, instrumento de telegrafía eléctrica.

Se llama así un sistema de transmisión simultánea.

Dígase *duplex fónico*.

FONOSEAL.—Disposición ideada por Ader para recibir al oído las señales transmitidas por un cable submarino de gran longitud.

Dígase *sistema de señales fónicas*.

FOTOCALCO.—Del genitivo griego *fotos*, de luz; y de la voz española *calco*.

Procedimiento para obtener el calco directamente de una fotografía.

Dígase *calco fotográfico*.

* FOTOGRAFADO [D].—Del genitivo griego *fotos*, luz, y de la palabra *grabado*.

Sistema de grabado de extraordinaria importancia, usado en todos los países civilizados. Esta palabra se ha hecho por consiguiente, de uso muy común, y parece difícil modificarla. Por fortuna, grabado se dice en griego *grafein*, de modo que el uso de la *b* por *f* puede defenderse por razón eufónica.

FOTOESCULTURA.—Dígase *escultura fotográfica*.

FOTOMINIATURA.—Dígase *miniatura fotográfica*.

* FOTOZINCOGRAFÍA.—Zinc en griego es *ziglos*, de modo que la escritura exacta de esta compuesta sería *fotozigografía*, mas, por razón de eufonía puede aceptarse como aparece escrita.

FUNDÍBALO—FUSTÍBALO.—Híbridas heredas del latín en que se decía *fundibulum* y *fustibulum*, de *funda*, honda; y de *fustes*, bastón; y del griego *ballō*, arroja, lanzo.

Máquinas de madera usadas en la antigüedad para arrojar grandes piedras.

El Diccionario de la Real Academia trae *fundibulo*.

Por su significación estas híbridas son ya voces anticuadas.

FURCOCERCO.—Del latín *furca*, horca; y del griego *kerkos*, cola.

Género de infusorios poligastridos.

Furcacauda sería el término propio.

FUSICADIO—FUSICOCO—FUSIDIO.—Del latín *fusus*, huso; y de las voces griegas *kladion*, *kolkos*, *eidos*, que respectivamente significan, ramilla, grano y forma.

GALEANDRA.—Del latín *galea*, casco; y del griego *andros*, antera.

Género de orquídeas de la tribu vanda.

GASÓGENO.—De *gas* y del griego *genos*, engendro, procreo.—Gas en griego es *aerion*; *aeríógeno* debiera llamarse el aparato donde se produce gas.

GASOLITO.—De *gas*, y del griego *lytos*, soluble.—Nombre dado á una clase de minerales en la clasificación de Bendant, hoy abandonada.

GASÓMETRO [D]. De gas, y del griego *metron*.

Aeríómetro, ó *midegás* serían los sustitutos de esta híbrida.

GATOMAQUITA.—Célebre poema festivo de Lope de Vega. Quizá para burlarse de las híbridas el insigne poeta formó esta palabra de la castellana *gato*, y de la griega *maké* que significa combate.

GEOPLANIDOS—GEOPLANO.—Del griego *ge*, tierra, y del latín *planus*, plano.

Familia y género de gusanos. Terraplanidos y terraplanos serían los sustitutos.

GLADIAGRÁPTIDOS.—Del latín *gladius*, espada; y del griego *grafein*, escribir.

Familia zoológica de hidromedusas.

Espada en griego es *xifos*; y por consiguiente, *jifografidos* debiera ser la palabra.

GLOBIOCÉFALO.—Del latín *globus*, globo y del griego *kefalē*, cabeza.

Género de cetáceos

Esferocefalo es el equivalente bien formado.

GLOBOLDE.—Dígase *globiforme*.

El Diccionario de la Real Academia trae *globoso*.

GLOBULARRETINA.—Dígase *globularresina*.

GLOSOLABIOFARINGEO.—Dígase *linguolabiofaringeo*, ó *glosoqueilofaringeo*.

GLUMARINA.—Dígase *colamarina*.

GUTÍLAMBAR.—Del malayo *getah*, goma; y de *ámbar*.

Proponemos *gumiámbar*.

HEMIBÓS—HEMIDOLMÉN—HEMIFUSO—HEMIFUSULINA—HEMIGALEO—HEMIGULADA—HEMIORQUÍDEA—HEMISINO.—Palabras compuestas de la voz griega *emis*, que significa mitad, y de las otras latinas ó españolas. En latín mitad se dice *semi*.

Dígase, pues, *semibós*, *semidolmén*, *semifuso*, *semigaleo*, etc.

HEMOGLOBINA.—Del griego *aima*, sangre y de *glóbulo*.

Hemocrítina podría llamarse, de *erytros*, rojo, con alusión á los glóbulos rojos de la sangre.

HERNIOTOMÍA.—Dígase *quelotomía*.

HETEROCIRRO—HETEROCONGRIO—HETEROFUSO—HETEROINFECCIÓN.—Del griego *eteros*, otro, diferente, distinto; y de las palabras españolas siguientes:

Diferente, *distinto*, se dice en latín *alius*; y considerando las otras palabras como tomadas del latín, podrían formarse con *alio* en vez de *hetero*: *aliocirro*, *aliocongrío*, *alioinfección*.



MINUÉ. — Cuadro de H. Gillar Glindoni

HIDROMOTOR.—Motor en griego es *kinón*-*kinéticos*.

Debe ser *hidroquinotor* con dos voces griegas; ó *acuamotor* con dos latinas.

* **HIPOSULFATO-HIPOFOSFÓRICO-HIPOCLO-ROSO**, etc.

Deben considerarse híbridas tolerables las voces químicas formadas como estas palabras, por seguirse en ellas un sistema de clasificación adoptado en todos los idiomas cultos.

Esta observación corresponde igualmente á las palabras *decímetro*, *centímetro* y *milímetro* del sistema métrico decimal.

INDIRRETINA.—Dígase *indirresina*.

INDUCCIÓNMETRO.—Dígase *electroscopio de Faraday*.

INDUCTÓFONO.—Del latín *inductio* y del griego *fone* voz.

Inductófono puede ser el equivalente.

INTRADÓS [D]—De *intra* y del vocablo francés *dos*, dorso.

Dígase *intradorsor*.

INTEGRÓMETRO.—De *integral* y *metron*.

Integromensor puede llamarse este aparato.

LAROIDE.—Dígase *laroforme*.

LIRIODENDRO LIRIODENDRINA.—Véase *Dasilirio*.

LINFATOCELE.—De *linfático*, y del griego *kele*, tumor.

Con la voz griega *ichórikos*, linfático, resultaría *icoricoccele*.

LIPACIDURÍA.—Palabra formada de las tres siguientes : *lipos*, grasa ; de *ácido* y de *oyron*, orina.

Ácido en griego, es *oxis*: dígase, pues, *lipoxiduria*.

LITOFRACTOR.—Como existen ya en el idioma las voces sinónimas *litoclastia* y *litotricia*, que convendrían á esta híbrida, puede adoptarse para reemplazarla la palabra *rupefractor* del atin *rupes*, roca.

Longimetría.—Dígase *Longimensura*.

Macroestructura.—Del griego *makros*, grande, y del español *estructura*.

Nos parece innecesaria esta palabra porque las diferentes estructuras de los cuerpos tienen nombre especial.

MANOPLA.—Del latín *manus*, mano ; y del griego *oplon*, arma ofensiva.

Mano en griego es *cheir* ; y por tanto *quero-pla* resultaría esta voz con dos palabras griegas.

En griego moderno se dice *sfalmas* ; y españolizando sería *esfalmo*.

MAREÓGRAFO.—De *marea* y de *grafeín*, describir.

Marcamarea sería palabra propia para reemplazar esta híbrida.

MENTAGRA.—Del latín *mentum*, barba, y del griego *agra*, presa.

Enfermedad de las partes bellas de la cara.

* **MILÍMETRO.**—De *mili*, por la voz latina *milésimus*, milésima parte ; y del griego *metron*. [Véase *Hiposulfito*.]

MONILIGASTRIDOS-MONILIGASTRO.—Del latín *monile*, collar ; y del griego *gastér*, vientre.

Familia y género de gusanos.

MONÓCULO [D].—El español ha heredado del latín esta híbrida, pues en él se decía *monoculus*, del griego *monos* ; y del latín *oculus*.

Debiera decirse *unóculo* con dos palabras latinas, ó *monofalmo*, con dos griegas.

NEOLATINO.—Del griego *neos*, nuevo y del español *latino*.

Novolatino debiera ser.

NICTIARDEA.—Del griego *nykteros*, nocturno ; y del latín *ardea*, garza.

Género de aves.

Debe decirse *nocteardea*.

NONÁNOGO [D].—Del latín *nonus*, noveno ; y del griego *gónos*, ángulo.

Dígase *eneágono*.

NOTOCUERDA.—Del griego *nótos*, dorso ; y del español, cuerda.

Órgano en forma de filamento, primer indicio del raquial en embrión.

Filamento en griego es *néma* ; y por consiguiente *notonema* sería la palabra propia.

ORISPONJA.—Del griego *orion*, límite ; y del latín *spongia*, esponja.

Género fósil de esponjas en los terrenos triásico y jurásico.

ORQUÍPEDA.—Del griego *orchis*, testículo ; y del latín *pes*, *pedis*, pie.

Dígase *orquípoda* porque en griego pie se dice *poys*-*podos*.

ORTOCOSTA.—Del griego *orthos*, recto ; y del latín *costa*, costilla.

Género fósil de la familia de los microsauros.

Recticosta sería la palabra bien formada.

OSCULÍPORA.—Del latín *osculum*, beso ; y del griego *poros*, agujero.

Género fósil de moluscoideos del terreno cretáceo.

Podría fácilmente sustituirse por *osculífora*, componiéndola con la latina *foramen*, agujero.

OVARALGIA.—De *ovario* y del griego *algos*, dolor.

Neuralgia del ovario.

Dígase *neuralgia ovárica*.

OVARIOTOMÍA [D].—De *ovario*, y del griego *tomé*, sección.

Extirpación quirúrgica de uno ó de los dos ovarios.

El Diccionario de la Real Academia trae también la palabra *ovaritis*.

PAILEBOTE [D].—Del inglés *pilot* [que se pronuncia *pailot*] y del español *bote*.

Dígase *buquepilot*.

PEDÓMETRO.—*Pes*, *pedis* significa en latín, pie ; y *poys*, *podos* lo significa en griego.

La palabra correcta es, pues, *podómetro*.

Llábase también este instrumento *cuentapasos*.

PALEOCEDRO - PALEOPERDIZ.—En griego *paleo* significa *antiguo*; y en paleontología se

ha agregado impropriamente esta palabra á voces latinas ó españolas para distinguir especies fósiles de iguales especies existentes.

PAQUEBOTE [D].—Del inglés *packet*, paquete; y del español *bote*.

Embarcación que lleva la correspondencia. Dígase buquepaquete.

PELAGRA [D].—Del latín *pellis*, piel; y del griego *agra* presa.

Dermatosis de caracter casi siempre mortal. El Diccionario de la Real Academia trae además la voz *pelagroso*.

PELTIGERA.—Del griego *pellé*, escudo; y del latín *gero*, llevo.

Género de moluscos en paleontología.

Peltifera es el nombre correcto.

PELVIMETRÍA—PELVÍMETRO [D].—De *pelvis* y *metron*.

Conjunto de reglas y procedimientos en obstetricia para apreciar exactamente las dimensiones de la pelvis, é instrumento para medir sus diámetros.

Pelvimensura y *pelvimensor* podrían sustituir esas híbridas.

PELVITOMÍA.—De *pelvis* y del griego *tomé*, sección.

Se ha dado este nombre en cirugía á una sección del pubis diferente de la practicada en la *sinfisiotomía*.

PERAMELES.—Del griego *pera*, bolsa; y del latín *meles*, tejón.

Género de mamíferos didelfos.

PERILINFA.—Véase *endolinfá*.

PERINERVIO.—Dígase *perineuro*.

* **PIROGRABADO.**—Del griego *pyr*, fuego; y del español *grabado*.

Cabe aquí igual observación á la que se hizo en la voz *fotografado*.

PIROLESOSO.—Del griego *pyr*, fuego; y del adjetivo *leñoso*.

PITOFLERO [D].—Del español *pito*, y del verbo latino *flare*, soplar.

LLámase así á un músico de poca habilidad.

Soplapito es lo propio; y nos parece que esa es muy bien para nombrar semejante clase de músico.

PLANIMETRÍA [D].—De *plano* y *metron*.

Parte de la topografía que tiene por objeto hallar la proyección ortogonal de una superficie considerable en nuestro globo.

Dígase *planimensura*.

PLANÍMETRO [D].—Instrumento destinado á medir las áreas de las superficies dibujadas en un plano topográfico.

Planimensor podría llamarse.

PLUVÍMETRO [D].—**PLUVIÓMETRO [D].**—Del latín *pluvia*, lluvia; y del griego *metron*.

Pluvimensor debiera decirse.

PROSIMIO.—Del griego *pro*, delante; y del latín *simia*, mono.

Mono en griego es *pithés—pithékos*.

Pudiera decirse *propites*, diferenciando del género ya establecido en los lemuridos, llamada *propitecos*.

PROTOALBEITAR [D].—**PROTOCIRUJANO [D].**

—**PROTOMÉDICO (D).**—**PROTOMEDICATO [D].**

—**PROTONOTARIO. [D].**—Del griego *prótos*, primero, y de las españolas subsiguientes. Las palabras *protomártir*, *protopoeta*, son correctas porque *mártir* y *poeta* son también voces griegas.

A las palabras latinas *medicus*, *notarius* pudiera anteponerse la voz también latina *prior*, el primero, para formar el compuesto equivalente, y decir: *primédico*, *primedicato*, *priorotario*.

PULSÓMETRO.—Del *pulso*, tomado por *pulsación*; y del griego *metron*.

Máquina de vapor para elevar el agua.

QUÉLIFEROS.—Del griego *chéle*, pinza; y del latín *fero*, llevo.

Género de arañas.

Dígase *quelíforos*.

QUETÍFEROS.—Del griego *chaité*, cerda; y del latín *fero*, llevo.

Orden de gusanos.

Dígase *quetíforos*.

RADIOFONÍA.—Nueva rama de la física propuesta por Graham Bell, relativa al estudio de los fenómenos de producción del sonido por la energía radiante.

Rayo, por materia radiante, es *aktis* en griego.

Actifonía debiera ser esta palabra.

RADIOMETRÍA.—Parte de los métodos gráficos de la ciencia del ingeniero, que se ocupa de determinar los radios de los diferentes puntos de una curva.

Dígase *radimensura*.

RADIÓMETRO [D].—Se ha llamado así la *balistilla*, instrumento empleado antiguamente para medir alturas de estrellas.

Hoy se da este nombre á un instrumento inventado por Crookes para medir la fuerza mecánica de los rayos luminosos.

El rayo luminoso y calórico, como queda dicho es *aktis* en griego; y en consecuencia *actímetro* debiera llamarse ese aparato, diferenciándolo del *actinómetro* que mide la cantidad de calor radiante.

RECTOCELE.—Del latín *rectum*, intestino; y del griego *kele*, tumor.

Dígase *Proctocele*.

RECTÓMETRO.—Dígase *Proctómetro*.

RECTOTOMÍA—RECTOTOMO.—Dígase *Proctotomía* y *Proctotomo*.

SARDINOIDE.—Género fósil de la familia de los salmonidos.

Sardiniforme es la palabra correcta.

SEUDOMEMBRANA [D].—Compuesta con la voz griega *psydos*, falso.

Son correctas las voces *seudo—profeta*, *seudónimo*, *seudartrosis*, *seudoleucemia* y *seudomelanosis*, porque los segundos componentes son también griegos; pero son híbridas las demás que se usan agregando á *seudo* palabras españolas.

Dígase *falsamembrana*.

SEPTOCARDIA.—Del latín *septum*, tabique; y del griego *kardia*, corazón.

Género de moluscos fósiles del terreno jurásico.

Tabique en griego es *fragma* y por consiguiente *fragmacardia* debiera ser esta voz.

SEPTOCRINO.—De *septum*, tabique, y *krinon*, lirio.

Género fósil de equinodermos.

Debiera ser *fragmacrino*.

SETOPORA.—De *septum*, tabique; y *poros*, agujero.

Género fósil de moluscoides.

SERROCERO.—Del latín *serra*, sierra; y del griego *keras*, cuerno.

Género de insectos coleópteros.

* **SESQUIOXIDO.**—Véase *Hiposulfato*.

SIDERANTO.—Del latín *sidus*, estrella; y del griego *anthos*, flor.

Género de la familia botánica de las compuestas.

Estrella en griego es *astér*; y por consiguiente *asteranto* debiera ser esta voz.

SINISTRÓFORO.—Del latín *sinister*, siniestro, y del griego *foros*, portador.

Género botánico de la familia crucífera.

Dígase *sinistrófero*.

SOCIOLOGÍA [D].—**SOCIOLÓGICO [D].**—**SOCIÓLOGO [D].**—De *socio* por *sociedad* y del griego *logos*.

Se ha dicho por esta palabra *Ciencia social*. Otro ha empleado la de *Poliología*, más correctamente formada.

SONÓMETRO [D].—De *sono* por *sonido* y de *metron*.

Midesonido pudiera decirse.

El Diccionario de la Real Academia lo hace sinónimo de *monocordio*.

* **TEODICEA.**—Algunos han considerado híbrida esta palabra suponiéndola compuesta de la voz griega *Theos*, Dios; y del verbo latino *dicere*, decir; pero esto es un error. Dicho vocablo está formado de *Theos*, Dios, y de otra voz griega *diké*, que significa *rectitud*, *justicia*.

Leibnitz lo aplicó á la parte de su *Metafísica*

que considera los atributos de Dios con relación á la naturaleza y al hombre.

TERMOAVISADOR.—Del griego *thermé*, calor y de *avisador*.

Avisacalor sería un sustituto correctamente formado.

TERMOMULTIFICADOR.—Dígase *pila termo—eléctrica* de Meloni, ó de Nobili, etc.

TERMORREGISTRADOR—TERMORREGULADOR.—Dígase *termógrafo*, ó *termómetro registrador*; y *termómetro regulador*.

TETRACENTÍGRADO.—Del griego *tetra*, cuatro; y de *centígrado*.

Termómetro con escala centígrada; pero que tiene el *cero* en el punto de congelación del mercurio, ó sea -40° ; y el 400° en el punto de ebullición de dicho metal, ó sean 360° centígrados.

Mejor se diría *cuadricentígrado*.

TRASDÓS [D].—De *tras* y del francés *dos*, dorso.

Dígase *trasdorso*.

TURRILITO.—Del latín *turris*, torre; y del griego *lithos*, piedra.

Género paleontológico de los litoceratinos.

UATERFONO.—De la palabra inglesa *water*, agua, que se pronuncia *uater*; y de la griega *fónos*, sonido.

Es este el colmo del hibridismo en las palabras españolas, y tomamos nota de tan horrible vocablo en esta recopilación porque aparece en el Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano, como el nombre dado á un aparato inventado por el ingeniero Bell para avisar por el sonido, las fugas de agua en los conductos de este líquido.

Nómbresele *hidrófono de Bell*.

ULTRAPUERTOS [D].—De la voz latina *ultra*, que significa *más allá*, *del otro lado*; y de la castellana *puertos*.

Puerto en latín es *portus*, de modo que sería mejor decir *ultraportos*, como antes se dijo en español.

Ultramar, ultratumba, ultramonte, son compuestas correctamente formadas porque *mar*, *tumba* y *monte* son también voces latinas.

UNDECÁGONO.—Dígase *endecágono*.

VERMICULITA.—Del latín *vermiculus*, gusanillo; y del griego *lithos*, piedra.

En latín roca es *rupes*; y *vermicurrupta* sería voz bien formada y semejante á esta híbrida.

REVISTA DE REVISTAS

Los «Caballeros teutónicos», de Sienkiewicz.—¿Solecismo chileno?—Las vibraciones de la vitalidad humana.—El tedio en las diversas edades de la vida.



ES PUÉS del éxito colosal del *¿Quo vadis?*—dice Domingo Ciampoli en la excelente *Rassegna internazionale della letteratura e del arte contemporanea*, de Florencia—ha vuelto Sienkiewicz á la novela histórica con *Los Cruzados*, ó mejor *Los Crucíferos*, y mejor aún *Los Caballeros teutónicos*; este renacimiento de la novela histórica, es consecuencia natural de la literatura documentada: la erudición suministra los documentos y el arte los vivifica.

Los *Caballeros teutónicos* son la reconstrucción de un hermoso período caballe-

resco de la historia de Polonia: no se trata en esta obra de los Cruzados, sino de la orden militar y hospitalaria de los Crucíferos, llamada antiguamente de «Nuestra Señora de Monte Sión», instituida en 1119 á beneficio de la nación alemana. Estos Caballeros, según sus estatutos, debían probar ser nobles, prometer defender á la Iglesia y la Tierra Santa, y ejercer la hospitalidad con los peregrinos de su nación. Aprobada por Enrique VI, y confirmada por una bula de Celestino III, la Orden seguía la regla de San Agustín, y sus Caballeros vestían hábito blanco con cruz negra; los primeros Caballeros fueron 24, que podían celebrar la misa con coraza y espada; los laicos se dejaban toda la barba, y debían dormir en sacos de paja. Posesionados más tarde, en número de 20.000, de la provincia de Prusia, que les dieron el Emperador Federico y el Duque Conrado de Mazovia, se extendieron después por Rusia, Livonia y Curlandia, fundando iglesias y ciudades, teniendo su casa principal en Marburg del alto Rhin, y luego en Mariemburgo, en Prusia. Expulsados en 1520 de Prusia, se refugiaron en Franconia y se dividieron en varias provincias con Comendadores particulares sujetos al Gran Maestre de Mariendal. La sangrienta lucha entre las fuerzas de uno de los más potentes Estados de Europa, y esta Sociedad eclesiástica, cuya cooperación contra los prusianos tan nociva fue á Polonia, terminó como todos saben, y la novela de Sienkiewicz revela la obra nefasta de esta Orden de Caballería.

Hé aquí la trama de *Los Caballeros teutónicos*: El noble caballero Matzko, con su sobrino Zbishko, estaba en la posada del «Búfalo salvaje», en Tenetz, contando sus aventuras en las guerras lituanias con Vitoldo, cuando la Princesa Ana Danuta entra sonriente en la habitación, acompañada de lucido séquito, y después de dar órdenes al posadero, y de preguntar á Matzko por su hermano Vitoldo, ruega á la encantadora joven Danusia que les cante una romanza. Danusia era hija de Jurando Spichof, y habiendo perdido á su madre, muerta de espanto por la irrupción de los teutónicos en sus tierras, había sido adoptada por hija por la Princesa, mientras su padre juraba

odio mortal á la Orden de los Crucíferos. Danusia cantó con tal dulzura, que Zbishko se sintió profundamente conmovido, y como al estar cantando Danusia se tambaleó en el banco en que se había subido, Zbishko la recogió en sus brazos, exclamando entonces la Princesa: «¡Hé ahí el

tado á Lichtenstein, enviado del Rey: le deja sin embargo en libertad, mediante la palabra de presentarse en juicio. Denunciada la falta cometida, la indignación fue grande, y Zbishko fue condenado á muerte, sin que lograran el perdón todas las gestiones de la Princesa, de Povala y de su tío Matzko, ni los diez y ocho años del desgraciado joven. Preparado el patíbulo y dispuesta la ejecución, Povala, del brazo con Danusia, gritó: «¡Esperad!» Y la hermosa joven, vestida de blanco, cubre con su cándido velo la cabeza del condenado, exclamando: «¡Es mío, es mío!» — «¡Es suyo, es suyo!» grita la multitud, y Zbishko se libra así de la muerte, y promete casarse con la gentil Danusia ante el mismo magistrado que había pronunciado su sentencia.

No contaban los novios, sin embargo, con un obstáculo, la negativa del gigantesco Yugando, padre de Danusia, que: sin decir la causa, se opone al matrimonio. Disgustados, pero no desesperados, los novios se separan, yendo Danusia con la Princesa á Tzechanof, y regresando Zbishko con su tío, herido por los Crucíferos cuando fué á pedir gracia para su sobrino al Maestre de la Orden. En el camino encontraron á un antiguo amigo, Zich, y poco después á su hermosa hija Yaguenka, que venía persiguiendo un búfalo, al que mató Zbishko; aquel encuentro fue seguido de otros muchos, y Zbishko contó á Yaguenka todo lo sucedido; Yaguenka respaldó el juramento del joven, pero le amaba como le amaban



LORENZO BELLAGAMBA, Barfido

caballero de Danusia!» Zbishko, en efecto, se arrodilló ante la hermosa joven, la eligió por señora de su corazón, y juró serle fiel toda su vida, y arrancar, para vengar á su madre, las plumas del yelmo á tres Caballeros teutónicos.

Al día siguiente, cuando la comitiva se dirigía á Cracovia para asistir á las fiestas del nacimiento del Príncipe heredero, aparece á lo lejos en un alto la silueta de un caballero, Zbishko corre hacia él, creyendo que es un teutónico que Dios le envía para cumplir su promesa; al verle desarmado, le abandona y se dirige á otro de reluciente armadura y emplumado yelmo; pero el vigoroso Povala de Tacel le rompe la lanza y le advierte que ha incurrido en pena capital por haber asal-

su padre y el abate Yasko, y rechazó las pretensiones de Bgiosof y Chtan, á quien Zbishko tuvo que romper las costillas, partiendo después para Mazovia á ver á su novia y á buscar á los teutónicos para arrancarles las plumas prometidas del yelmo.

La buena Yaguenka hizo que le acompañara el escudero Glava, hombre fuerte y fiel, á quien al pronto Zbishko acogió con desagrado, pero con quien no tardó en trabar amistosa conversación. Llegado al punto en que se hallaba Danusia, tuvo la satisfacción de saber que le había permanecido fiel; salvado por Glava de la acometida de un búfalo en una cacería, quedó, sin embargo, con una costilla rota, que le obligó á quedarse en cama durante

su curación; en tanto, el caballero teutónico Fursi lleva la noticia de haber sido acometido por Yurando, que había matado á uno de sus compañeros, hecho prisionero á otro y puéstole en fuga á él; habiéndose negado el Príncipe Yanush á ordenar la libertad del prisionero y á castigar á Yurando, como exigían los teutónicos, éstos traman el rapto de Danusia para obligar á su padre á someterse, y al efecto, falsificando cartas y sellos, se presentan á la Princesa Ana, y le dan cuenta de que, habiéndose quemado el castillo de Spichof, Yurando había recibido en el rostro un tizón que amenazaba dejarle ciego, y deseaba ver por última vez á su hija Danusia; la Princesa accede á la súplica, pero antes de enviar á Danusia, separándola de su prometido Zbishko, enfermo todavía, hace desposar á los dos jóvenes, salvo la obtención del concurso paterno.

Restablecido Zbishko, parte con Glava y su séquito para Tze-ghanof en medio de torbellinos de nieve, y, al llegar se presenta un hombre anunciando que una tormenta de nieve había sepultado en el camino á Yurando y á su comitiva; Zbishko acude al punto, logra salvar á Yurando, y entonces saben uno y otro que han sido víctimas de un engaño, y que Danusia ha sido robada por los teutónicos para rescatar al prisionero Bregof. Llegados á Spichof, se presentan una monja y un peregrino, y, en nombre del señor de Chitna, exigen la libertad de Bregof y de sus siervos, y la presentación de Yurando á los hermanos de la Orden, si quiere recobrar á su hija. Yurando da libertad á los prisioneros, se confiesa, hace testamento, reconoce como hijo y heredero á Zbishko, le ruega que no se inquiete por Danusia y parte secretamente para Chitna, sin mas confianza que en Dios. Al divisar el casti-

llo tocó el cuerno y dió su nombre, y tuvo que estar esperando horas y horas en medio del viento, de la nieve y del hambre, sufriendo los insultos de la soldadesca que coronaba las almenas; ya desesperaba al llegar la noche, cuando, al fin, aparecie-

sia, su cólera reventó en terrible crisis, matando de un puñetazo á Danfeld y dejando tendidos nueve cadáveres en la estancia con una espada que cogió de una panoplia; estos tremendos esfuerzos fueron, sin embargo, inútiles, y, aco-

sado como una fiera, tuvo que entregarse. El nuevo Comendador, Sigfrido, para disculpar su felonía, despachó un emisario al gran Maestre de la Orden y otro al Príncipe Yanush, culpando á Yurando de todo lo ocurrido; Roger, el enviado á Yanush, acusó á Yurando ante la corte, reclamando en compensación el castillo de Spichof; Zbishko recogió el guante y lo mató en duelo, como Glava mató á su escudero, y el Comendador Sigfrido, en venganza, quemó los ojos á Yurando y le cortó la mano y la lengua; pero cuando iba á saciar en Danusia su furor, el mismo verdugo, que había jurado defender á las mujeres, le salió al encuentro en la torre y lo mató de un puñetazo.

En tanto, Zbishko había marchado á Spichof y enviado á Glava á su tío Matzko para contarle todo lo acaecido, y á Zanderus á recorrer todos los castillos en busca de Danusia; Matzko y Yaguenka, cuyo padre había muerto, se conmovieron al saber lo acontecido, y poniéndose en camino, se encontraron, tras varias peripecias,

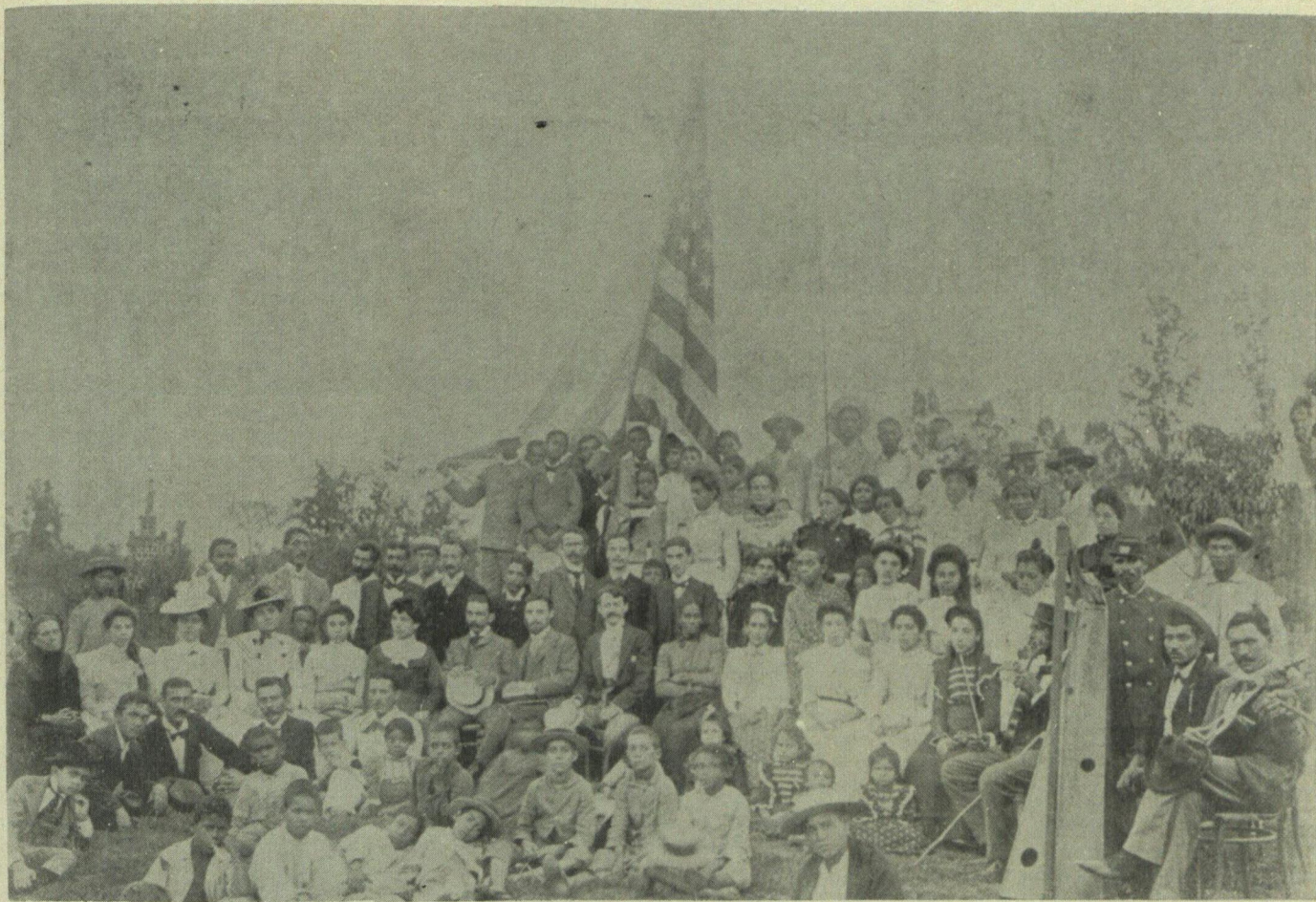
con el gigantesco Yurando, ciego, mudo, y lo condujeron á su castillo; con él se quedó Yaguenka, y Matzko marchó á Chitna, donde supo todo lo sucedido. Alistado después en las filas de Vitoldo, donde ya estaba Zbishko, y cuando se disponían á sitiar una fortaleza, tropezaron con una compañía de un centenar de teutónicos; la lucha fue terrible, y gran parte de los teutónicos quedaron muertos, y otros prisioneros; entre éstos se hallaba Zanderus, que dijo que Danusia



¡Qué fría está!

ron seis guerreros, que, en nombre del Comendador provincial, le hicieron bajar del caballo, entregar las armas y esperar, vestido con un saco y con la cuerda al cuello, á que se abrieran las puertas del castillo; Yurando pide á Dios resignación y se somete á todo, entrando, al rayar el alba, en Chitna.

Conducido ante el Comendador Danfeld, Yurando aguantó con paciencia los insultos de nobles y bufones; pero cuando Danfeld mandó traer más tarde á su hija, y se encontró con que no era Danu-



GRUPO DE EMPLEADOS DE LA "LAVANDERIA AMERICANA"

y Sigfrido estaban entre los fugitivos; inmediatamente dieron una batida por el contorno, y, al fin, en una cabaña encontraron al Comendador con algunos de los suyos, y le hicieron, tras breve lucha, prisionero; á los gritos de Zbishko llamando á Danusia, apareció ésta temblorosa sin acertar á decir, al desasirse de los brazos de Zbishko, más palabras que «¡Tengo miedo, tengo miedo!» La monja que la acompañaba escapó.

Ni súplicas ni caricias consiguieron calmar á Danusia, que deliraba; Glava partió con el prisionero Sigfrido para Spichof, y allí el desgraciado Yurando, en lugar de castigar la crueldad de Sigfrido como merecía, le puso en libertad y le hizo acompañar hasta los límites de sus posesiones por un siervo; Sigfrido, acometido por los remordimientos, se ahorcó de un árbol. Entre tanto, Zbishko, Matzko y Danusia, que se habían quedado en la cabaña, se vieron cercados por una tropa de teutónicos, avisada por la monja, y tuvieron que rendirse; Matzko quedó en rehenes por el rescate, y Zbishko partió para Spichof con la desgraciada Danusia, que espiró en el camino.

Calmado el dolor que le produjo tan sensible pérdida, Zbishko, después de múltiples incidentes, y muerto su padre como un santo en brazos de la tierna Yaguenka, y rescatado su tío, regresó al fin de la guerra de Vitoldo con dos costillas rotas, pero con rico botín y cargado de penachos de yelmos teutónicos, que es-

parció sobre la tumba de Danusia. Recobrada la salud merced á los cuidados de Yaguenka, el amor renació en su pecho, y su tío Matzko, al ver tan unidos á los dos jóvenes, exclamó, dirigiéndose á un girasol: «Tú tienes muchos pétalos; pero mis sobrinos serán todavía más numerosos».

Esta novela le parece á Ciampolo preferible á *Hierro y fuego*, *Pan Volodiyovski* y *Diluvio*. Hay escenas hermosísimas: la peregrinación del ciego Yurando, abandonado en el campo, recuerda al rey Lear, como la feroz angustia del viejo Sigfrido ante el cadáver de su hijo Roger recuerda á Guerrazzi y á Cantú; la suave Danusia y el valiente Zbishko traen á la memoria á Bice y á Ottorino, y todo el libro se hace tan simpático como *Ivanhoe* ó *Los novios*. Lo sensible es que, con todas sus bellezas, los malos traductores lo destrocen, como han hecho con *¿Quo vadis?* Ciertamente es que la armazón del trabajo es robusta y puede resistir las acometidas de los atrevidos; pero ya es tiempo de que cesen las profanaciones.

Con motivo de haber aparecido en el libro *Voces usadas en Chile*, de D. Anibal Echevarría y Reyes, una definición de la palabra *cantina*, diciendo que es «puesto en que se vende licores» y de haber criticado un tal Mario, en *El Porvenir*, tal expresión como un solecismo no autorizado por ningún gramático ni por ningún

hablista correcto, el señor Echevarría, declarando desde luego que aquella frase es una errata, consagra al estudio de tales giros un erudito artículo en la *Revista de Chile*.

Hay dos criterios para resolver las cuestiones lingüísticas: uno, el más cómodo, es el de apegarse á los preceptos gramaticales, y otro, el de discurrir con independencia. Hay que distinguir, por otra parte—como dice Gabriel René Moreno—entre *mero uso* y *buen uso*; el mero uso es la forma que toma una lengua en boca de las gentes por instinto natural é imitación irreflexiva; el buen uso es el de la gente educada, que nunca puede emanciparse por completo del uso popular. «Uno de los puntos—dice René—en que es árbitro supremo el mero uso, es en cuanto á atribuir calidad de nobleza, familiaridad ó bajeza á los vocablos. ¿Por qué *pelo* es voz familiar y *cabello* voz noble? ¿Qué razón hay para que *oreja*, término intachable en el siglo xvi, no haya de emplearse hoy en poesía seria sin lastimar el oído de los oyentes? Caprichos todo y veleidades del uso».

Una lengua viva—dice Littré—que pertenece á un gran pueblo y que corresponde á un grado subido de desenvolvimiento social, presenta tres términos: 1º. El *uso contemporáneo* propio de cada período sucesivo; 2º. *arcaísmo*, que un tiempo fue uso contemporáneo y que ofrece la explicación de lo que apareció después; 3º. el *neologismo* que, mal conducido, *altera*.

y bien conducido, *desenvuelve* la lengua, y el cual, andando el tiempo, llegará a ser arcaísmo a su vez y se considerará como una fase de la historia del idioma.

En la expresión «se vende licores» —dice Echevarría—no hay un solecismo, sino un desarrollo ulterior de la sintaxis castellana, sólo contenido por el incesante esfuerzo de los más distinguidos gramáticos. ¿Quién no ha escuchado ó leído frases como estas: «*Se arrienda altos para oficina*», «*se necesita trabajadores*», «*se recibe pensionistas*», «*se hierra caballos*», «*no se oía más que lamentos*» etc. Sería muy fácil formar un grueso volumen si se acopiara el número de construcciones semejantes que figuran en trabajos de prensa, literarios y oficiales de toda especie.

Y no se crea que este uso es exclusivamente chileno, pues se encuentra en la voz *confitería* del moderno *Diccionario enciclopédico* de Montaner y Simón; la usó Ventura de la Vega en la escena segunda de su comedia *Las Capas*, y Mesonero Romanos la empleó en *Una visita a San Bernardino*. D. Eugenio de Ochoa dice en su traducción de *Nuestra Señora de París*: «cuando *se contempla* estas dos Biblias»; Balmes dice en la nota 1^a, pág. 244, tomo IV, de sus *Obras completas*: «*supondrase* flacos fundamentos a las más hidalgas resoluciones»; y Jovellanos dice: «*agregase* a esto los insultos de los extraños». Y siendo esto así, ¿puede condenarse con dogmatismo inflexible semejante construcción?

Apoya Mario su crítica, en que *licores* en «se vende licores» es sujeto, por ser pasiva la oración; pero esto es un círculo vicioso y un error: *licores* no es sujeto en esa oración, como no lo es en «Pedro vende licores». ¿Qué es más lógico? ¿Suponer que una cosa se vende a sí misma, ó que *alguien* ó *algunos* la venden? Las oraciones «*se duerme, se canta, se baila*, —dice Saavedra en su *Censura de la Gramática castellana* de don Andrés Bello—llamadas por Bello *construcciones irregulares cuasi reflexas*, no son *irregulares* ni tienen nada de *reflexas* porque el *se* que llevan no es el objeto ó término directo de la acción del verbo, pues no quiere decir que uno se baile ó se cante a sí mismo. Según el señor Saavedra, hay que reconocer que esas proposiciones son *inversas*, que en ellas el *se*, estimado como complemento acusativo, representa persona distinta del sujeto, y que hay necesidad de que *alguien* ejecute la acción significada por el verbo. Pero ese *alguien*, ¿no estaría representado por el mismo *se*? Si no es así, ¿qué oficio desempeña *se* en esas frases? Ninguno ó mero signo de pasivo, como dice D. Mariano Catalina.

Si, según la Real Academia, es lo mismo *aseguran* que *se asegura*, ¿por qué ha de ser reprehensible decir «se asegura muchas cosas», en lugar de «aseguran muchas cosas»? ¿Por qué a la mera inflexión plural de un verbo ha de concederse el privilegio de significar uno ó muchos agentes y regir complemento directo, y ha de negarse esa prerrogativa a la inflexión singular cuando va acompañada del pronombre *se*? Y si en la frase «¿qué dirán?», citada por la Academia, el vocablo *qué* es complemento directo, ¿por qué no lo será en la frase «¿qué se dirá?», que la misma Corporación considera equivalente a la primera? El señor Salleras afirma que en estos ejemplos el verbo es verda-

daderamente activo, siendo sujeto el pronombre *se*, igual al *on* de los franceses.

Por todo lo expuesto—concluye el señor Echevarría,—¿no podría sostenerse que cuando la construcción verbal formada por *se* es indeterminada en cuanto al agente, se considere al *se* como sujeto, se use el verbo en singular para remover todo peligro de ambigüedad, y se tengan como complemento directo la palabra ó palabras por él regidas? Y en ese caso, ¿no resultaría que la construcción «se vende licores», que cuenta en su abono el uso de escritores de valía, y que se emplea constantemente en España y en todos los países hispanoamericanos, no es solecismo tan notorio como se cree, sino que manifiesta más bien el desarrollo ulterior de la sintaxis castellana? (*).

Desde hace nueve años viene el doctor Baraduc estudiando las vibraciones de la fuerza vital humana, y los resultados de sus importantísimas investigaciones aparecen consignados en un interesante artículo publicado por la *Revue des Revues*.

La fuerza vital presenta una doble polarización: superior en la vitalidad mental, psíquica é inferior en la vitalidad animal, física. Los experimentos hechos con más de dos mil personas, prueban que esta doble vibración puede registrarse fácilmente por las manos. La mano derecha, situada en el área de las vibraciones físicas, expresa la vitalidad física, y la izquierda, que se halla en el área de las vibraciones psíquicas, expresa la vitalidad psíquica de nuestro ser. Ambas vitalidades se transfieren alternativamente una hacia otra formando el círculo, *la rueda de la vida*. «Afirmando—dice Baraduc—que existe en torno nuestro una verdadera atmósfera de vibraciones invisibles que se hace manifiesta por los mo-

(*) Esto último es *posible*, pues tratándose de lo futuro, todas las profecías pueden realizarse. Pero, por lo demás, tenga la seguridad el señor Echevarría de que los giros del tipo «*se vende licores*» no son admisibles en buen castellano ni se emplean en España, como supone. Los rarísimos ejemplos que puedan citarse, como los apuntados de Balmes y Mesonero Romanos, son explicable por un descuido de redacción, error de copia ó simple errata de imprenta (¿no es debida á esta última causa la misma frase que ha ocasionado la polémica?); pero ni obedecen á la sugestión del uso corriente, ni menos son producto deliberado de una convicción gramatical. En cuanto á lo usual de tales locuciones en Chile y otras comarcas de la América española, el hecho tiene fácil explicación por lo heterogéneo de la procedencia de la población en aquellas Repúblicas.

El vocablo *se* tiene, en efecto, en España, desde los orígenes mismos del idioma, un doble valor: el *reflexivo* («*se arrepiente, se enmienda*»), con su derivado el *recíproco* («*se peygan, se aman*») y el impersonal («*se dice ó dicen, se cuenta ó cuentan*»). Este último valor del *se* asimila este vocablo al francés («*on dit*») y al alemán («*man sagt*»), términos que, no siendo otra cosa que una forma pronominal indefinida de la palabra *hombre* («*on=homme, como man=mann*»), exigen la concordancia del verbo de que son y no pueden ser más que sujetos («*on* viene del nominativo *homo*, como *homme* es procedente del acusativo *hominem*») en singular, sin que jamás se halle con *on* ó *man* ningún verbo en plural. Los emigrados franceses y alemanes, que son muchos, y los americanos españoles que están acostumbrados á la lectura de las obras alemanas y francesas, que son muchísimos, se han dejado influir por los giros extranjeros, y los unos inconscientemente, y los otros razonando su modo de decir, á semejanza de lo que indica el señor Echevarría, se han limitado á traducir literalmente *on achète des livres, on vend des liquors* por «*se compra libros, se vende licores*». Pero estos giros, por muy bien que puedan razonarse en filosofía gramatical, no son ni han sido nunca castizos ni correctos, y constituyen, hoy por hoy, un verdadero solecismo.

vimientos visibles que imprimen á la aguja de un aparato de registro colocado en aquella zona, pudiéndose interpretar así, por tales movimientos exteriores, nuestros movimientos interiores, los fenómenos de la vida en cada uno de nosotros».

El hombre es un foco de vibraciones y de luces invisibles: emite los rayos oscuros de su vitalidad, muy diferentes á juzgar por la impresión que dejan en la placa fotográfica, de los rayos reflejos del sol ó de las ondas eléctricas. Esa es la explicación de los fenómenos de contagio moral por la fusión de las dos atmósferas de dos personas distintas, ó de un grupo de personas animadas de la misma vibración interior (alma de las muchedumbres vibrando al unísono). Existe, pues, un contacto fluido á distancia, tan real como el contacto material por presión, y demostrable por la biometría y la impresión de la placa fotográfica. Las locuras circulares en el dominio instintivo, y las erótico-religiosas de las histéricas en el dominio pasional, forman el cuadro más sorprendente de estos fenómenos que puedan estudiarse en los asilos.

El método biométrico creado por Baraduc permite comprobar y medir las vibraciones de la fuerza vital y expresar en una fórmula matemática la relación existente entre nuestros estados vibratorios físico y psíquico, las vibraciones atractivas ó expansivas de que es centro el cuerpo humano. El hecho capital, que constituye el descubrimiento, es que una aguja de cobre reconocido, suspendida por un hilo fino de seda no torcido y sin lazo, sufre sin contacto y á distancia, á través de un fanal y del vacío, movimientos de atracción ó de repulsión marcados en una placa, según que nuestra vitalidad se contrae ó se dilata.

Por ejemplo: en estado de salud ó de alegría, la aguja es repelida por nuestra vitalidad en expansión, mientras que en estado de enfermedad, de neurastenia, de tristeza, la aguja es atraída por nuestra vitalidad, que se encoge. El hecho *mecánico*, la ruptura de la inmovilidad de la aguja, atraída ó alejada á través de substancias adia-eléctricas y adia-térmicas ha sido comprobado en miles de personas. La estadística de los hechos observados demuestra que la mano derecha es el órgano indicador de las vibraciones de la vitalidad animal, como la izquierda lo es de las vibraciones de la vitalidad mental; una línea que pasa por el hígado, el corazón y el tiroides derecho, separa los dos campos de vibraciones, correspondiendo al plano de separación de las fuerzas descritas por Kant y Cyon.

La relación entre las vibraciones izquierdas y derechas da la *fórmula biométrica*, el temperamento de la persona: hay 17 tipos de fórmulas, con distinta significación vital: las más frecuentemente observadas son las de la neurastenia (doble atracción á derecha y á izquierda) y las de la neurosis (una sola vibración á derecha ó á izquierda). El equilibrio vital quiere que las vibraciones abdominales y cerebrales se influyan mutuamente y se transformen en un movimiento general circular, ascendente ó descendente. La biometría, según las vibraciones, indica ó contraindica el empleo de tal ó cual procedimiento electroterápico, haciendo el diagnóstico de nuestras vibraciones, atendiendo al estado de contracción ó de expansión que indican.



PLAZA DE SAN JACINTO — Curicó. — Fotografía de Lessmann

Nuestras vibraciones están bajo la dependencia efectiva de los fenómenos psíquicos, y esta subordinación se traduce en profundas modificaciones de las vibraciones, comprobables por la biometría. En sujetos sugestionados se ven variar de un instante á otro las fórmulas vibratorias, pasando de la alegría á la tristeza, del sufrimiento á la salud, según la naturaleza de la sugestión. Es, pues, innegable la influencia sugestiva; pero es interesantísimo conocer el valor intrínseco del acto complejo de la sugestión eliminando del mismo el factor del sugestionador, sin conservar más que el factor sugestión. La experimentación prueba, por el registro concomitante de las vibraciones en el hipnotizador y el hipnotizado, una comunión de vibraciones, una transformación de fórmula. Baraduc, para eliminar la influencia humana, dejando sólo el valor intrínseco de la cosa sugerida, ha recurrido al fonógrafo.

Al ver la grata impresión que el fonógrafo hace en los espíritus equilibrados, lo ha utilizado como instrumento de educación y de sugestión mecánica, para evitar fatigas al médico hipnotizador, quitar aprensiones á las familias y permitir en todo caso su aplicación repetida durante la ausencia del médico. Las condiciones del éxito son: 1ª, la atención del enfermo; 2ª, el valor fisiológico y moral de la cosa sugerida, que ha de elevar el pen-

samiento y la conciencia del paciente; 3ª, que lo sugerido no sea contrario á las ideas filosóficas ó religiosas del enfermo, pues entonces se siente mortificado y se cierra á toda ideoplastia. Con estas condiciones, la sugestión fonográfica restaura en el enfermo las vibraciones propias del estado de salud, restableciendo el equilibrio vital, como lo comprueba la biometría.

Este método de registro de las vibraciones vitales abre nuevos horizontes y caminos á las investigaciones del psicólogo y del médico, interesando por igual al hombre de ciencia y á la humanidad doliente.

El tedio, malestar físico, tortura mental—dice Emilio Tardieu en la *Revue Bleue*—reviste formas diversas en el transcurso de la vida.

Prescindiendo del tedio en el feto, que tiene sin embargo su fisiología y su psicología, no hay duda que el recién nacido es presa de un tedio que hay que aplacar sin cesar, y que renace continuamente. El niño exige constantes servicios, y hay que ocupar sus ojos, su espíritu, moverle, pasearle, distraerle con la voz ó con los gestos. ¿De qué se trata con todo esto? De divertir al niño, de calmarle, de consolarle cuando el aburrimiento le arranca gritos y lloros. Sus conquistas son lentas,

sus sensaciones fugaces, y por eso se aburre terriblemente, no aplacándose sino con repetidas comidas, con borracheras de leche y largos sueños, para volver á empezar cuando despierta.

Bebé crece, y se convierte en el niño, para quien el mundo es una perpetua fiesta. ¿Qué le pedimos? Que juegue, que nos dé el espectáculo de su alegría y de sus diversiones. En su agitación y en sus caprichos reconocemos una espontaneidad explosiva; pero ¿no hay algún exceso en esa turbulencia desenfrenada, esas carreras y esos brincos? ¿Qué quiere? ¿Qué persigue en resumidas cuentas? El niño apela continuamente á la novedad, á lo imprevisto; se le cree anegado en la satisfacción de un deseo, y de pronto abandona su ocupación á la menor excitación que recibe; se le juzga encariñado con una persona y se agarra al vestido del desconocido que se va, pensando que estará mejor en otra parte. Sus juguetes le cansan pronto: los desmonta, los rompe por curiosidad ó por cólera; varía al infinito el tema de sus juegos, y cuando su interés languidece, introduce en sus recreos los golpes, las riñas y las batallas con sus compañeros, en busca siempre de emociones nuevas. El tedio es la necesidad de una sensación. El niño pide de comer sin hambre, y más tarde, hombre, beberá sin sed; es glotón porque encuentra sosa la vida; suspira por platos azucarados, y

quiere pasteles que tengan más manteca que pan. Conoce también el tedio mental y las primeras tristezas del corazón, si no tiene su ración de caricias y besos. Su diversión favorita es el viajar, porque su espíritu inquieto, con sus cuerdas de polichinela desarticulado, baila y se regocija con la rápida sucesión de las sensaciones y de las imágenes embarulladas que el viaje le proporciona.

El tedio del adolescente tiene los rasgos indecisos y fugitivos de esos años indefinibles en que todo el ser es transición y transformación. El tedio empieza con la impaciencia, con las desfloraciones inconsideradas. La suerte ordinaria del adolescente es ser un estudiante. ¡El colegio! Apenas hay sitio donde el tedio habite bajo más feas formas: el colegio es prisión, servidumbre intelectual, promiscuidad penosa; el cerebro está en presidio; hay que almacenar en la memoria siglos, civilizaciones, literaturas, historias, números y fórmulas que no se acaban nunca. El tedio del estudiante toma las formas menos agradables: odio a los maestros, judiadas entre condiscipulos, persecución mutua, pereza insoluble, rebuscas de inmoralidad, motines. El pobre diablo se cuece en su tedio.

El tedio del joven es un conflicto con la sociedad y una tragedia íntima, y se deriva de la violencia de los deseos y de la imposibilidad ó incertidumbre de las satisfacciones. La juventud es el apetito de la vida en todas sus formas, la pasión y la enfermedad de lo absoluto. La indeterminación de su personalidad es el enigma que en primer término irrita y enloquece al joven; se pregunta qué es, de dónde viene y á dónde va, probando todos los caminos, llamando á todas las puertas, queriendo conocerse, definir sus aptitudes y descifrar su enigma. En el amor de las mujeres ve una elección que le enorgullece, dando á este amor un sentido prodigioso, místico y como divino. El tedio del joven está fundado en la investigación inquieta y desesperada de la dicha. ¡Qué espantoso programa tener que buscar su dicha! El amor, el éxito, la libertad, goces materiales, un ideal, todo esto se encierra en la palabra *dicha*. Las aspiraciones, los deseos, los tanteos del camino, se traducen en un tedio de forma ansiosa. El joven sabe que necesita aprovechar una ocasión, y tiene miedo de todos sus experimentos: busca la verdad, la alegría, la dicha; enloqueciéndose con estallidos histéricos, estropeando su salud, su tiempo, su fortuna. El joven, luchando con la realidad, se disgusta y desespera, se siente desterrado y empujado, mucho más desgraciado que cuando vivía con sus sueños en el mundo subjetivo é ideal que tenía en la cabeza. Cogido en el engranaje de una ocupación maquinal, adoptando un modo de vivir predeterminado por las convenciones sociales, queda espantado de la estrechez, del puesto que ocupa y de la simpleza de su papel.

La suerte, por otra parte, le condena á empezar por las tareas inferiores, á pretender lo menos apetecible. Aún colocado en un puesto de su agrado, se siente torpe y deficiente y se aburre por no ser maestro en nada, ni siquiera en el amor, extraviado terriblemente en los meandros del corazón femenino. Una de las formas más frecuentes del tedio en la juventud es el desaliento, que traduce el conflicto entre lo imaginario y lo real; leed la co-

rrespondencia de los hombres ilustres, y veréis que en su juventud es cuando se encuentran más abatidos y pesimistas; más tarde tomamos nuestro partido de la vida; nos retiramos gravemente á nuestro rincón y roemos el hueso de nuestro destino. Este desaliento del joven llega á veces á crisis de tristeza que le producen lloros, deseos de suicidio ó de enclaustración, y es el tedio que le tiene preso en sus redes, anublando sus facultades. El tedio en la juventud es ante todo un trabajo de la imaginación, el desorden de una fuerza que no encuentra empleo; pero no adquiere cohesión y relieve sino en los sujetos que lo avivan y alimentan en su imaginación.

Esta misma imaginación es el remedio del mal; el joven que se ve agobiado por el peso de una sociedad que le aplasta, se jura abrirse paso, hacerse grande y glorioso, é imponerse á esa misma sociedad; se burla de esa multitud sin nombre, y murmura las mágicas palabras de su divisa: *aut Caesar, aut nihil*. De aquí su adoración á los hombres célebres, en quienes ve su propia imagen. El joven prepara la obra que ha de servirle de pedestal, ó bien medita el escándalo, el salto mortal que ha de anunciarle á sus contemporáneos. Si no tiene ambición intelectual, el joven se impone la conquista del oro, del poder, de los honores, y como el tedio no siempre le deja esperar, se dirige á los placeres en busca de compensaciones, y el látigo y el aguijón del tedio se reconoce en el ardor con que se entrega al sensualismo, tomando por realidades los triunfos que le proporciona el amor fácil y los delirios de grandezas en que le sumerge el alcohol.

El joven, en resumen, tiene tedio porque se ve perdido en un mundo inextricable, relegado á los puestos inferiores, bloqueado por su familia, dominado por sus maestros, acorralado por los que van delante; muchas veces sin dinero y siempre sin prestigio, se consume esperando la dicha, se refugia en su imaginación soñando con Hamlet, Werter, René y Obermann: ó bien se aturde con excesos sensuales y pasionales, aspirando á crecer, á llegar á la edad madura que ha de conferirle la plenitud de su ser.

El tedio de la edad madura resulta de la visión dura de la realidad y de la decadencia de nuestro cuerpo, minado por el tiempo. El hombre ha hecho las paces con el destino, y da gracias á la suerte si es uno de los favorecidos; pero no por eso es feliz, porque por maravillosa que sea nuestra fortuna, las cosas no son ya nada para nosotros en cuanto son nuestra realidad, y sabemos perfectamente lo que valen y nos producen nuestros títulos, nuestros honores y nuestra clientela, sin esperar emoción alguna de los bienes que están á nuestro alcance. Este tedio depresivo tiene especialmente causas fisiológicas, como la duración de nuestros sentidos, la degradación progresiva de nuestra vitalidad. Nuestros sentidos se embotan, la inteligencia se decolora, el mundo, con sus aventuradas síntesis, es un globo deshinchado; el amor, la gloria, el honor, el deber, la virtud, ¿quién ha encontrado esos sublimes fantasmas? La madurez es una filosofía fatigada, la edad de la desconfianza, de la crítica, de la negación, de la ironía. La inteligencia es mas viva que nunca, pero sus flechas están emponzoñadas. ¡Cómo nos burlamos del carnaval humano! ¡Cómo nos

reímos de nosotros mismos! Y no es alegría sino cólera, necesidad de calentarse á puñetazos, rabia de ver disipados para siempre nuestros sueños.

El tedio del viejo se basa en el desencanto absoluto y en la obsesión de la muerte. Tiene en sus recuerdos su museo, sus reliquias, y le obsesiona su biografía; pero ¡cuánto más valdría un solo día de un presente tejido con sensaciones frescas y actos inéditos! El tedio de la vejez no tiene reacción ni fiebre; el viejo no espera que se aflojen los lazos del destino, que cada día le estrangulan más. Es un superviviente solo, en un mundo renovado en el que no puede interesarse; se espera su herencia, y los niños, á quienes llama para alegrarse, se entretienen en sacarle cuartos; es un rey destronado, un poderoso abatido. Sólo la lucha contra la muerte le saca de su embotamiento; en aquel duelo espantoso contra su adversario, que tiene demasiados aliados y en el que las heridas no se cicatrizan ya, el viejo se siente sin cesar tocado, pero procura vender cara la vida, cuyos minutos se le hacen preciosos.

FERNANDO ARAUJO.

En un vetusto libro deshojado
un viejo y sabio profesor leía
un capítulo extraño que decía:
«la materia es eterna; está probado

que la carne se torna en delicado
germen de flor, y donde ayer había
una fosa enigmática y sombría
habrá mañana un lirio perfumado.»

Al escucharlo, en nuestro amor pensando,
quise morir ¡oh. virgen!; esperando
que luego el pobre trovador sucumba,
vayas á recoger en primavera,
los perfumados lirios de mi tumba
para adornar tu dulce cabellera.

RAFAEL SILVA.

DE VIEJO

«Leyendo á José A. Silva.»
Para Jacinto Añez.

Rosa-thé que en las fojas del breviario
marchitó la caricia del olvido;—
venerable misal, envejecido
en el fondo del mueble milenario.

Infolio inmemorial, Cristo ó rosario
por algún Fray cincelador bruñido;—
acuarela que el tiempo ha desteñido
y madera del viejo relicario.

Legajos de la infanta religiosa,—
tesoro oculto en la pared ruinosa
y arca de los caudales de Aladino.

Como el suicida trovador os quiero,
adarga antigua ó toledano acero
leyenda rara y viejo pergamino.

ALEJANDRO CARIAS.

1901.

CIENCIA A MENA

EL BUEN HUMOR

Puede decirse que casi no se conoce nada tan precioso como el buen humor. Este nos asegura la felicidad, nos hace indulgentes y hace más fácil el destino. Creemos, pues, de alguna utilidad los siguientes consejos, tomados de la *Revue des Revues*, sobre los medios de adquirir tan preciosa facultad:

El buen humor depende muy á menudo del estado de nuestra salud; pero, en todo caso,



Del Jardín botánico de Trinidad

está acompañado de modificaciones psicológicas. Esforcémonos, pues, en conservar la salud: la higiene es el principio de la paz. Mantengamos en buen estado nuestro amor propio: la vanidad, si se ve contrariada, turba las almas más serenas. Tratemos de hacernos simpáticos á nuestros semejantes: el buen humor no es generalmente sino la conciencia de ser amado. Pongamos orden en las cosas, en nuestros actos y en nuestras ideas; la confusión, el desorden, la incertidumbre, alteran la alegría, destruyen la felicidad. Por último, hagamos nuestro deber: esta receta resume todas las otras. El placer de haber cumplido su deber reemplaza las satisfacciones del amor propio y las dulzuras de la simpatía; tiene la tranquilidad que el orden trae consigo.

Así, pues, resumamos todo, diciendo que el mal humor es en nosotros un choque de tendencias, una fluctuación, como decía Spinoza. Hieren nuestro amor propio: choque entre el elogio que nos hacemos de nosotros mismos y el crédito que concedemos á la opinión del prójimo. Nos demuestran aversión: choque entre la presunción que nos hace creernos amables y la inquietud en que nos pone la experiencia del contrario. El desorden nos exaspera, porque, entre cosas ó ideas mal ordenadas, estamos, por fuerza, molestos é inseguros. El remordimiento nos atormenta porque es un choque entre el orgullo natural y la humillación que nos sugiere la conciencia de una mala acción. El mal humor depende, pues, siempre, de un *desacuerdo* con nosotros mismos. Por esta razón, los indecisos están siempre tristes; por esta razón los visionarios,

siempre dudosos entre las quimeras y las realidades, siempre en desacuerdo, viven sumidos en profunda melancolía. Para encontrar la alegría, bastará buscar la unidad: no hacer sino una cosa á la vez y entregarse á ella por completo; obrar, con una acción física si es necesario, pero enérgica y en la cual se unan todas nuestras fuerzas, y gustar en esta unidad restablecida, el sentimiento de su poder, hé aquí el secreto del buen humor.

SUGESTIÓN HIPNÓTICA

La sugestión hipnótica preocupa á muchas personas. Varias veces se ha hablado de algunos casos curiosos en los cuales la sugestión hecha queda sin efecto porque ha habido sugestión anterior con orden de resistir á toda nueva influencia. También se ha citado el caso en que el operador resulta impotente para salvar á un marido de las sugestiones de su mujer, etc. Los seres débiles y ciertos nerviosos son muy impresionables y muy sensibles á las prácticas del hipnotismo. Algunos han dudado de la exactitud de estos hechos y se resisten á creerlos; otros se han horrorizado de los resultados que pueden tener estas singulares influencias.

No obstante, existen hace mucho tiempo y varias veces se han dado á conocer. Algunos autores querían dejarlas secretas y otros creían muy útil publicarlas, porque, ignorándose una enfermedad, es imposible curarla, en tanto que al lado del mal se encuentra generalmente el remedio. La sugestión puede ser criminal ó simplemente peligrosa. Antes de 1897, M. Liégeois dijo, hablando de sus experiencias per-

sonales: «Cuando, después de haber dormido á un individuo fácil de sugestionar, se le sugiere que ninguna persona podrá hipnotizarlo de nuevo ni hacerle ninguna clase de sugestiones, este resultado se produce invariablemente. Cualquiera otra persona trataría en vano de adquirir ó de conservar sobre esta persona sugestionada el menor dominio. Este es un medio que M. Liébault, Mm. Bernheim, Beaunis y yo hemos empleado muy á menudo con éxito para precaver á algunas personas contra el abuso que podría resultar de su extrema *sugestibilidad*. Para apoyo de esta proposición, citaré el hecho siguiente:

«En 1888 me encontraba en Lieja, en donde mi amigo M. Delbœuf quiso mostrarme en el hospital de Baviera á un joven á quien curaba por sugestión de una grave enfermedad de la vista. He aquí la experiencia que se me ocurrió realizar: Dormí al sujeto que se me había sido presentado, le sugerí que ninguna persona podía sugestionarlo y en seguida lo desperté. Desde entonces en vano Delbœuf trató durante quince ó veinte minutos de dormir al joven enfermo á quien había hipnotizado gran número de veces con la mayor facilidad. No pudo conseguirlo sino cuando, cansado de luchar, me pidió que levantase la prohibición que yo había formulado. Al dar yo el permiso necesario, el sueño fue producido de nuevo rápidamente.

«Así, pues, concluye M. Liégeois, es sumamente fácil impedir que un sujeto muy sugestivo sea puesto por cualquiera persona y por cualquier medio en estado de sonambulismo. Basta desearlo y operar como lo hizo

M. Liégeois con el enfermo de M. Delbœuf. Prohibición de dejarse dormir! Y el sujeto obedecerá.

También dice M. Liégeois: «Yo hubiera obrado de este modo en algunos casos recientes (1897) y hubiera puesto obstáculo á sugerencias que han tenido fatales consecuencias. Habría impedido que Mme. X . . . , de Constantine, obedeciese á las sugerencias de Chamberige. Habría impedido que Mme. Z . . . , la envenenadora de Ain-Trezza (Argelia) sufriese y ejecutase las sugerencias de Roques, que le ordenaba envenenar á su marido, y, finalmente, suicidarse. Habría obligado á la baronesa de Z . . . , á no dejarse hipnotizar por Czynski y por consiguiente á evitar el enlace que efectuó. Habría, en fin, puesto un obstáculo cierto á la muerte de aquellas cuatro desgraciadas que se suicidaron á un mismo tiempo en París (julio de 1897), auto-sugestionadas por la muerte de una actriz que había discutido con ellas los diferentes géneros de suicidios entre los cuales tendría que escoger.»

M. Liégeois dijo desde 1897: «Sería muy prudente que toda persona, hombre, mujer, jóvenes, supiese exactamente hasta qué punto es sugestionable y en qué grado de sueño puede ser sumida. Esto puede lograrse haciéndose sugestionar por un hombre competente y honrado. Si se llega al estado de sonambulismo profundo es absolutamente indispensable hacerse sugerir que uno no podrá ser hipnotizado por nadie y por ningún medio y que no recibirá ni ejecutará ninguna sugestión. Si se cree necesario se podrá renovar esta sugestión una ó dos veces por año.» M. Liégeois crea de este modo una especie de «vacunación moral» para prevenir los peligros del hipnotismo.

Por supuesto que aquí se trata de las personas sumamente impresionables. Sin embargo, conviene también tener cuidado con las sugerencias que se sufren estando despierto. Existen enfermedades de la voluntad: en este caso conviene también hacerse curar, sea por auto-sugestión ó por el intermediario de un médico competente.

Está en un error la persona que crea que no existen sino enfermedades tributarias de la medicina ordinaria!

LA HIDROFOBIA Y LAS VÍBORAS

Pasa de cuarenta años el tiempo transcurrido desde que unos colonos que utilizaban una finca rústica distante diez kilómetros de esta ciudad, llevaron para la custodia de frutos y ganados un perro joven (dos meses) y de raza mestiza (podenco y mastín).

Terreno montuoso, agreste y húmedo, harto distante de población y caminos, no era extraño que en él tuvieran albergue los animales carnívoros y por consecuencia la necesidad de un guardián fuerte y fiel. Pero habitaban también, dadas las condiciones del suelo, otros animales, y á muy poco, cuando el perro de referencia apenas contaba tres meses, fue mordido por una víbora en el hocico, originándole terrible inflamación en todo el cuerpo, que le puso en inminente peligro durante un largo período de tiempo: curado al fin, ya robusto y aun sin llegar á la edad de un año, fue acometido y mordido por un perro rabioso á presencia de los colonos. Las condiciones de valor y sumisión que ya había demostrado, hicieron que sus dueños trataran de salvarlo, y con los procedimientos empíricos usuales, le trataron, teniéndole en continua observación.

Pasados dos meses y considerando conjurado todo peligro, diéronle nuevamente libertad, volviendo el perro á sus vigilantes excursiones.

Habían transcurrido dos años cuando otro acontecimiento análogo se efectuó; otro perro hidrófobo hizo en él su presa; mas la consideración que hicieron los colonos por lo ocurrido anteriormente, juzgándole inmune á la hidrofobia, les determinó á no practicarle cura alguna, concretándose á una justificada vigilancia; y con efecto, el perro continuó bien sin síntoma alguno, ni aun de tristeza.

Así transcurrieron varios años, durante los

que el perro recibió diversas mordeduras, ya de víboras, ya de perros hidrófobos, sin que las primeras le produjeran sino pequeñas inflamaciones y las segundas desgarraduras que pronto cicatrizaban. Más allá, cuando ya contaba veinte años, achacosos por la edad y los trabajos, otro perro rabioso le atacó con tan encarnizada furia é hizo tal destrozo en su piel, que los colonos juzgaron que sólo de tantas y tan graves heridas no podría curar, y determinaron rematarlo, disparándole una bala, cuyo proyectil le atravesó el vientre.

En esta situación se ausentó el animal; marchó al monte, entre cuyas breñas y malezas era de presumir terminaría su aciaga vida.

Con la sorpresa consiguiente, el perro regresó á la casa de la finca quince días después completamente cicatrizadas sus heridas y acariciando á sus amos, que se apresuraron á reponer sus carnes perdidas y cuidarle con exquisito esmero, llevando á su vez el descanso y el sosiego en premio de los buenos servicios que había prestado.

Cuatro años después murió, pero de muerte propia de la senectud.

El fiel relato transcrito sugiere al hombre pensador el siguiente problema: ¿pudo ser el veneno inoculado de la víbora el preservativo del virus rábico?

A los hombres de ciencia corresponde esta investigación, y ojalá que estas observaciones puedan traer el descubrimiento de una vacuna que ponga á salvo á la humanidad de tan terrible dolencia.

¿POR QUÉ PRONOSTICAN EL TIEMPO LOS ANIMALES?

Causa maravilla, y sin embargo no tiene nada de maravillosa, la facultad que tienen muchos animales y no pocas plantas de indicar con alguna anticipación el tiempo que va á hacer.

La explicación que da la ciencia á este fenómeno es muy sencilla.

Sabido es que cada cuadrante de un ciclón ó de un anticiclón está asociado con cierta clase de tiempo perfectamente definido. El frente de un ciclón, ó depresión atmosférica, está asociado constantemente con una elevación de temperatura y un aumento en la humedad de la atmósfera; mientras que cuando la tormenta se aleja, la temperatura baja y el viento salta produciendo tiempo seco.

Conocido esto se explica que á medida que avanza un ciclón ó sea un círculo tempestuoso, la humedad de la atmósfera que se produce haga que ciertos pájaros, cuadrúpedos, insectos y flores presenten una inquietud anormal. El cerrar sus pétalos las flores y el enmigrar los animales se debe únicamente á la condición higrométrica de la atmósfera producida por la cercanía de la tormenta.

Todo el mundo conoce también la forma de nube llamada cirro, que invariablemente está asociada con el principio del frente de una depresión atmosférica. Cuando se ven nubes de esta clase no cabe duda de que se acerca una tormenta. El cirro pertenece á la clase de nubes que se remontan alto y creése que se compone de cristales de hielo que obran como prismas produciendo los nimbos ó corona que durante el mal tiempo se forman alrededor del sol y de la luna.

Cuando la gente pronostica lluvia al ver oscilar la luz de las lámparas y de las velas, ó siente dolores reumáticos ó en los callos, ó escucha crujir los muebles, tiene razón, y todos estos fenómenos se explican por la elevación de temperatura y aumento de humedad asociada con el frente del círculo ciclónico. Igual explicación tienen los graznidos de los pavos reales, los rebuznos de los burros, el alboroto de los patos y la actividad y brillantez de los gusanos de luz, que también sirven de pronóstico de tiempo lluvioso.

Otro pronóstico de mal tiempo es, cuando se oyen distintamente ruidos lejanos, tales como los de los silbatos de trenes y vapores ó el rumor de las cascadas, ó cuando se ven con mayor claridad que nunca objetos que están á mucha distancia.

La explicación científica de este fenómeno es que aunque las líneas de igual presión atmosférica suelen ser circulares, ocurre á veces que forman líneas rectas como los carriles de una vía férrea y entonces es cuando ocurre el fenómeno citado.

NUEVA ENFERMEDAD

Están en un error los que se imaginan que son conocidas todas las enfermedades que pueden afectar á la humanidad. Todos los días se descubre alguna nueva, cuya existencia no se sospechaba. Por ejemplo, hé aquí una enfermedad especialísima, descubierta por el doctor Gerlier, de Ferney-Voltaire. Este descubrimiento le hizo merecedor de una parte del premio Godard en la Academia de medicina.

M. Gerlier ha observado esta singular enfermedad en los pastores vecinos del lago de Génova y le ha dado el nombre de «vértigo paralizante»; pero el cuerpo de medicina la ha designado bajo el nombre de «enfermedad de Gerlier.» En estos últimos tiempos se han cometido muchos abusos con la nueva costumbre de bautizar las enfermedades ó los síntomas con el nombre del primero que fijó sobre ellos la atención. Pero el caso es excusable, tratándose de una enfermedad tan extraña y de naturaleza tan obscura.

Un joven pastor, de aspecto vigoroso y con buena salud, muy á menudo cuando ordeñaba su vaca, se siente atacado de un vértigo especial con pérdida del conocimiento. La cabeza le cae hacia adelante y ordinariamente queda sostenida por el vientre del animal; la mirada permanece fija, el párpado caído y el rostro entorpecido; vacila como un hombre ebrio y recobra el conocimiento al cabo de algunos minutos, inconciente de lo que ha pasado, como después de un ataque de vértigo ó de epilepsia. El acceso se renueva á veces todos los días ó todas las semanas. Lo más sorprendente en todo esto, es que la enfermedad reina bajo la forma de pequeñas epidemias en las granjas y en las caballerizas mal cuidadas é insalubres.

La imitación y la sugestión no ejercen ninguna influencia en esta enfermedad pues los animales y, en particular, los gatos que duermen en las caballerizas se ven atacados de los mismos accidentes nerviosos. Hasta ahora este mal no ha sido encontrado sino en las regiones del lago de Génova y también en algunos distritos del Japón. La descripción del mal japonés es idéntica á la del mal del lago Léman.

Aún se ignora la etiología de esta afección. M. Gerlier cree que debe atribuírsele á la presencia de un parásito, de un microbio ó de un tósigo que se desarrolla en los estercoleros ó pajazas de las caballerizas mal cuidadas. ¿Pero por qué razón la enfermedad está limitada en los alrededores de Génova? Este es un problema más que hay que resolver.

Hé aquí otra enfermedad, si no desconocida, á lo menos muy extraña: la enfermedad de las piedras de la piel . . .

Este mal ha sido estudiado por el doctor Profichet en el hospital general de Rouen. Sucede que la piel deja como brotar, en medio de pequeños tumores, concreciones calcáreas y á veces verdaderas piedras. Estos depósitos, salidos de la piel, están formados generalmente por fosfatos. La afección se revela bruscamente, sobre todo en la juventud. M. Profichet ha reunido nueve observaciones: cinco hombres y cuatro mujeres. Las piedras se desarrollan con más frecuencia en las personas muy jóvenes, de doce á diez y ocho años, y entre los niños.

Existe una niñita de cuatro años de edad con numerosos tumores calcáreos. Después de un corto desarrollo se efectúa la salida de las piedras y la cicatrización. Esta salida de las piedras está acompañada á menudo de síntomas graves: atrofia muscular, disminución en los movimientos de las grandes articulaciones, etc. No hay que confundir estas concreciones pétreas con los tofus de los gotosos, que están formados de urato de soda. Aquí, la concreción es fosfática y calcárea. En resumen, la enfermedad es rara y reclamará nuevos estudios.

LA MASA DEL UNIVERSO Y LA DEL ÁTOMO DE ÉTER

El príncipe Grigori Stourdza, antiguo general de división de Rumania, acaba de publicar sus ideas sobre el universo. El príncipe filósofo abarca los asuntos más vastos. Los trata con tal maestría que, aunque uno no se sintiese dispuesto á seguirlo en sus deducciones atrevidas, no podría dejar de rendir homenaje al poder de su espíritu.

Nos limitaremos aquí á demostrar los resultados obtenidos por el autor cuando trata de determinar la masa total del universo visible, y cuando se propone resolver este mismo problema para el átomo del éter, fluido que llena el espacio, transmite el calor y la luz y ayuda á ejercer la gravitación. Por una parte, se trata de una cantidad incomparablemente grande, y por otra de una cantidad incomparablemente pequeña.

Basándose en las observaciones astronómicas el autor estima que el universo visible en nuestro horizonte telescópico se compone más ó menos de ochenta millones de estrellas repartidas del modo siguiente: 50 millones corresponden á las 2.500 nebulosas contadas por Herschel, y de las cuales cada una está compuesta en término medio de 20.000 estrellas, diez millones más provienen de la vía láctea, otros diez millones de las nubes de Magallanes y por último diez millones pertenecientes á las nebulosas y á las estrellas extintas ó en vía de formación. El admite que estas estrellas tienen cada una un cortejo de planetas, y toma por masa media de estrella la conocida en nuestro sistema solar. Encuentra de este modo que los 80 millones de estrellas tienen una masa total que equivale á la de un número de metros cúbicos de agua expresado por 16.841.322.637.605.377 seguido de 19 ceros, ó sea en total un número compuesto de 36 cifras.

Un medio pneumotécnico de retener semejante número consiste en decir que es sensiblemente igual á 17 seguido de dos veces 17 ceros.

Habiendo calculado así la masa total del universo, el príncipe Stourdza ha determinado el volumen en donde giran los 80 millones de estrellas y ha encontrado que corresponde á una esfera cuyo diámetro tiene una longitud tal, que la luz emplearía para recorrerlo 3.006.000 años. Como la luz marcha á razón de 300.000 kilómetros por segundo, se ve que no se trata aquí de un diámetro ordinario.

Habiendo sido efectuado el cálculo en el volumen de la esfera del universo visible, nada era tan fácil como determinar la densidad media del espacio en la suposición de que toda materia existente está uniformemente repartida en todo lugar: bastaba dividir la masa total del universo por su volumen. De este modo se encontró que la densidad es los $\frac{1}{16.833}$ de la del agua.

Por otra parte, habiendo demostrado el príncipe Stourdza que el equilibrio del universo exige que haya tanta materia condensada como materia en estado de éter, resulta por fuerza que el número precedente no es otra cosa sino la densidad del éter mismo.

Partiendo del conocimiento de esta densidad, y con la ayuda de los valores de la amplitud de la onda luminosa, de la velocidad de la luz y del número de sus vibraciones por segundo, el sabio autor deduce la distancia que separa dos átomos vecinos de éter, y encuentra que esta distancia es en milímetros de $\frac{5.6}{1000}$.

Así llega á descubrir que un milímetro cúbico de éter encierra $\frac{1}{8}$ átomos, y que la masa del átomo de éter es, en definitiva, los $\frac{1}{8}$ de la de un miligramo.

Tales son las cifras que el príncipe Stourdza ha obtenido para la masa total del universo visible y para la masa de un átomo de éter.

Nuestro espíritu no puede evidentemente concebir ni la grandeza de la una ni la pequeñez de la otra.

El autor ha calculado también un número aún más fantástico, el de los átomos de éter

contenidos en el universo, y ha encontrado que hay 93 nonillones de trentillones de átomos condensados en los 80 millones de estrellas y otro tanto en estado libre; ó sea en todo 186 nonillones de trentillones de átomos, lo cual puede escribirse agregando á 186, 120 ceros.

L'—COLONEL DELAUNEY.

SIN ESTÓMAGO

¿Es realmente cierto que se puede vivir sin estómago? Al primer momento esto parece imposible y no obstante ha sucedido más de una vez. Para comprenderlo basta recordar que la digestión no se hace exclusivamente en el estómago, sino que se completa y se termina en el intestino. En rigor, las glándulas intestinales digestivas pueden sustituir al estómago y hacer su oficio. Falta saber si no se fatigarán muy pronto del exceso de trabajo que se les impone. Sea lo que fuere, lo cierto es que existe actualmente en Estrasburgo una mujer que come y digiere sin estómago y cuyo peso aumenta considerablemente.

Hace algunos meses, M. Bœckel, de Strasburgo, recibió en su servicio á una mujer de treinta y ocho años de edad, la cual sufría desde hacía dos años desórdenes gástricos.

El médico reconoció la existencia de un tumor del volumen de una manzana, sobre el ombligo. Diagnóstico: cáncer en el estómago.

La gastrectomía fue decidida inmediatamente. Se le abrió el vientre y se le sacó el estómago. La operación duró hora y media. Después de curada la herida, la enferma restableció por completo y abandonó el hospital tres semanas después sin estómago.

Al principio se le alimentó con mucha precaución: comidas muy ligeras, pero repetidas. La mejoría del estado general se manifestó por un aumento de 20 libras de peso, indicio seguro de una asimilación perfecta y regular.

M. J. Bœckel, ha sacado naturalmente de esta interesante observación las conclusiones siguientes: "La extirpación total del estómago es no solo compatible con la existencia, sino que además produce una mejoría notable;" y agrega que el procedimiento "es tan sencillo que, fuera de los tumores malignos, del cáncer, se podrá aplicar útilmente en cierto número de afecciones gástricas graves."

Estas afirmaciones son verdaderamente muy consoladoras; pero, sin embargo, todavía no se debe cantar mucha victoria. Con esto, uno se siente tentado á decirle á los que tienen la digestión difícil y que pierden la paciencia: "No os desaniméis; vuestro estómago os molesta! pues hacedlo desaparecer. Esto es fácil y será una separación que os quitará el sufrimiento." Y ya muchos enfermos se preguntan después del suceso de Strasburgo si no sería mejor acabar una vez por todas con su estómago recalcitrante.

Este entusiasmo es algo exagerado y sería un error deducir demasiado pronto que la gastrectomía parcial ó total no tiene graves consecuencias.

Hay precedentes á la operación de Strasburgo. La extirpación total del estómago fue practicada por vez primera, en 1897, por Schlatter, de Zurich; por segunda vez, en 1898, por Brigham, de San Francisco; la tercera, por Richardson, de Boston; y siempre con éxito feliz. Esto significa, en lenguaje quirúrgico que la operación tuvo buen resultado y que el paciente recobró la salud. ¿Pero la curación es absoluta y el enfermo queda curado? Este punto no nos atrevemos á asegurarlo. En Zurich, en 1897, la enferma tenía un cáncer en el estómago y M. Schlatter la operó. La paciente se restableció, recobró sus fuerzas y aumentó en peso, de tal modo que parecía indudable que se pudiera vivir sin estómago. Al cabo de seis meses, todo iba muy bien, pero al año la paciente cayó enferma y murió. No es este un argumento contra la operación, (pues ha podido morir de otra cosa que no fuera la

privación del estómago) sino una observación prudente que hacemos.

Repetimos: sería necesario saber si las glándulas intestinales, pancreas, hígado, etc., cargadas de excesivo trabajo para el cual no están preparadas no rehusarán al poco tiempo suplir las funciones del estómago.

El nuevo caso de M. Bœckel nos lo demostrará hasta cierto punto.

SUETOS EDITORIALES

IDOLOS ROTOS

Como obsequio á nuestros lectores, nos complacemos en reproducir los dos primeros capítulos de la celebrada novela de Díaz Rodríguez.

Otro bello capítulo engalanará las páginas del próximo número.

DOS LIBROS

Próximamente nos será grato ocuparnos de «El Triunfo del Ideal», novela de Pedro César Dominici, y de «Misivas», obra del joven escritor Alejandro Rivas Vázquez. Han llegado á nuestra oficina en momentos de entrar en prensa los últimos pliegos de esta Revista.

DUELO

En los mejores años de su juventud ha bajado á la tumba el señor EMILIO H. DIAZ, quien venía distinguiéndose por su amor al trabajo y la austeridad de sus costumbres. Su inteligencia y su constancia estaban últimamente al servicio de la empresa cigarrera denominada "Vuelta Abajo," de la cual era socio.

Deploramos sinceramente el fallecimiento de este honrado compatriota y presentamos á sus deudos y amigos el testimonio de nuestra sentida condolencia.

INDUSTRIAS

Ha tenido buena acogida en la prensa el contrato celebrado por el señor Jaime F. Carrillo con el Gobierno Nacional para la explotación del caucho y de la gutapercha, empleando para ello el sistema de centrales y las formas más avanzadas de la ciencia en el particular.

Para darle mayor solidez á la Empresa, el señor Carrillo, plenamente autorizado por el Ejecutivo, establecerá Bancos de circulación é hipotecarios, siendo el principal propósito del central el de hacer avances de dinero sobre exportación de frutos en condiciones favorables á los agricultores productores y comerciantes exportadores.

Le damos nuestro aplauso al contrato del señor Carrillo, porque al establecerse su vasta empresa ensanchará notablemente la esfera industrial de Venezuela.

JUAN MARÍA RODRÍGUEZ

Fue un esposo ejemplar y un padre de familia excelente, virtudes por las cuales alcanzó las mayores consideraciones. Su entierro fue una elocuente demostración de aprecio. Numeroso concurso acompañó sus restos mortales hasta la última morada.

A su viuda, á sus hijos y amigos presentamos nuestro más sentido pésame.

LIBROS Y FOLLETOS RECIBIDOS

—«Informe que la Dirección General de Telégrafos Nacionales de Venezuela presenta al Ministerio de Fomento.» Enero de 1901.

—«Discurso pronunciado por el doctor Pedro María Parra en el acto de la inauguración de la Columna Bolívar, en Mérida, el día 1º de enero de 1901.»

—«Entre Tíos», comedia en tres actos y en prosa, original de Gonzalo Santamaría. Fue estrenada con gran éxito en el «Teatro Colón» de Bogotá la noche del 16 de mayo de 1899.

—«La Restauración Farmacéutica,» número 5.

—«El Telegrafista,» número 3.

—«Gula Comercial de Trinidad», compilación de F. Vizcarrondo Rojas.

—«Informe» que presenta la Junta Directiva de la Compañía Anónima del Gas y de la Luz Eléctrica a la Asamblea General ordinaria de 1º de abril de 1901.

Damos las gracias a los remitentes.

PÉSAME

Ha sido generalmente sentida la muerte de nuestro apreciable amigo OLEGARIO MENESES MARTÍNEZ, joven de inteligentes actividades que no ha mucho había fundado un hogar honorable uniendo su existencia a la de una hermosa dama por todos conceptos distinguida.

Que en el amor a los inocentes huérfanos encuentre la joven viuda consuelo a su dolor y que descanse en paz el alma del amigo muerto, a cuyos deudos enviamos la sincera expresión de nuestra condolencia.

«LA REVOLUCION DEL TRABAJO»

Con este título ha publicado en New York un folleto nuestro ilustrado colaborador y amigo señor General Nicanor Bolet Peraza. Su trabajo es trabajo patriótico. Su tesis llega a la conclusión de que sólo por medio del trabajo llegarán al apogeo de su prosperidad los pueblos de nuestra raza, amenazados de continuo desde su advenimiento a la vida de naciones independientes. Apoya sus consideraciones el distinguido escritor con ejemplos palpables y recuerda la siguiente frase de Colbert: «La grandeza de un país no depende de la extensión de su territorio, sino del carácter de su pueblo. La industria, la frugalidad y la energía, hacen a la pequeña Holanda formidable.»

Aplaudimos la meritoria labor del General Bolet Peraza, con la esperanza de que, meditada con cariño, oriente las actividades de nuestro pueblo hacia su engrandecimiento, mediante las prácticas del trabajo.

ÓBITO

Enviamos nuestra palabra de consuelo a los apreciables hijos del señor AUGUSTO GUINAND, cuyo fallecimiento acaecido en Suiza, ha sido motivo de sentimiento para todos cuantos trataron a aquel estimable caballero.

SEPELIO

A los hermanos y demás deudos del estimable señor RAFAEL SANTANA DE LEON, que ha fallecido en esta ciudad, presentamos nuestra sentida condolencia.

NUESTROS GRABADOS

Maximiliano Lores

Un artículo de la Dirección, al cual remitimos a nuestros lectores, encuadra el retrato del ilustrado Redactor de *La Lámpara Mágica*.

C. Arias Sandoval

Nuestro asiduo colaborador señor Eloy G. González autoriza las apreciaciones que aparecen al pie del retrato del inteligente diarista carabobeño, Redactor de *La Restauración Liberal*.

Cuadro de Max Levis

Núbil de frente luminosa y ojos rasgados, ¿qué fibras laten en este instante en tu corazón? ¿Qué ideas constelan tu cerebro? ¿Tu alma sufre ó anhela? Cruzadas tus manos, determinan la súplica; y tu mirada, que parece creplorar lo infinito, nos muestra tu pensamiento flotando sobre la onda impalpable del misterio.

¿Ha huído del fragante nido de tu seno el ave de la esperanza, cuando ensayaba el himno epitalámico? ¿O acaso porque el roce mundanal mancha tu veste de virgen, ansias elevar tu corazón, para siempre jamás, a la región de las eternas beatitudes?

Nadie lo sabe; porque tu mirada está fija en lo impenetrable infinito y tu pensamiento flota sobre la duda impalpable del misterio.

Teatros franceses

Madama Weber y la señorita Riva son dos artistas consagradas por la crítica. Últimamente la prensa de París les ha dedicado entusiastas aplausos por la inteligencia y la gracia con que han sabido interpretar *Les Jacobites*, la primera, y *Le petites Vestales* la segunda.

Ambas obras han logrado brillantes éxitos, no sólo por el mérito de ellas sino también por las relevantes aptitudes de sus intérpretes.

Un discurso improvisado

La hilaridad se ha producido en el grupo de los oyentes. No hay duda, pues, que el precoz orador supo encontrar la frase apropiada para deleitar al concurso y atraerse sus simpatías.

Quien sabe si el que hace sonreír ahora, será el agitador de mañana. Cada día trae un nuevo problema y cada problema reclama un espíritu que investigue y resuelva. Y en estos casos, el orador es uno de los llamados a ilustrar las masas para que su fallo esté inspirado en la conveniencia de los intereses colectivos.

Opera Italiana

Como lo ofrecimos a nuestros abonados en el número anterior, presentamos hoy algunos de los principales artistas de la compañía de ópera italiana que trabaja en el Teatro Municipal.

La Padovani, soprano ligero, Chafia, soprano dramático y Lorenzo Bellagamba, barítono, han sido favorecidos por sus admiradores con aplausos y expresivas demostraciones de simpatía.

Sara Bernhardt

La célebre trágica refiere de la siguiente manera a un reportér de la *Saturday Evening Post* de Filadelfia, el modo como trató de asimilarse el espíritu del protagonista de *L'Aiglon*:

«Para llegar á ser, en el modo de caminar, de accionar y de hablar, no Sara Bernhardt, sino el Duque de Reichstadt, me hice confeccionar trajes semejantes á los suyos, y durante tres meses los vine usando en casa diariamente. Mientras usé esos vestidos, mi secretario, mis amigos, mi camarera, todas las personas de mi servicio, tenían instrucciones de tratarme como si realmente fuese yo el Duque de Reichstadt.

Asistía á la mesa con capa y espada, y el mayordomo me decía: «Vuestra Alteza está servida.» Todo esto, como he dicho, durante tres meses. Cuando en la mañana me despertaba, tenía á mi lado el blanco traje del joven Príncipe, su espada, sus botas. Inmediatamente, ya no era Sara Bernhardt; me creía

en la triste cámara de Schocubrum. Durante esos tres meses que precedieron á la primera representación de *L'Aiglon*, yo viví intensamente la vida del héroe de Rostand, antes que la mía.

Una noche, en Versalles, salí á caballo con botas y espuelas, con capa y espada. Aquella noche tuve la sensación que él ha debido sentir la noche de su fuga. Al principio, todo me era embarazoso, pues la espada espantaba al caballo. Pero recorrimos unas cuantas millas. Digo «recorrimos», porque aquella noche el hijo de Napoleón y yo cabalgamos juntos. Yo había aprendido á caminar y á hablar como él debió haber caminado y hablado. Pensaba, como él debió haber pensado. Realmente, en esos tres meses, yo no podía atender á nada mío. Tengo la seguridad de que yo no era yo en ese entonces. Yo era el pobre joven muriente, desterrado, en el Austria lejana...

Corresponde á una escena de *L'Aiglon* el retrato de Sara que aparece en la presente edición.

Caracas

Representa el grabado la plaza de San Jacinto, en cuyo centro se levanta la estatua del Redactor de *El Venezolano*, Don Antonio Leocadio Guzmán.

Trinidad

En números anteriores hemos ilustrado estas páginas con varias vistas del Jardín Botánico de Puerto España, que está considerado como el mejor de la América del Sur. Hoy ofrecemos á nuestros lectores un nuevo aspecto de ese bello jardín de la vecina Colonia.

¿Que fría está!

Es una página copiada del natural. Encanta por la sencillez del asunto y por la expresiva fisonomía de la joven bañista. Pura, como su alma, es el agua de la fuente; pero no, como el agua, es fría su alma, porque allí esplende con luz de sol el fuego del amor naciente.

Grupo

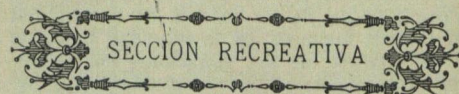
Antes de partir para la China el señor R. Dolge, dueño de la empresa *Lavandería Americana*, sus empleados, unidos á otros tantos amigos, le despidieron con una fiesta campestre en el Paseo del Paraíso.

Recuerdo de esa fiesta, que organizó el afecto y el reconocimiento, es el grupo que aparece en la presente edición.

Una fiesta en Nápoles

La ilustración evoca aquellos días de la espléndida corte napolitana, en cuyos salones, abiertos á las manifestaciones del divino arte, llegó la galantería y el ingenio á producir las flores más exquisitas.

Se hablaba bellamente del amor al compás melodioso del minué; y el ambiente, poblado de perfumes, notas, cantos y luz, era favorable á la resolución de asuntos políticos y diplomáticos. Se vivía divinamente, como dijo uno de sus amables poetas.



El remedio contra el mareo

Un doctor llamado M. Dutremblay, ha presentado una comunicación á la Academia de Medicina de Francia sobre el tratamiento del mareo por inhalaciones de oxígeno puro, sometido á presión.

Los primeros ensayos del nuevo procedimiento los ha llevado á cabo con gran éxito un profesor de la Facultad de Ciencias de Lyon, el cual reconoce como causa principal del mareo la ventilación incompleta del pulmón, que produce cambios respiratorios imperfectos.

Otro médico de marina ha completado los ensayos en numerosos individuos atacados del mareo y logrando siempre que las náuseas y los vómitos cesaran. Los enfermos experimentan una sensación de bienestar, á la cual sucede un período de calma y de sueño.

Deben tomarse largas y profundas inhalaciones bien rítmicas.

Por lo general bastan 30 ó 40 litros de oxígeno, pero algunas veces hay que tomar una nueva dosis.

Las inhalaciones deben tomarse solamente por la boca, tapando los orificios de la nariz, á fin de no respirar más que oxígeno.

Las curiosidades de París

LA TABERNA DE LA MUERTE

El *Cabaret du Néant*, situado como el del Infierno en el boulevard de Clichy, es una de las atracciones originales del quartier Montmartre, atracción lúgubre y macabra.

Cubre la puerta un gran paño negro con franjas blancas, como las que acostumbran á ponerse en las casas donde hay un difunto en París. Un *croquemort*, ó sea un empleado de la funeraria, alza la fúnebre cortina para que pase la gente.

Al entrar se encuentra uno en una caverna que parece oscura como boca de lobo, pero que luego resulta ser un salón ordinario, débilmente alumbrado con cirios y velas de cera y una gran araña formada por calaveras y huesos: las velas están sostenidas por esqueletos de manos y dan la menor cantidad imaginable de luz.

Grandes cajas de muerto están dispuestas alrededor de la sala cual si acabara de ocurrir alguna espantosa catástrofe. El decorado de las paredes se compone de calaveras y huesos, esqueletos en actitudes grotescas, cuadros representando batallas y guillotinas en acción. Muerte, derramamiento de sangre, asesinatos, tales son los temas dominantes de las pinturas, enmarcadas por colgaduras negras ó ilustradas con frases sobre la muerte.

Media docena de voces le reciben á uno diciendo:

—«¡Entrad, mortales de este mundo, entrad en las cumbres de la eternidad! Elegid vuestros féretros, á derecha ó izquierda; acomodáos en ellos y descansad en la solemnidad de la muerte. ¡Que Dios se apiade de vuestras almas!»

El público se sienta junto á las cajas de muerto y estan sirven de mesa. Al lado de los vasos se colocan velitas muy delgadas para que los parroquianos puedan verse unos á otros.

Se acerca otro empleado de la funeraria y dice á los parroquianos que acaban de entrar:

«¡Buenas noches, macabeos! (este es el nombre que dan los marineros del Sena á los cadáveres que encierran flotando en el río). ¡Bebed escupitajos de asmáticos, tomad sudores fríos de agonizantes! ¡Pedid certificados de defunción! ¡No cuestan más que un franco, son baratos y artísticos!»

En la *Taberna de la Muerte*, á las guindas en aguardiente se las llama «microbios de cólera asiático del último cadáver», y á la menta, «pierna cancerosa». Nombres no menos apetitosos dan á los demás licores.

—«Bebed, macabeos»,—dice el mozo al servir;—«bebed estas pócimas que contienen los venenos más viles y más horribles.»

Cuando menos se espera aparece por una puerta oscura un joven vestido lúgubremente de negro que empieza á predicar un verdadero sermón acerca de la muerte. Despues de describir las torturas por que pasa el cuerpo cuando se acerca la muerte y de hacer una porción de descripciones á cual más lú-

gubres sobre el final de la vida humana, empieza á explicar el asunto de algunos de los cuadros que cubren las paredes. Señala á uno representando una batalla en que los combatientes se agarran y se destrozan ferozmente; de repente el cuadro empieza á emitir una luz extraña que hace resaltar sus más horribles detalles; luego la luz desaparece de pronto, y donde se veían hombres combatiendo no se ven ya más que esqueletos que continúan la lucha después de muertos. Un efecto parecido se produce con un cuadro que representa de una manera maravillosamente realista, una ejecución en la guillotina. El tronco tembloroso de la víctima se disuelve sobre el tablado; la carne va desapareciendo, y por último, no quedan del cuerpo más que los blancos huesos. Otro cuadro en que está pintado un baile se convierte lentamente en una grotesca danza de esqueletos. Lo mismo pasa con las demás pinturas del salón.

El maestro de ceremonias invita con tono lúgubre á los presentes á que pasen á la Cámara de la Muerte.

Todos se levantan, y con una vela en la mano y en fila van por un pasillo muy estrecho precedidos por el joven que predicó el sermón. El camino está lleno de huesos de muerto, de calaveras y de fragmentos de cuerpos humanos.

—¡Oh macabeos, estamos delante de las puertas de la muerte!—dice una voz, y aparece una figura de pie debajo de una lámpara de resplandores verdosos.

La figura está toda cubierta por un manto negro con un capuchón que sólo deja ver unos ojos muy brillantes.

La puerta se abre pesadamente y la gente entra en una habitación toda forrada de negro y en la cual no arden más que dos altas velas, una á cada lado de una abertura que hay en la pared y que tiene la forma de una caja de muerto.

Poco á poco una luz pálida tirando á verde empieza á iluminar el féretro, y entonces se ve que éste se halla ocupado por una joven muy bonita vestida con una mortaja blanca que parece hecha por una modista á la moda. La joven no está muerta, pues

sonríe y mira descaradamente. Pero pronto su rostro cambia de expresión. Sus ojos se hunden, su faz se torna pálida y lívida, sus mejillas se ponen verdosas. No cabe duda de que está muerta. Pero no es esto lo peor. Poco á poco la cara se pone lívida, luego color de púrpura, y por último negra. Los ojos se hunden cada vez más en sus órbitas amarillentas. El pelo se va desprendiendo, la nariz se deshace en una mancha putrefacta. El rostro entero parece una masa semilíquida de corrupción. Luego todo aquello se pierde de vista y una calavera blanca y brillante ocupa el puesto donde antes se veía la hermosa cara de mujer. Hasta el sudario ha desaparecido y en el féretro sólo se ve un esqueleto.

Luego la escena se hace á la inversa. Con igual lentitud que la que produce la disolución, los huesos vuelven á cubrirse de carne y el cuerpo se reconstituye; pero en vez de la joven hermosa y sonriente se contempla la cara mofetuda y las mejillas encarnadas de un banquero ó de un bolsista, que dando un salto, se sale de la caja y desaparece en la oscuridad.

El del sermón dice que si cualquier persona del público quiere pasar por la metamorfosis puede hacerlo, pero generalmente no hay nadie que quiera hacer de cadáver aunque sea por pocos minutos. Para acabar la función, un personaje misterioso pasa, á modo de cepillo, una calavera, donde el público va echando monedas de cobre.

Las mujeres, cuyas funciones de asimilación y nutrición son deficientes é imperfectas, llegan á extenuarse de tal manera, que su cuerpo adquiere una forma angular, lo que es contrario á la belleza femenina. Mujeres angulares deben tomar sin pérdida de tiempo la «Emulsión de Scott» que les restituirá la forma de voluptuosos contornos que caracterizan á la mujer bella y hermosa.

Trujillo, Venezuela, 17 marzo de 1894.

Señores Scott & Bowne.

Nueva York.

Muy señores míos: Me es grato manifestar á ustedes que durante doce años he venido usando la «Emulsión de Scott» en los *escrofulosos* y *raquíticos* de mi clientela y en general cuando he tenido que establecer una *medicación reconstituyente*, habiendo obtenido siempre un éxito favorable.

De ustedes S. S.,

DOCTOR J. P. CHUCOS MIRANDA.



La taberna de la Muerte

La gran serpiente de mar

DEL JARDÍN DE ACLIMATACIÓN

La serpiente de mar ha pertenecido siempre á la leyenda, aunque algunos viajeros hayan asegurado haberla visto.

Este monstruo gigantesco fue señalado desde 1555, y Olaus Magnus ha hecho de él una descripción más que fantástica. En 1821, el viajero ruso Krinkoff, pretendió haber visto una de las famosas serpientes al atravesar los parajes del estrecho de Bering. La bestia era roja, tenía una longitud desmesurada y la cabeza era parecida á la de un león de mar.

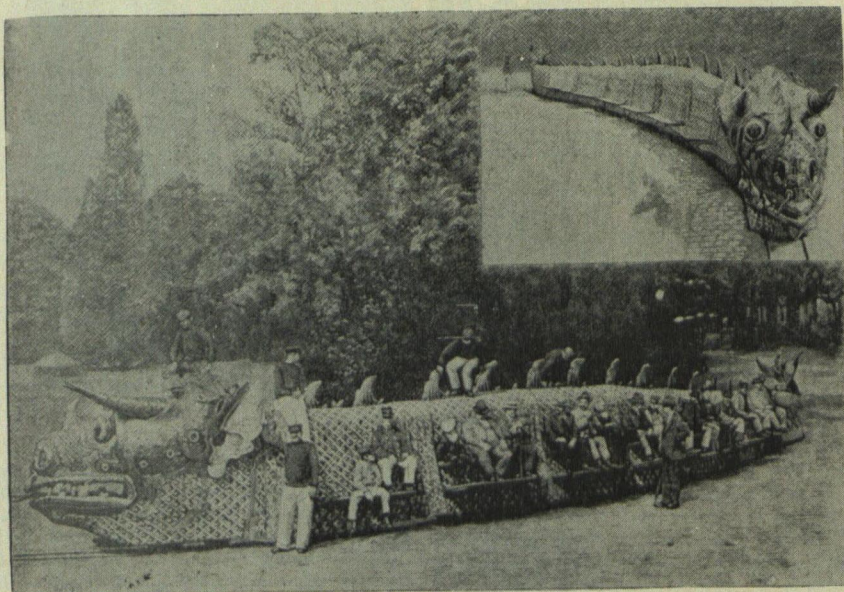
Algunos otros aseguran también haber visto la gran serpiente de mar.

En realidad, parece que la existencia de semejante animal ha sido sencillamente una ilu-

apariencia, ni de carne ni de hueso, sino de metal y de madera. Ha sido creada por M. Walter Stenning que la ha hecho patentar en Francia y en el extranjero. El inventor ha bautizado su obra con el nombre eufónico de «Ofión.»

Es, según se verá en nuestro grabado, un monstruo en toda la acepción de la palabra, una bestia apocalíptica, tal como han podido concebirla los exploradores de imaginación.

Los que visitan el Jardín de Aclimatación se tienen estupefactos cuando alcanzan á ver aquel monstruo circulando suavemente en los jardines, á través del follaje. Los animales del Jardín hacen como los visitantes: no separan la vista de la enorme serpiente. El elefante se admira de encontrarse frente á frente con un animal cien veces más fuerte que él.



La gran serpiente de mar del Jardín de Aclimatación — París

sión. Existe una familia de serpientes (hidrófilas) cuyos representantes viven en el mar y aparecen en las desembocaduras de los ríos y particularmente en el océano Índico; pero no son muy grandes y no ofrecen nada de común con los monstruos gigantes cuya existencia ha sido anunciada por algunos viajeros de imaginación.

Es muy verosímil que los monstruos de que se ha hablado tanto no sean sino simples mamíferos pinípedos del género del león marino, pero quizás más grandes. No se ha capturado hasta ahora ninguno de estos animales problemáticos.

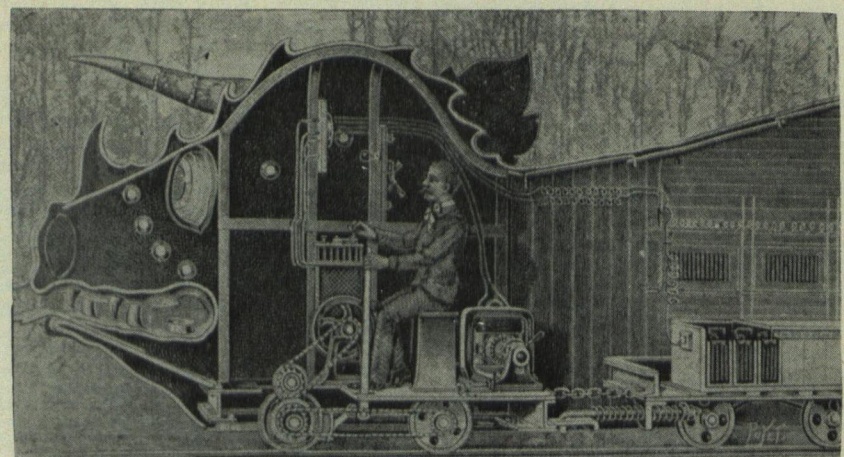
La serpiente de mar del Jardín de Aclimatación ha sido fácil de aclimatar, pues ha sido fabricada en París y M. Porte, director del establecimiento del Bosque de Bolonia, le ha concedido hospitalidad. No es á pesar de la

El «ofión» mide más de 30 metros de longitud y 2 metros de diámetro. Los anillos que forman el cuerpo son móviles para permitir que la bestia se mueva en las curvas de los jardines. La cabeza es gigantesca, los ojos aterradores.

A todo lo largo del cuerpo se le han instalado bancos, de modo que los visitantes, después de haberse familiarizado con la bestia, pueden subir á ella, sentarse cómodamente y dar así la vuelta al Jardín.

En resumen, es un tren en el cual los anillos del animal constituyen los carros, ¡un tren bien disfrazado! Todo eso avanza eléctricamente.

En los anillos ó segmentos, se han dispuesto acumuladores eléctricos. Estos producen la corriente que hace marchar un dinamo que hace



Vista Interior del mecanismo motor de la serpiente de mar

dar vueltas á las ruedas ocultas en el carapacho del animal. En la cabeza está sentado un mecánico que dirige tranquilamente al monstruo movido entre los jardines poblados de curiosos. El animal es, pues, sencillo, ingenioso, original y divierte á los niños y á los adultos.

Ofión es la novedad del otoño del Jardín de Aclimatación.

FLAMEL.

Eureka.

Es indisputable y no cabe duda: la Emulsión de Scott no tiene rival en el mundo terapéutico. La mejor prueba es su gran fama universal y el uso tan popular que de ella se hace. Desde el vanidoso aristócrata hasta el humilde aldeano la consumen con *perseverancia*, con *fe* y *convencimiento*, porque ya no se ignoran sus virtudes.

Las propiedades fisiológicas de la

Emulsión de Scott

de

Acelte de Hígado de Bacalao

con

Hipofosfitos de Cal y de Sosa

son bien y generalmente conocidas.

Sus propiedades medicinales son irrefutables en la curación de las enfermedades *pectorales*, *pulmonares* é *intestinales*; en la *Anemia*, la *Clorosis*, la *Dispepsia*, el *Rumatismo* y en todas las enfermedades que debilitan el sistema nervioso. No hay mejor *tónico* y *reconstituyente*, ni *digestivo* mejor asimilable que la Emulsión de Scott.

SCOTT & BOWNE, Químicos, New York.

De venta en las Farmacias y Droguerías.

Una biblioteca de más de cuarenta siglos de existencia

La ciudad de Nippur fue destruida hace más de 2.200 años, por una invasión Elamita. Fue entonces cuando la ciudad de Babilonia brilló y reemplazó a Nippur en el poder, el progreso y la civilización asiáticas. Desde hace once años, el profesor Hilprecht, de la Universidad de Filadelfia, se ha dedicado a hacer largos y laboriosos estudios en aquellas ruinas amontonadas.

El año próximo pasado, estos estudios fueron recompensados por un descubrimiento de excepcional importancia: el de la más antigua biblioteca conocida hasta ahora, y colocada, según el uso, en un templo, bajo la protección del Dios. Hasta hoy, no conocíamos sino copias de aquellos libros primitivos, si pueden llamarse así, presentados al público hace sesenta años en la biblioteca del rey Ashurbanipal, en Nínive. El rey había reunido una vasta colección de todos los escritos conocidos entonces, entre los cuales se encontraban varios de aquellos cuyos originales estaban en Nippur.

Estos no pueden ser posteriores a 2.200 años antes de nuestra era, puesto que en esa fecha fue destruida la ciudad. Todos, pues, son al menos contemporáneos del establecimiento de Abraham en Ur y nos darán probablemente curiosos detalles de aquellos tiempos tan poco conocidos aún.

Hasta ahora, no ha sido despejada sino una de las salas que encierran esta preciosa reserva de las artes, las ciencias y la literatura del principio de los tiempos históricos; y de sus ruinas han sido sacados 18.000 documentos.

Estos están trazados sobre ladrillos que miden de 1 pie a 1 pie y medio de largo sobre algunas pulgadas de ancho. Los ladrillos han sufrido mucho tanto por la humedad como por la caída de las paredes que los protegían; pero los fragmentos han sido recogidos con cuidado y serán transportados al museo imperial de Constantinopla en donde ofrecerán multitud de hechos nuevos, a los que, al precio, es verdad, de una ruda labor, lleguen a descifrarlos.

No es este el único descubrimiento que debemos a los americanos en el año que ha terminado el siglo.

M. Leopold Batres, director del Museo nacional, acaba de descubrir en Méjico, una sección de Coatepantli, el muro de serpientes que rodeaba al gran teocalli y que ha sido tan célebre en los anales de los aztecas. Esta sección que comprende la parte norte del recinto mide 20 metros de longitud sobre 2,15 de altura. Inmensas cabezas de serpientes en alto relieve están incrustadas en ella y le han dado el nombre que lleva. Sus dimensiones varían: las mayores tienen un metro de largo, su relieve sobre el muro es de 50 centímetros y su boca abierta presenta dos colmillos amenazadores. Se ha calculado que el número de estas cabezas pasa de doscientos. La mayor parte de los americanos cree ver en estas serpientes indicios del culto fálico; pero este hecho está muy distante de ser cierto y sólo podrán probarlo nuevos estudios y nuevos descubrimientos.

¿Cuáles son las cinco locuras de la ciencia?

Generalmente se estima que son: la cuadratura del círculo; el movimiento continuo; la piedra filosofal; la adivinación por medio de la magia, y, por último, la astrología judicial.

Varia

Uno de los hechos puestos de manifiesto en el Congreso contra la Tuberculosis celebrado recientemente en Berlín, es que el 40 por 100 de los impresores de aquella capital mueren de tisis.

A la larga sucede con una profesión lo que con el matrimonio, que acaba uno por no ver de ella más que los inconvenientes.

El señor Blasco Ibañez trabaja actualmente en una novela donde se referirá la destrucción de Sagunto.

El autor de *Entre naranjos* se propone presentar en su obra la Roma austera y vigorosa que consumió la ruina de Cartago.

Blasco Ibañez hará en breve un viaje a África para visitar algunos de los lugares de que ha de ocuparse en su nueva obra.

Todos los años concede el Municipio de París, en esta época, un premio de 3.000 francos a la persona de la clase trabajadora que, habiendo en dicha capital y teniendo familia más numerosa, consiga, mediante un trabajo asiduo, no sólo el bienestar común, sino el que todos los hijos reciban una educación relacionada con su posición social.

El premio ha sido adjudicado el año pasado al obrero Jules Alfred Jacquet, padre de 16 hijos, a los que mantiene y educa sin contar con otros ingresos que su jornal de diez francos.

Hay que añadir que este obrero modelo no tiene un sólo céntimo de deudas.

En algunas partes de Rusia existen aún costumbres muy antiguas y muy curiosas en las bodas. Una de ellas es la de que el novio y la novia, en el momento en que penetran en la iglesia, echan a correr desesperadamente hacia el altar, porque existe la creencia de que el cónyuge que primero coloca el pie en el altar, será el que domine en la casa.

PARA ADULTOS.

Tratamiento ignorado para órganos enjutos o no desarrollados. El más racional invento jamás concebido para este propósito. Engrandece, fortalece las partes débiles. Miles de vidas hoy alaban el buen resultado obtenido con este tratamiento. Precio 12 pesos; satisfacción garantizada. Se manda por expreso, seguramente empacado. Escribir por una extensa circular. Señoras, pedid una circular sobre el Busto más desarrollado. C. E. Biker, 1208 Broadway, New York.

PROGRAMAS DE BAILE

De venta en la Empresa El Cojo

PÍLDORAS

del Dr. AYER

Curan la Dispepsia, Estreñimiento, Jaqueca y Desarreglos del Estómago, Hígado y Vientre.

Son puramente vegetales, Son azucaradas, Son purgantes.

"Con las Píldoras del Dr. Ayer, he obtenido siempre una acción más segura todavía que con otras píldoras muy en uso y que por su crédito se han familiarizado entre el vulgo. Son muy fáciles de tomar y no causan dolores ni repugnancia."

A. MARTINEZ VARGAS, Catedrático de Medicina, Granada, España.

Preparadas por el Dr. J. C. Ayer & Ca., Lowell, Mass., E. U. A.

Cromos para bautismo y primera comunión
De venta en EL COJO

LA VELOUTINE Polvo de Arroz especial preparado con Bismuto
HIGIÉNICO, ADHERENTE, INVISIBLE
MEDALLA DE ORO, Exposición Universal PARIS 1900
CH. FAÿ, Perfumista, 9, Rue de la Paix, Paris
(Guardarse de las Imitaciones y Falsificaciones. — Sentencia del 8 de Mayo de 1875).

FÁBRICA ESPECIAL de AFEITES de TOCADOR para PASEO y TEATRO
CREMA VELOUTINE, nuevo Coldcream. **LÁPICES** especiales para engraciar pestañas y cejas.
CREMA CAMELIA, CREMA EMPERATRIZ **BLANCO DE PERLA** en polvo, blanco, róseo, Rachel.
ROJO y BLANCO en chapetas. **POMADA ROJA** para los labios, en botes y en rollos.
Los Productos de CH. FAÿ se encuentran en el Mundo entero, en casa de los Principales Perfumistas y Droguistas.

LOS Hombres Débiles

SE VUELVEN

FUERTES

Y ADQUIEREN NUEVA VIDA con el uso de esta medicina natural,

LA ELECTRICIDAD

Si Ud. toma medicinas que le son desagradables al paladar, use

LA ELECTRICIDAD

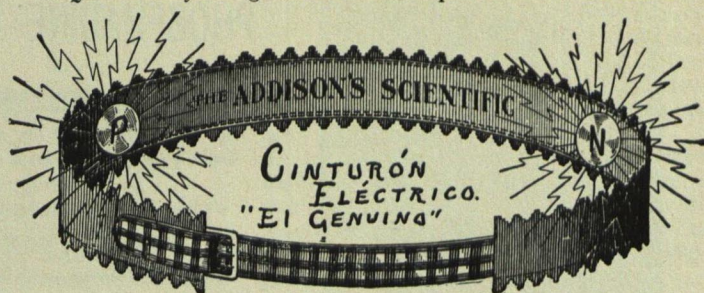
que, lejos de proporcionarle tal disgusto, le curará prontamente por ser el

GRAN REMEDIO DE DIOS

El precio de un Cinturón de fuerza doble, "EL GENUINO", \$ 1.00 por correo pago.

¿POR QUE la electricidad purifica la SANGRE?

PORQUE destruye los gérmenes dañinos que en ella se acumulan.



El año pasado se vendieron más de 500.000 CINTURONES ELECTRICOS.

Somos los más grandes fabricantes de estos CINTURONES en el mundo.

Si usted no confía de nosotros, pague a este periódico y mándenos el recibo.

Dirección: "The E. C. White Co.," 136 Liberty Str., New York

POLVORA Y TACO

POR
JABINO

NUEVA COLECCION DE ARTICULOS DE COSTUMBRES

A la venta en El Cojo y en las principales Agencias de EL COJO ILUSTRADO.

PRECIO

Para Caracas Bs. 1.50

Para el Interior (incluso el
porte) Bs. 1.75

Papel de imprenta

CLASE SUPERIOR
De venta en la Empresa El Cojo

PLANO E INDICADOR DE CARACAS

OBRA NUEVA

Editada en EL COJO

B. 2 EL EJEMPLAR

IDOLOS ROTOS

(Novela editada en París)

NUEVO Y BELLISIMO LIBRO

DE

Manuel Díaz Rodríguez

A la venta en La Empresa El Cojo y en las principales Agencias de EL COJO ILUSTRADO.

PRECIOS

Para Caracas Bs. 3.50

Para el Interior Bs. 4

A las personas del Interior de la República que quieran tomar, directamente, suscripciones a esta Revista, les avisamos que podemos servirlos cuando se nos envíe el valor de un trimestre anticipado (tres pesos sencillos) ó su equivalente en estampillas de correos. Todo suscriptor debe estar atento a la renovación del abono, pues se suspenderá el envío del periódico, sin más aviso, al no recibirse el valor del nuevo trimestre.

**POUDRE, SAVON &
CRÈME SIMON**

Productos, maravillosos
para suavizar, blanquear
y aterciopelar el cutis.

Exigase el verdadero nombre
Rehúse los productos similares
J. SIMON
13, r. Grange batelière, Paris



INVENCIONES NUEVAS DE TOMAS A. EDISON

Proyectorscopios.

\$ 85.00 oro.

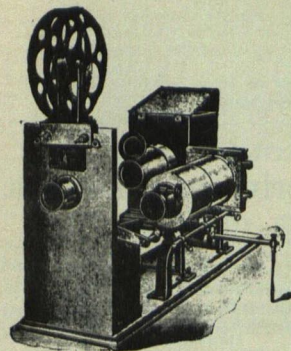
(Máquinas para arrojar imágenes
vivas)

**Proyectorscopio y Estereoscopia
combinados.**

\$ 110.00 oro.

Membranas originales. Precio
neto, \$ 7.50 por cada 50 pies.

Aparatos para los Rayos X, Baterías La-
lande, Equipos Eléctricos para Dentistas
y médicos, etc., etc.



Pídanse catálogo completo "K" en inglés y español de todos los aparatos fabricados en el laboratorio de Edison, dirigiendo todos los pedidos para obtener los verdaderos y legítimos de Edison a **NACIONAL FONOGRÁFO Co.** (Foreign Dept.)

C. E. STEVENS, MANAGER.

15 CEDAR STREET, NEW YORK, E. U.

Dirección por cable "ESTABAN, NEW YORK." Códigos A L, A B C, Comercial de Lieber, Hunting y Privado.

FONOGRAFOS:

GEM, Nuevo modelo.....\$ 10.00 oro.

STANDARD.....\$ 20.00 oro.

HOME.....\$ 30.00 oro.

"S. M.,".....\$ 50.00 oro.

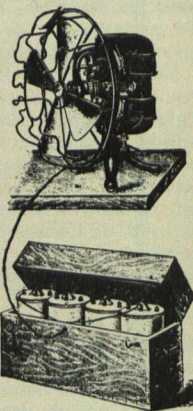
"M" ELÉCTRICO.....\$ 60.00 oro.

DE CONCIERTO.....\$ 75.00 oro.

Cilindros Grabados.....50 ets.

Cilindros en Blanco.....20 ets.

Accesorios para fonógrafos, precio á solicitud.



Albanos Eléctricos más baratos.



USOS PRINCIPALES

DE LA

PHOSPHADINE FULLIÉ

DE LA

"MOORTON FOOD COMPANY"

Producto recomendado por los primeros
facultativos de Europa y de las Américas

Alimentación natural de los niños

Nutrición de los convalecientes

En el raquitismo y en la Anemia

Embarazos y dentición

En las diarreas y afecciones intestinales

Precio en toda Venezuela :

Bs. 2,50

ALIMENTO COMPLETO

DE

Fácil digestión para todas las edades

de la vida

PHOSPHADINE FULLIÉ

CARACAS

LONDRES

1900

Exíjase la firma :

Fullié & Ca.

CARACAS

y la marca registrada : Cruz blanca

N. B.—Consérvese la latex siempre tapada y en lugar seco.